



## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

### «LA VIDA DE UN CIUDADANO, MÁS QUE SUYA, ES DE LA PATRIA»: EN TORNO AL HÉROE DEL REFORMISMO ILUSTRADO ESPAÑOL

Antonio CALVO MATURANA\*  
(Universidad de Málaga)

*Recibido: 30-05-2020 / Revisado: 30-07-2020*

*Aceptado: 27-07-2020 / Publicado: 21-12-2020*

**RESUMEN:** En las siguientes páginas nos aproximaremos a la reconfiguración de los tipos heroicos del Antiguo Régimen español producida al regazo de la política propagandística del absolutismo y el reformismo ilustrado de Carlos III y, sobre todo, Carlos IV. Estudiamos la modelación de un héroe cuya causa es la patria y cuya conducta se basa en la hombría de bien. Desde esta perspectiva estudiaremos figuras emergentes del panteón de la época como el rey patriota, el militar ilustrado o el defensor del bien común.

**PALABRAS CLAVE:** Ilustración, heroísmo, absolutismo, reformismo, neoclasicismo, romanticismo, Sociedades Económicas de Amigos del País, Academias reales, Carlos III, Carlos IV.

#### «THE LIFE OF A CITIZEN BELONGS TO THE FATHERLAND»: REGARDING THE HERO OF SPANISH ENLIGHTENED REFORMISM

**ABSTRACT:** In the following pages we consider the reconfiguration of heroism in the last decades of the Spanish *Ancien Régime*. These changes were related to the political propaganda sponsored by Charles III and Charles IV in accordance with their absolutist and reformist agenda. We find a hero whose cause is the fatherland and whose role model is the so-called «hombre de bien». From this perspective, important characters in the Pantheon of these times, such as the patriotic king or the hero of the common good are analyzed.

**KEYWORDS:** Enlightenment, Heroism, Reformism, Neoclassicism, Romanticism, Economic Societies of Friends of the Country, Royal Academies, Charles III of Spain, Charles IV of Spain.

---

\* IP del proyecto: *El humor y su sentido: discursos e imágenes de lo risible desde la Ilustración hasta hoy* (HAR2017-84635-P), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

El 25 de julio de 1789, menos dos semanas después de que la toma de la Bastilla pusiese en jaque al reformismo ilustrado europeo, el conde de Cabarrús pronunció en la Matritense su polémico elogio fúnebre de Carlos III, en quien proyectó la fantasía del perfecto monarca del Siglo de las Luces que el finado nunca había llegado a ser. Las polémicas afirmaciones del francés —que, sin ser revolucionarias, eran demasiado heterodoxas para los sectores más conservadores de la sociedad española, sobre todo en el contexto del miedo provocado por la Revolución francesa— conllevaron la retirada inquisitorial del discurso impreso (García Regueiro, 2003: 289-347).

Una de las frases que escandalizó a los censores del Santo Oficio fue la siguiente: «sin guardar un orden didáctico en la relación de la vida de Carlos III, presentaré a la Sociedad los hechos más memorables de este Rey, hombre de bien, con todos los atributos de prudencia, de razón y de dignidad, que forman la verdadera acepción de tan noble título» (Cabarrús, 1789: 11). El hecho de que Cabarrús llamase al soberano «hombre de bien» resultó problemático a fray Manuel de San Vicente:

El dictado de hombre de bien, en toda su extensión castellana, es de un hombre honrado, hombre de verdad y exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, y es un glorioso título para un ciudadano particular; pero no sé que sea bastante a llenar el elogio debido a un monarca, héroe tan recomendable como nuestro rey Carlos III (cit. por Fuentes, 1988: 20).

Título honroso para un ciudadano particular, pero no para un héroe como el rey. Sería otro censor inquisitorial, el Dr. Don Agustín Yagüe, quien contestaría al fraile y reivindicaría el valor del concepto de hombre de bien, pues para él completaba la descripción heroica del soberano:

... hombre de bien, según significado de nuestro castellano, es un hombre de verdad y que cumple exactamente todas sus obligaciones puntualmente [...] cumplió de consiguiente las de cristiano, las de rey, de padre de la patria y de persona privada, fue un héroe (cit. por García Regueiro, 2003: 302).

Tanto Cabarrús como un censor del Santo Oficio coincidían así en considerar que la hombría de bien era título honroso para el monarca, capaz de adornar al mayor héroe del país. Incluso el censor más crítico y escéptico, representado en esta ocasión por fray Manuel de San Vicente, lo admitía como «un glorioso título», si bien «para un ciudadano particular».

El hombre de bien (u *honnête homme*), asociado a un modelo de masculinidad ilustrada al que volveremos y que define a un individuo moderado, razonable y virtuoso tanto en la esfera pública como en la doméstica se convertirá —bajo ese binomio o al menos con esos atributos— en la vara de medir (un «molde de convenciones sociales y valores morales de referencia», Bolufer, 2007: 25; Cañas Murillo, 2016: 220-221) a la hora de describir a los personajes verdaderamente modélicos en un siglo XVIII que reflexionó profundamente sobre las virtudes y los valores de ambos sexos en un contexto en el que el reformismo político y la crítica intelectual se asocian para incidir en la armonía, la moralidad y la responsabilidad del cuerpo social. Es cierto, por otra parte, que en una figura tan significativa y de tan largo recorrido como un rey, podía resultar chocante. Los héroes son versátiles hasta cierto punto, sobre todo si hablamos de la figura referencial de los sectores más conservadores del Antiguo Régimen.

El presente artículo, que aspira a llenar un cierto vacío historiográfico, es un acercamiento a los criterios de entrada en el panteón heroico de la España borbónica en las décadas previas a 1808, lo que nos permitirá asomarnos a los referentes mentales producidos por el mundo intelectual ilustrado en una considerable connivencia con el poder. Estudiaremos los compases finales de un siglo (borbónico, reformista) en el que los intelectuales hispánicos respondieron a múltiples estímulos internos y externos, tales como la Ilustración; la crítica extranjera a la pereza y el inmovilismo nacionales; las necesidades propagandísticas de la Corona; la preocupación por la restauración nacional; o por último la búsqueda de una identidad que mediase entre el apego a las glorias pasadas y el nuevo culto a la modernidad, que reformulase unos rasgos definitorios irrenunciables (el catolicismo o el pasado conquistador) dentro de un discurso más afín a los tiempos. Nos adentraremos en los —patrióticos, neoclásicos— antecedentes inmediatos del poblado mundo de héroes<sup>1</sup> que sería el —nacionalista, romántico— imaginario liberal.

Como es bien sabido, durante la Edad Moderna se produjeron varios movimientos culturales interconectados que modificaron, con largos altibajos y en convivencia con poderosas corrientes alternativas, la percepción que el ser humano tenía tanto del universo como de sí mismo. Sin el antropocentrismo renacentista, el arrojo prometeico y empirista de la Revolución científica, y los valores civiles y el racionalismo de la Ilustración, sin —en definitiva— la profunda transformación mental producida en estos siglos, no podríamos comprender unas revoluciones liberales que, a su vez, ahondaron en estos cambios mentales, que son el origen de la individualista cultura contemporánea.

Es en el terreno de esta modelación del individuo donde se desenvuelve un tema capital como es la reconfiguración del paradigma heroico producida en los primeros compases de la Crisis del Antiguo Régimen. La segunda mitad del XVIII es un periodo clave en Europa, tanto para un crecimiento exponencial en la exaltación de los grandes personajes, como en el alumbramiento de un nuevo modelo de héroe.

Hablamos de una transición lenta, que propició la convivencia de dos tipos heroicos, uno tradicional pero adaptado a las circunstancias y otro nuevo. De un lado, el heredado, propio de una sociedad aristocrática y sacralizada, que ensalza al santo, al guerrero y al sabio, modelos que se proponen ser inspiradores pero que ofrecen unas posibilidades de emulación a la altura de muy pocos. Este héroe tradicional se adapta a unos nuevos tiempos en los que el rey puede ser un hombre de bien, el guerrero es valorado por su templanza, y el santo (que ya había evolucionado desde la Contrarreforma al perder parte de su perfil milagrero) pierde peso como figura a emular. Figuras veteroregimentales como el monarca (elevado desde el Renacimiento como un héroe clásico: Mínguez, 2003) y el guerrero se vuelven permeables, sincréticas, y se ajustan al nuevo modelo patriótico y civil aunque la carga tradicional arrastrada ofrezca resultados no siempre coherentes.

Del otro lado, se produce el encumbramiento de los nuevos héroes civiles, no ensalzados por una gran hazaña sino por su —incluso gris— constancia en el servicio del bien común y por sus prendas personales. Un modelo que casaba a la perfección con el programa del reformismo ilustrado con el que se buscaba la inspiración de las clases medias y altas. Nos encontraremos con la nueva figura del ciudadano sin soberanía (con deberes y sin derechos), reverenciada por su amor al bien común y su bonhomía, cuyo ensalzamiento atenuará la vigencia de antiguos referentes como el religioso y de valores

<sup>1</sup> El formato de un artículo ya de por sí extenso obliga a dejar para otra ocasión a las heroínas y mujeres ilustres (Bolufer, 2000) —aunque alguna reflexión se hará al respecto al final de los apartados 2, 3 y 4— y a la no menos sugestiva figura del antihéroe (Calvo Maturana, 2007b).

obsoletos como la estirpe, ambos propios del perfil aristocrático que empezaba a caer en desuso sin llegar a desaparecer del todo.

Héroes nuevos, mixtos y antiguos convivirían en el contexto de la escala de grises propia de la época, que iba desde la Ilustración al inmovilismo y desde el absolutismo a la simpatía por *les philosophes*. Se trata, pues, de modelos dinámicos dentro de una cultura, la del Antiguo Régimen, mucho menos estática de lo que se puede presuponer. Ya que ambas tendencias forman parte del mismo marco mental, son producto del mismo aparato propagandístico y comparten público potencial, las dos estarán integradas en la narrativa del trabajo, que afronta el complicado reto de estudiar los perfiles profesionales, los modelos de conducta y las causas del héroe civil y patriota del reformismo ilustrado, pero que no renunciará a destacar matices cuando sea necesario.

Tal y como los concibe este monográfico,<sup>2</sup> héroes y antihéroes, heroínas y antiheroínas, son constructos culturales, a veces inspirados en la vida real del personaje, otras indefendibles históricamente, pero siempre manipulados para ajustarse al molde en el que querían encajarlos aquellos que los ensalzaron o denostaron. Así pues, estas figuras no dejan de ser un reflejo, espejos de virtud de los colectivos que las crean y les rinden culto. En un complejo juego de proyecciones, los propios ilustrados argumentarían a favor de la instrucción del pueblo en la buena y la mala admiración.

Este trabajo sostiene —en la que es su hipótesis central— que el héroe civil y patriota europeo llegó a España décadas antes de la ruptura de 1808, y que fue acogido y adaptado por el aparato intelectual absolutista, necesitado de nuevas vías de legitimación ante el cambiante escenario político de la Crisis del Antiguo Régimen. Constatemos pues esa transformación de lo heroico —entendido en un sentido amplio (el culto, las causas, los modelos)— en la España de Carlos III y —sobre todo— Carlos IV, a la que situaremos, con sus paralelismos y divergencias, en el marco intelectual de la época. Con tal fin nos valdremos de un amplio repertorio de fuentes impresas de la época, muchas de ellas auspiciadas por las academias y sociedades en un marco claramente oficial, otras por una prensa que sabemos supervisada. La monarquía será pues, protagonista, de acuerdo con los trabajos que demuestran su ascendencia sobre la élite política e intelectual (Calvo Maturana, 2013a) y la producción impresa (Conde Naranjo, 2006).

El aparato propagandístico regio se encargaría de alentar la fabricación de ese tipo heroico patriótico, civil y moral que reforzase el escenario político y social que sus intereses demandaban. Sus destinatarios parecieron verse favorecidos con este retrato que los acercaba, cuando menos retóricamente, al arquetipo ilustrado europeo, y —además de reproducirlo— hicieron por asimilarse a él.<sup>3</sup> Un modelo de comportamiento público y privado que engarza con un fortalecimiento paralelo de la idea de comunidad, esa exaltación de la patria que tan útil resultó (y resulta) al poder para alinear obediencias y responsabilidades.

Comprobaremos también que esos ilustrados españoles tan cercanos al poder fueron sensibles, no solo a los nuevos tipos heroicos, sino a la corriente de opinión que demandó, desde el espíritu pedagógico de la época, una mayor presencia de esos modelos a seguir en la esfera pública y en los ámbitos educativo y cultural. Se consideraba que, para su

<sup>2</sup> Véase la introducción al monográfico *Espejos de virtud: héroes y heroínas entre la Ilustración y el Romanticismo*, en el que se incluye este artículo.

<sup>3</sup> No ahondaremos (aunque sea un tema aquí tratado tangencialmente) en la lectura privada y sincera que ese potencial público receptor potencial pudo hacer de estos mensajes. La intención es encontrar a ese tipo heroico construido por el reformismo ilustrado, con todas las contradicciones que ello supuso, más allá del escepticismo que modelos como el rey patriota e ilustrado, o el conquistador americano civilizador pudieran causar en el fuero interno de los intelectuales hispánicos más críticos (una duda que pudo reflejarse en su correspondencia y en sus conversaciones privadas).

crecimiento en términos cívicos, la sociedad necesitaba un más fácil acceso a ejemplos a los que emular. No seremos pues ajenos al contexto europeo, por lo que —en el plano intelectual— escucharemos las voces de los principales ilustrados franceses y británicos, a la vez que —en el campo de la política— prestaremos cierta atención a la monarquía francesa, tan influyente, por motivos de sobra conocidos, en la España dieciochesca.

El caso español, lejos de ser menor dentro de una historiografía internacional que tiende a primar modelos «ortodoxos» como el francés o el inglés, resulta fascinante puesto que prolonga en el tiempo un tipo heroico absolutista que no puede evitar el diálogo con la Ilustración europea ni con el panteón revolucionario, aunque sea para adaptarlo de la manera menos traumática y comprometedora posible a sus necesidades e intereses. En el plano cultural, ese sincretismo se produce en el marco de lo que Ulrich Lehner (2016) ha denominado *Ilustración católica*, un término casi oximorónico (Calvo Maturana, 2017) que resulta realmente útil para entender los procesos vividos en el ámbito mediterráneo (con la inclusión de la atlántica pero ibérica Portugal) que no siempre fue a la zaga en la producción de figuras a las que rendir culto.

El estudio de lo heroico en la España de finales del XVIII y principios del XIX nos permitirá entender un poco mejor temas verdaderamente axiales como la dialéctica entre individuo y colectivo (siendo este último ya percibido en términos nacionales), los modelos de género (a través de unos nuevos ideales de masculinidad y feminidad), el movimiento ilustrado hispánico (sus nexos con Europa y sus límites) o la cultura política del absolutismo borbónico.

Queda por aclarar finalmente qué entendemos por «héroe», definido en el actual DRAE como una persona reconocida por sus «hazañas y virtudes», lo que nos puede servir perfectamente de punto de partida. Aunque repasaremos la evolución del término en los diccionarios de la época, podemos adelantar que, en nuestro ámbito cronológico de estudio (1750-1808), el hombre ilustre, el gran hombre y el héroe se confunden en un periodo en el que este último título se vuelve recurrente y se aplica a personajes que —insistimos, sin haber realizado una gran hazaña— son así considerados por sus virtudes o su compromiso con el bien común. Constataremos que, bajo los términos ilustrados y neoclásicos, el heroísmo se «iguala por debajo».

## 1. DEFENSAS ILUSTRADAS DEL CULTO HEROICO

En la actualidad vivimos rodeados de héroes y heroínas. Las calles, los edificios públicos, los aularios universitarios, los premios, las becas de investigación, todos llevan el nombre de un personaje inspirador y/o ejemplar. Estatuas y placas situadas en el espacio público nos evocan a hombres y mujeres del pasado con tan gran profusión, que son las menos las figuras heroicas reconocibles, las que se mantienen en el imaginario colectivo. Corresponde al sistema educativo y al *establishment* cultural, tan marcados respectivamente por la visión nacionalista liberal de la Historia y por la agenda política, reavivar la llama del recuerdo de estos individuos para que sigan siendo útiles para la causa (sea cual sea esta).

Pero bien sabemos que esto no fue siempre así. Más allá de la obvia exaltación de los «héroes tipo» del Antiguo Régimen (el rey, el santo, el militar y el sabio; Vovelle, 1989: 132-149; 2003), ni el aparato propagandístico estatal ni la mentalidad de la población erigieron un panteón remotamente tan nutrido como el actual. El culto heroico en la esfera pública, que tiene sus bases inmediatas en la Ilustración, no se extendió hasta la configuración de los Estados-nación, en el siglo XIX, un proceso que en el caso español estuvo plagado de complicaciones.

La importancia de extender el culto heroico entre la población fue otra de las ideas dieciochescas que calaría en el imaginario político contemporáneo, aunque entonces llegase con cuentagotas a la mesa de los políticos y con aún mayor dificultad a la vida de la población. No era nuevo el valor pedagógico de la emulación de los héroes,<sup>4</sup> pero sí que es destacable la extensión del debate entre un colectivo de intelectuales, como era el ilustrado, tan profundamente preocupado por la educación (y, por lo tanto, por el perfil virtuoso y ejemplar de estos héroes, como veremos en el siguiente epígrafe). Con la excepción de la abadía de Westminster, que acogía, además de a los reyes ingleses, a algunos de los grandes intelectuales (como Shakespeare o Newton) del país, habría que esperar a la revolución para la erección de un panteón de ciudadanos ilustres franceses, algo que no se materializaría en España hasta bien entrado el siglo XIX (Bonnet, 1998; Álvarez Barrientos, 2005).

Fueron varios los ilustrados que, como Rousseau, se quejaron de que no existiese una exaltación pública de los grandes personajes. A ojos del ginebrino, la admiración era un instrumento clave para la educación moral y patriótica, un elemento fundamental para cohesionar el cuerpo político al permitir que la ciudadanía compartiese referentes con sus iguales. Desde el punto de vista individual, la fascinación por la excelencia y el amor propio que impulsa a imitarla —la clásica búsqueda de la fama (Sabl, 2006)— eran reacciones propias del ser humano en sociedad, que desea ser reconocido por su comunidad, pero no del hombre en naturaleza. Como seres políticos, tenemos pues tendencia a la admiración y a querer ser admirados (Storey, 2011: 735-740). En sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* (1782) animaba al gobierno de dicho país a llevar a sus habitantes a la ciudadanía a través de la educación de los niños en historias ilustrativas de héroes (Storey, 2011: 741-743).

En el apartado de conclusiones hablaremos de otros autores que, como Voltaire, fueron más escépticos con el culto a los héroes, pero digamos aquí por lo pronto que este debate lo ganarían por goleada los partidarios del heroísmo. Preocupados por la instrucción de toda la población, no solo de las élites, fueron varios los intelectuales europeos que pusieron su atención en las zonas más concurridas de las ciudades, solicitando que el arte y la epigrafía apologética saliese de los palacios y las iglesias.

Fijémonos por ejemplo en *El año 2440*, de Louis Mercier, libro publicado en 1771. Se trata de la primera ucronía de la Historia, una utopía ambientada en un París futurista en el que se han aplicado todos los planes de reforma urbanística, educativa y social proyectados por los ilustrados. Ese París futuro e idílico al que ha viajado Mercier está lleno de estatuas que recuerdan a los grandes reyes, políticos y escritores de la Historia de Francia. El acompañante de Mercier, un parisino de 2440, exclama: «¡Qué libro de moral! ¡Qué lección pública tan intensa, tan elocuente, esta fila de héroes cuya frente muda, pero imponente, grita a todos que es útil y grande conseguir la estimación pública! Vuestro siglo no conoció la gloria de hacer cosa parecida» (2016: 3). En la misma cita podemos apreciar a la par el valor pedagógico del culto heroico en la esfera pública, que ofrece «lecciones» a la población, y la denuncia de Mercier («vuestro siglo no conoció la gloria de hacer cosa parecida») a la escasa atención que el urbanismo parisino prestaba a este asunto.

Un importante cambio producido respecto al Renacimiento tiene que ver con la procedencia de esos grandes hombres. Si los referentes humanistas son clásicos o propios

<sup>4</sup> En *El Héroe* de Gracián, publicada en 1637 y abiertamente basada en las obras de los clásicos, leemos: «Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe el varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas» (Gracián, 2005).



del universo de la cristiandad, y por tanto comunes a toda la comunidad internacional, en el XVIII apreciamos un culto a héroes «nacionales» (y «modernos» en un momento en el que estos parecen doblar definitivamente el brazo a los «antiguos» en su conocido pulso). El propio Rousseau, que había mencionado en su *Confesiones* lo inspiradora que le había resultado la lectura de Plutarco, aconsejaba en sus ya citadas *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* (1782) que se educase a la infancia, con el ejemplo de los héroes polacos; no griegos ni romanos, sino de su tierra (Bell, 2001: 108-109; Storey, 2011: 741-743). Estos héroes nacionales refuerzan el sentimiento de comunidad y resultan de gran utilidad para los incipientes Estados de esta centuria, que alimentan el culto a estos nuevos santos cuya deidad es la patria (Bell, 2001: 108).

¿Y qué podemos decir de España al respecto? ¿Hasta qué punto caló esta fiebre por los héroes que aunaba, al otro lado de los Pirineos, a frentes tan influyentes como el político (monarquía absoluta), el intelectual (Ilustración) y el artístico (neoclasicismo)? Encontramos parecidas preocupaciones —aunque a favor de un tipo más tradicional de héroe— en el relato de Antonio Ponz a su paso por Madrid. El viajero echaba de menos que la capital expusiese públicamente las estatuas de los grandes reyes de la Historia del reino, como ocurría en Roma, en lugar de tenerlos encerrados en palacios o en pequeños jardines: «Parece que se estuvo estudiando dónde ponerlas para que pocos las vieses, en lugar de que si se hubiesen puesto en parajes públicos dentro de Madrid, le hubieran dado tanto ornamento que podría competir con las más suntuosas ciudades, así por la mole de dichas obras, como por el acierto de su ejecución» (Ponz, 1787-1793, III: 83).

La cita anterior puede darnos la falsa impresión de que los criterios de Ponz son meramente estéticos, pero pronto nos traslada que los grandes nombres pueden ser pedagógicos para el pueblo. El viajero se fija ahora en el callejero madrileño: «Si se dijera la calle o plaza de Trajano, la de Honorio, o si no el paseo de Arcadio, de Ataúlfo, de Recesvinto, etc., se deja ver cuán bien sonarían estos augustos nombre a los oídos, y qué estímulo sería para que la plebe más ruda entrase en curiosidad de averiguar lo que fueron tales sujetos y de instruirse» (Ponz, 1797-1793, III: 87).

También en España surgieron voces a favor de una nacionalización del panteón. Feijoo se había lamentado en su artículo *Glorias de España* de que los españoles del momento desconociesen las hazañas de los del pasado, una ignorancia que repercutía también en la imagen del país en el extranjero, donde se atribuye «a defecto de habilidad lo que solo es falta de aplicación» y se considera a los españoles bárbaros por carecer de figuras insignes. Por el contrario, afirmaba el autor que «todos los triunfos de los antiguos héroes son muy inferiores a los que lograron nuestros españoles» (Feijoo, 1999: t. IV, disc. XIII). En un momento crítico para la identidad española, en el que las voces inglesas y francesas sobre su estancamiento y su falta de modernidad asediaban al país, un intelectual orgánico como Feijoo ensalzaba un «genio español», que «protagonista de gestas grandiosas en el pasado, podía ahora [...] desembarcar sin mayores problemas en el escenario mismo de la *modernidad*, donde *glorias* nuevas y mayores le aguardaban» (Fernández Albaladejo, 2007: 146-147).

Otro religioso, Rubín de Celis situaba la grandeza militar española sobre cualquier otra: «¡Semidioses de los tiempos fabulosos de Grecia y Roma! ¡Cuántas veces en el cotejo de vuestras exageradas proezas tendréis que ceder a la realidad de los héroes españoles?». Si la fama de los militares nacionales no excedía a la de los clásicos no se debía a sus menores hazañas sino a la superioridad narradora de Homero y al mayor patriotismo de los griegos (Posada Rubín de Celis, 1804: xv-xvi). Como ya se ha dicho, los españoles

ya no reverenciaban a los «antiguos» y habían encontrado en la lucha contra los musulmanes su periodo épico y, en el xvi, el clásico.<sup>5</sup>

En el caso de Cadalso, es bien conocida la alusión que la decimosexta de las *Cartas Marruecas* hace de una *Historia heroica de España* escrita por Nuño (en este caso, sin duda, un trasunto del autor<sup>6</sup>) y cuyo prólogo reproduce Gazel. El texto habla de «la ingratitud con que tratamos la memoria de nuestros héroes» puesto que «las naciones modernas no tienen bastantes monumentos levantados a los nombres de sus varones ilustres» (Cadalso, 1999: carta xvi). Atribuía Nuño esa ausencia a dos carencias fundamentales. En primer lugar, al miedo y la envidia de los gobernantes actuales, acomplejados con la idea de resultar inferiores a sus antecesores. La solución pasaba por el espíritu de emulación: «anhelen a superarlos; la eficacia del deseo por sí sola bastará a igualar su mérito con el de los otros». La segunda de las carencias era la falta de patriotismo («Ya no hay patriotismo porque no hay patria»). Solo los ingleses —en alusión a la mencionada abadía de Westminster— suponían una excepción a las naciones «ingratas a la memoria de los que las han adornado y defendido» (Cadalso, 1999: carta xvi). La conclusión es elocuente:

¡Cuán glorioso proyecto sería el de levantar estatuas, monumentos y columnas en los parajes más públicos de la villa capital con un corto elogio de cada una citando la historia de sus hazañas! ¡Qué estímulo para nuestra juventud, que se criaría desde su niñez a vista de unas cenizas tan venerables! A semejantes ardidés debió Roma en mucha parte el dominio del orbe (Cadalso, 1999: carta xvi).

Al elogiar el panteón de la abadía de Westminster, Cadalso apreciaba que los ingleses levantasen «monumentos a sus héroes en la misma iglesia que sirve de panteón a sus reyes», por lo que entendemos perfectamente que, más allá de los monarcas, hay otras figuras nacionales a las que el patriotismo debía honrar. Miembro del ejército y no siempre amigo de las modas del siglo, el ilustrado gaditano parece inclinarse, a través de la *Historia heroica* de Nuño, por un tipo heroico militar, que en el caso español incluye a los reyes, pero también a generales y almirantes, desde Pelayo hasta Hernán Cortés<sup>7</sup> y Álvaro de Bazán (Cadalso, 1999: carta xvi).<sup>8</sup>

La prensa ilustrada compartiría esta preocupación por la puesta en valor del heroísmo hispánico. Es el caso del *Regañón General* en un artículo de 1804 que defendía el valor pedagógico de la emulación:

<sup>5</sup> No profundizaremos aquí en otro aspecto, ya bien trabajado por Fernández Albaladejo (2007), pero que no se ha de dejar de mencionar, como es el de la reformulación identitaria realizada por los intelectuales hispánicos del xviii, que tuvieron que nadar entre el seguidismo de lo extranjero y el inmovilismo y la nostalgia. Un panteón nacional no deja de ser una apuesta por las glorias patrias, si bien readaptadas a los nuevos criterios ilustrados.

<sup>6</sup> En torno a 1775, Cadalso le contaba a su amigo Tomás de Iriarte que había estado extractando «un montón de nombres de guerreros ilustres antiguos de una historia de España» y les había añadido «un epitafio corto a cada uno» (Cadalso, 1979: 116). En las notas de su edición crítica, Glendinning y Harrison nos aclaran que se trata de *Epitafios para los monumentos de los principales héroes españoles. Obra patriótica militar, dedicada al Príncipe de Asturias (Nuestro Señor)*.

<sup>7</sup> El autor destaparía su lado más apologético para defender, en un aparte, el heroísmo de Cortés (Cadalso, 1999: carta ix).

<sup>8</sup> En la plaza mayor de Salamanca, ciudad bien conocida por Cadalso, se había emprendido décadas antes un programa iconográfico similar, con un pabellón (el Real) rematado con medallones que presentaban relieves de monarcas y otro (el de San Martín) dedicado a los conquistadores. Los programas de los pabellones de Petrineros y del Ayuntamiento, dedicados respectivamente a los sabios y a los santos, quedarían suspensos tras la destitución de su promotor, el corregidor Rodrigo Caballero (Valdivieso, 1978; Azofra Agustín, 2005).



Por desgracia nuestra carecemos todavía de un Plutarco español que nos refiera la historia de los hombres grandes que han ilustrado nuestra península en todos ramos. Las tumbas de estos héroes están cubiertas de polvo, sumergidas en la oscuridad y muchos de sus nombres desconocidos, en tanto que vamos a contemplar personajes extranjeros e indiferentes hasta en los mismos teatros. Más de las tres cuartas partes de los españoles ignoran hasta los nombres de nuestros mayores héroes (*El Regañón*, 1804: 116).

Otro ilustrado, Meléndez Valdés, se preocuparía específicamente por la falta de acceso del pueblo a referentes positivos y por la cotidiana presencia de ejemplos perniciosos en su imaginario colectivo por culpa de las canciones y romances populares. En su *Discurso sobre la necesidad de prohibir la impresión y venta de las jácara y romances vulgares*, el poeta y jurista denunciaba los peligros de una literatura popular que romantizaba escenas de violencia, desacato y atropellamiento de doncellas.

En una reflexión muy propia del dirigismo cultural borbónico, el autor se preguntaba por qué el Estado no intervenía en este tipo de obras y hacía llegar a las clases bajas, composiciones «verdaderamente nacionales», esto es, historias más edificantes, basadas en figuras virtuosas de la Historia de España. Igual que Feijoo, Meléndez consideraba que ninguna «nación puede gloriarse de más nombres ilustres, de más acciones grandes, ni ofrecer ejemplos más insignes de virtudes civiles y guerreras» como España. El autor —y esto es típico del Antiguo Régimen— no plantea su reforma como una novedad sino como un regreso a las buenas costumbres del siglo XVI, cuando el pueblo cantaba romances que lo formaban en «aquel carácter heroico y patriota a que debimos tantas victorias y gloriosas virtudes» (Meléndez Valdés, 2004: 1.094-1.101).

Héroes para inspirar a todo el pueblo («todas las clases, hasta las más humildes e ignorantes»), no solo a las élites: «celebrems las profesiones que ornan la sociedad y la animan a un tiempo y enriquecen; ofrezcamos consuelos a todos los estados, hagámosles palpables los bienes y dulzuras que tienen a la mano» (Meléndez Valdés, 2004: 1.097-1.100). Héroes adaptados a todo tipo de público, a su estatus social o a su edad. El citado artículo del *Regañón* consideraba fundamental la proporcionalidad entre el héroe y su potencial emulador:

Un punto muy esencial en el método que proponemos es el de elegir bien los modelos y adaptarlos al natural, principalmente al estado del niño que se educa, porque sería una cosa muy inútil, por ejemplo, el ofrecer como modelo para un particular a Carlos V, u otro semejante, pues es mucha la desproporción. Es preciso poner los ejemplos más al alcance de los individuos, y así se recurrirá a las vidas de estos ilustres españoles que han adquirido reputación en las artes mecánicas y liberales, en el comercio, en las ciencias, &c., indagando con esmero los hombres que han ejercido lejos del tumulto del mundo todas las virtudes sociales; y si por desgracia no hubiese unos ejemplos de esta naturaleza, sería muy conveniente el inventarlos y darlos por ciertos, pues la historia sola de Robinson Cruzé [sic] es más útil para los niños que millares de preceptos sobre la educación (*El Regañón*, 1804: 118-119).

Bastante más osada había sido *La Pensadora Gaditana* en su discurso XX al afirmar que «en todas líneas, en todas facultades y en todos estados hay su particular heroísmo». Demandaba la autora que se dejasen de poner trabas a los deseos de gloria y grandeza del pueblo llano, que vive abrumado por las dificultades propias de su pobreza y mira como

«inaccesibles las alturas de lo heroico». Se atrevía Cienfuegos a recordar que los que ahora son nobles y se ríen de los pobres descenden de alguien de humilde cuna que se atrevió a salir de la miseria, un antecesor que fue estimado por «sus virtudes, sin más respeto que el de la virtud misma». Negaba incluso el discurso la supuesta superioridad innata de la nobleza al afirmar que la gente del pueblo es de «su [misma] especie» y que tiene unas «facultades, concedidas por el autor de la naturaleza iguales a las que ellos poseen y no pocas veces con aumento». Era responsabilidad de los hombres ilustres del presente allanar el camino para los venideros, y «fomentar hombres útiles a la patria, al Estado y a sí mismos». Puede que ese «héroe» salido del pueblo no fuese «celebrado en el mundo con aquel estruendoso aplauso con que se aclaman los vencedores y conquistadores» pero sin duda sería premiado por la sociedad de una forma «no tan ruidosa y brillante, pero más agradable y más apacible» (Cienfuegos, II: 152-176).<sup>9</sup> Mérito, utilidad y virtud son conceptos claves en este discurso, como lo serían en el último tercio del XVIII.

Estas ideas, como tantas otras de las firmadas por los ilustrados españoles, irían poco más allá de los buenos propósitos. Escasa atención prestó el Estado Absolutista a la cultura popular por mucho que Meléndez hablase de «la necesidad urgente de una reforma radical» que el gobierno tenía que alentar e incluso dirigir (Meléndez Valdés, 2004: 1.097-1.100), o a inculcar la emulación a la infancia por más que *El Regañón* cantase sus ventajas. Bastante más fuerte fue la apuesta por la propaganda dirigida a las élites, comenzando por una relectura de la Historia en clave monárquica, patriótica y reformista (aspecto al que volveremos en el segundo apartado).

Sabemos de la revalorización de la Historia en el siglo XVIII. Separada mediante el ejercicio crítico de sus componentes fantásticos, se convirtió, a partir de teóricos como Hume y Voltaire en un instrumento para el conocimiento del ser humano a través de la lectura moral de sus hechos pasados. El tiempo histórico es juzgado según los valores dieciochescos y también lo serán los héroes. La volteriana filosofía de la Historia reclamará el acento sobre las costumbres y las leyes por encima de las batallas y los tratados.

Los «tiempos heroicos» equivalen a un periodo semilegendario difícil de aprehender. En su *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España*, Forner demostró ese mismo espíritu crítico al poner en duda la información transmitida sobre los héroes medievales (a través de crónicas desperdigadas y cantos de juglares) y al criticar las visiones maniqueas de personajes históricos: «Todo es heroico Carlos [V] según Sandoval, todo sórdido y horrible según Robertson; uno y otro faltan al oficio de historiador, porque uno dice menos y otro más de lo que debía o, lo que es más cierto, porque los dos copian mal al héroe» (Forner, 1973). En el apartado cuarto de este trabajo hablaremos de las galerías de hombres ilustres.

Y cabe mencionar, por último, al teatro, un campo que merecería un trabajo aparte y del que no nos vamos a ocupar aquí, pero que representa, como escuela de costumbres, los tipos heroicos neoclásicos a través tanto de la tragedia como de la comedia. Las fuentes de la época son abundantes, sobre pocos temas se escribió más que sobre el teatro neoclásico, y qué decir de la cantidad de obras que retrataron, desde diferentes perspectivas, la vida de Pelayo o el episodio de los Comuneros. También lo es la producción bibliográfica especializada (desde aportaciones clásicas, como Andioc, 1987; hasta otras más recientes, como Durán, 2018). Valga por todas la siguiente cita de la *Memoria para el arreglo de los espectáculos y las diversiones públicas* de Jovellanos, perfecto resumen de los modelos heroicos con los que se esperaba «entretener honesta y agradablemente a los espectadores» mientras se iba «formando su corazón y cultivando su espíritu», esto es, su «educación»:

<sup>9</sup> Agradezco a Alicia Palomino Romero que haya llamado mi atención sobre este discurso.

Es por lo mismo necesario sustituir a estos dramas [por] otros capaces de deleitar e instruir, presentando ejemplos y documentos que perfeccionen el espíritu y el corazón de aquella clase de personas que más frecuentará el teatro. He aquí el grande objeto de la legislación: perfeccionar en todas sus partes este espectáculo, formando un teatro donde puedan verse continuos y heroicos ejemplos de reverencia al Ser supremo y a la religión de nuestros padres, de amor a la patria, al soberano y a la constitución; de respeto a las jerarquías, a las leyes y a los depositarios de la autoridad; de fidelidad conyugal, de amor paterno, de ternura y obediencia filial; un teatro que presente príncipes buenos y magnánimos, magistrados humanos e incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y de patriotismo, prudentes y celosos padres de familia, amigos fieles y constantes; en una palabra, hombres heroicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus derechos y protectores de la inocencia y acérrimos perseguidores de la iniquidad (Jovellanos, 1999: 2ª parte, punto II).

Un compendio de virtudes públicas y privadas para todas las clases. Un heroísmo patriótico en el más amplio sentido de la palabra. Un modelo de «virtud», «honor» y «cortesanía» (Jovellanos, 1999: 2ª parte, punto II). Estos son los grandes temas que nos ocupan en este trabajo.

## 2. HÉROE CIVIL Y PATRIOTA

Si el mundo ilustrado había generado una corriente de pensamiento favorable a la exaltación de los héroes con fines pedagógicos, era de esperar que se debatiese también el modelo heroico idóneo para la instrucción del público.

Además de nacional (acabamos de leer a Rousseau y a Feijoo), el nuevo héroe tiende a ser civil. El XVIII (que no deja de ser el siglo del neoclasicismo) reactivó el debate clásico —ya recuperado unos siglos antes por el humanista culto a la paz— entre el héroe guerrero (individualista, homérico, como Aquiles o Alejandro) y el ciudadano (republicano, como Cicerón o Catón), esto es, entre el modelo militar (basado en el honor y el coraje) y el cívico, cuyas causas son de carácter colectivo (Braudy, 1997: 29-189).

Rousseau, que consideraba a los héroes doblemente útiles —como catalizadores del bien público en vida y como modelos a seguir una vez muertos— reflexionó también sobre la tipología heroica. Si la admiración (o la romantización) era inevitable para el ser humano en sociedad, el ginebrino «mostraba que la pregunta pertinente en relación con la idiosincrasia de nuestra vida política y social no es si hemos de tener héroes, sino de qué tipo» (Storey, 2011: 745).

En su discurso *¿Cuál es la virtud más necesaria para los héroes y quiénes son los héroes a los que falta esa virtud?* —escrito para presentarlo al concurso del mismo título convocado por la Academia de Córcega en 1751— advertía sobre el erróneo concepto popular de héroe, normalmente vinculado al terreno militar, a la destrucción, en lugar de al bien común. Asociando el culto al guerrero a un estadio de inmadurez, contaba cómo él mismo en su juventud tuvo la compañía de «quimeras» y «marciales ideas»: «Tanto me entusiasmaba con tales desvaríos que por doquiera veía tropas, murallas, gaviones, baterías, y me consideraba en medio del humo y del fuego dictando órdenes tranquilamente, con el anteojo en la mano»; unas «fantasías» pronto disipadas por su decepcionante contacto con el ejército (Rousseau, 1983: 149-151).

El héroe roussoniano no es el que demuestra su valor en una batalla puntual, sino el que tiene la suficiente fortaleza de espíritu para gobernarse a sí mismo y poner en práctica

su valor a diario. Una fortaleza que es más fácil de encontrar en aquellos que se mueven por el amor a la patria que en quienes lo hacen por el afán de la gloria personal. Por eso: «el mundo ha estado a menudo sobrecargado de héroes [que pueden llegar a ser destructivos cuando sus egos rivalizan], pero las naciones nunca tendrán suficientes ciudadanos» (Rousseau, 2014).<sup>10</sup> Llegaba a proponer el autor un ejercicio pedagógico inverso por el que fuese el pueblo el que acabase educando a los héroes. En primer lugar, la sociedad debía ser instruida en el valor del bien común. Una vez fuese esta causa la más valorada, los héroes —que siempre se mueven por la gloria personal— entenderían que ese era el camino hacia los laureles (Kelly, 1997: 354). Así pues, y a pesar de sus ciertas contradicciones en relación con la virtud y a la moralidad heroicas, Rousseau parecía decantarse por un modelo de héroe civil, alejado del campo de batalla (que no se ha «manchado sus manos con sangre»; Rousseau, 2012) y preocupado por la comunidad.

Este modelo de héroe insertado en el bien colectivo, con un perfil alejado del guerrero, era compartido por otros pensadores del periodo, incluyendo a las otras dos grandes voces de la ilustración francófona. El presidente Montesquieu, tan determinista en *Del espíritu de las leyes* (1748), había considerado que los resortes o principios que mueven a la población de los Estados republicano, monárquico y despótico son, respectivamente, la virtud (o amor a la patria), el honor y el miedo, lo que condiciona absolutamente sus motivaciones. En el caso de las monarquías: «El Estado subsiste con independencia del [principio republicano del] amor a la patria, del deseo de la verdadera gloria, de la abnegación de sí mismo, del sacrificio de los más caros intereses y de todas esas virtudes heroicas que encontramos en los antiguos y sólo de oídas conocemos». Como principio rector, el honor podía, no obstante, «inspirar [en las monarquías] las más hermosas acciones», pero siempre desde ese individualismo ajeno a la condición de hombre de bien, que requiere «la intención de serlo y amar al Estado más por él que por uno mismo» (Montesquieu, 1995: libro III, caps. v-vi). En el caso de los gobiernos despóticos, donde no hay amor por el Estado ni por el príncipe, sino una obediencia motivada por el miedo, no existe «otra cosa que el heroísmo de la servidumbre» (Montesquieu, 1995: libro XVII, cap. vi). Sin tratar el tema directamente, Montesquieu delimitaba muy bien los tipos heroicos y sus causas.

En cuanto a Voltaire, generalmente escéptico con los liderazgos carismáticos, podemos apreciar el uso sarcástico que hace de la palabra héroe en el encuentro de Cándido con los búlgaros. En un contexto bélico, frases como la siguiente dan el tono de todo el pasaje: «muchachas con las tripas al aire, tras haber satisfecho las necesidades naturales de algunos héroes, exhalaban el último suspiro» (Voltaire, 1974: caps. 2-3).

Los más afamados autores de la Ilustración británica también consideraron las negativas consecuencias del culto al guerrero. En su ensayo *Sobre la educación* (1693), Locke había alertado sobre la formación violenta recibida por los niños a través de narraciones sobre conquistadores, «los grandes carniceros del género humano». Por culpa de este tipo de historias (y vemos aquí un antecedente de la referida opinión de Meléndez), la costumbre nos reconcilia «con lo que la humanidad aborrece», que es la violencia (Locke, 1759: 52). En el caso de Hume, contrario incluso a ese supuesto motor que es el amor a la fama (Sabl, 2006), encontramos en su *Tratado de la naturaleza humana* (1739-1740), un llamativo pasaje, no exento de cierta ironía, en el que reflexiona sobre la pasión popular por los destructivos ídolos bélicos y el arrollador atractivo de estos, que deja a los intelectuales

<sup>10</sup> Este discurso, publicado sin permiso del autor, que renegaba de su contenido, contiene ciertas tensiones no del todo resueltas como las que laten entre el héroe y el sabio, o entre el héroe militar y el legislador (Cameron, 1984).

(«los hombres de reflexión fría») prácticamente solos en su rechazo y en su preferencia por los gobernantes y legisladores.<sup>11</sup>

En las próximas páginas vamos a reflexionar sobre la proyección en España de este héroe civil y patriota que compartimentaremos en varios subapartados que presentan perspectivas y perfiles (el héroe del bien común, el rey patriota y el ciudadano) de una misma realidad, que influyó tanto en el modelo regio como en el de súbdito.

### 2.1. *El monarca como héroe del bien común*

La prelación ilustrada del héroe civil sobre el militar se enmarca en un clamor intelectual en contra de la guerra que se trasplantó a la imagen de los monarcas dieciochescos, cuyo aparato propagandístico tuvo que hacer malabares para presentar como pacíficos a verdaderos señores de la guerra. Aunque dedicaremos un apartado específico al nuevo héroe guerrero, es importante introducir cuanto antes una causa que será considerada el horizonte del nuevo héroe, como es la del bien común.

Cualquier persona iniciada en las fuentes del XVIII español se habrá topado infinidad de veces con los conceptos de bien común y pública utilidad, objetivos de toda acción del súbdito del absolutismo borbónico (Calvo Maturana, 2013a: 104-112). Los expedientes de imprenta rechazan obras que nada tienen de malo, pero que nada aportan. El teatro se fomenta por su valor pedagógico. Los arbitrios y las solicitudes de ascenso se aferran a estos binomios. El Discurso IV del *Censor*, publicado en 1781, nos habla de Eusebio, un hombre que vive de las rentas, exento de vicios aparentes, «que no tiene por donde el diablo le hiera», pero que es «inútil a todos los demás», por lo que no merece ni siquiera el título de buen cristiano. Era obligación de Eusebio salir de ese letargo y «trabajar en servicio público, en utilidad de sus conciudadanos, sacrificar su reposo y sus conveniencias a la república cuanto sea menester» (*El Censor*, 2005: 76).

La búsqueda de la pública felicidad se convirtió para la monarquía en un criterio de reclutamiento de las élites y en un argumento legitimador de su propia política. Era de esperar que el mayor héroe del reino, que no es otro que el rey, remodelase su propia representación en esta dirección. Fernández Albaladejo (2007: 191) habla de la «inviabilidad, cada vez más evidente, de sacar adelante una línea de actuación política interna sustentada sobre los supuestos de un dinasticismo autocrático y patrimonialista».

Si volvemos por un momento al polémico elogio de Cabarrús a Carlos III con el que iniciábamos este trabajo, veremos que otro de los argumentos de los inquisidores en su contra tuvo que ver con las duras palabras dedicadas a los belicosos Habsburgo como contrapunto a unos Borbones que habían rescatado a los españoles de la perdición haciendo de «la felicidad sus súbditos» su «grande objeto»:

Tal es sin embargo el cuadro que nos presenta la Historia en aquella casa [la de los Austrias] constantemente funesta al género humano que, no sé por qué

<sup>11</sup> «El heroísmo o gloria militar es muy admirado por la generalidad de los hombres. Lo consideran como el género más sublime de mérito. Los hombres de reflexión fría no se sienten exaltados en sus alabanzas con respecto a él. Las infinitas confusiones y desórdenes que ha causado en el mundo disminuyen mucho su mérito a sus ojos. Cuando quieren oponerse a las ideas populares en este respecto, pintan los males que esta supuesta virtud ha producido para la sociedad humana: la destrucción de imperios, la devastación de regiones, el saqueo de ciudades. Mientras estos males se hallan presentes a nosotros nos sentimos más inclinados a odiar que a admirar la ambición de los héroes; pero cuando fijamos nuestra vista en la persona misma que es el autor de todo este daño, hay algo tan deslumbrador en su carácter, su mera contemplación eleva el alma de tal modo, que no podemos rehusarle nuestra admiración. El dolor que sentimos por su tendencia a perjudicar a la sociedad es dominado por una simpatía más fuerte y más inmediata» (Hume, 2001: 424).



fatalidad, inspiró a nuestros padres un entusiasmo del cual aún no acabamos de convalecer; que convirtió en héroes a los españoles, pero siempre en perjuicio de España; que regó con nuestra sangre los vastos e infelices dominios que poseía, y los que su insaciable y mal combinada ambición la hacía apetecer; que sobresaliendo solamente en la detestable ciencia de forjar cadenas, ató más fuertemente nuestras manos vencedoras que las de los pueblos que le vencimos; y que finalmente cubrió con laureles estériles y escasos el abismo a que arrastraba la nación entera si la augusta familia de Borbón no la hubiera detenido a la orilla del precipicio, y salvado algunas ruinas de su antiguo poder (Cabarrús, 1789: 3-4).

«Laureles estériles», «héroes [...] españoles [...] en perjuicio de España». El mensaje antibélico, la superposición del bien de la población a los egoístas intereses dinásticos — una disociación solo planteable en un escenario patriótico, nunca en el patrimonial— era contundente, pero no fue aislada (empezando por aquel llamativo inquisidor que le dio la razón a Cabarrús<sup>12</sup>). En las *Cartas Marruecas* de Cadalso, por ejemplo, leemos que la Casa de Austria «gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas a España por las continuas guerras» (Cadalso, 1999: carta III).

La connotación negativa del guerrero (aun heroico), presentada desde un paradigma —humanista primero, ilustrado después<sup>13</sup>— «eirenista», la podemos encontrar en un elogio regio previo, como es el del ilustrado Viera y Clavijo a Felipe V, donde se habla del «terrible nombre de héroe»:

La paz de Utrecht. Aquí era donde fatigada la imaginación con los horrores de la guerra esperaba yo llegar en el elogio de Felipe a fin de poder respirar y consolarme. Demasiado hemos hablado ya de este azote, que tanto atormenta el género humano y le degrada; y si Felipe encontró su reino extenuado y constituido en una extrema debilidad, ¿cuánto no crecerían los síntomas de los males en casi doce años en que fue el bárbaro teatro de la guerra intestina, la muerte y la devastación? Basta. Harto ha trabajado Felipe para merecer el terrible nombre de Héroe, tiempo es ya de que merezca el placido título de Rey, coronado de las virtudes pacíficas, que valen más que las victorias. Tiempo es ya de que [...] se le parezca en el amor a los hombres, y en el deseo de hacer felices a sus vasallos, que solo es fruto de la paz (Viera y Clavijo, 1779: 30-31).

Pero Viera no podía ocultar el perfil bélico de su homenajeado ni ser crítico con el fundador de la dinastía vigente y padre del monarca reinante, así que sus otras menciones al heroísmo de Felipe, siempre asociadas a su gloria militar, fueron positivas. Si Felipe V fue recordado como «el Animoso» (una imagen testimoniada por el *Felipe V a caballo*, de Jean Ranc, 1720), su sucesor, Fernando VI fue ensalzando como rey pacífico: «es pasmo de la admiración, que siendo hijo de un rayo de la guerra, dejara descansar, como dejó, en una imperturbable quietud las armas de su Imperio» (*Lágrimas de la paz*, 1762). Tras el guerrero David, llegaba su hijo Salomón, constructor del templo. *La Alegoría de la Paz*

<sup>12</sup> Hablamos de Agustín Yagüe: «[Cabarrús] trata como reprehensible el espíritu de ambición que dominó constantemente a una casa [la de Habsburgo] que, sin expresarla, es conocida por semejante censura con que la notan muchos escritores [...] aspiraba a una Monarquía Universal [...] a costa de la sangre de los suyos [...] Todo esto se halla en los libros de los juiciosos, sin recelo de calumnia» (cit. por García Regueiro, 2003: 305).

<sup>13</sup> Son numerosas las obras que afloraron en la Europa del XVIII a favor de la paz: *Proyecto de Paz Perpetua* (1713), de Saint Pierre; *Extracto de la paz perpetua* (1761) y *Juicio del Proyecto de Paz perpetua* (1782), de Rousseau; *A plan for universal and Perpetual Peace* (1786), de Jeremy Bentham; *Hacia la Paz Perpetua* (1796), de Kant; *Reflexiones sobre la Paz* (1794) y *Reflexiones sobre la paz interior* (1795), de Madame de Staël.



y la *Justicia* (1753-1754), ofrecida por Corrado Giaquinto al rey, representa muy bien este espíritu, pero aún mejor lo haría una frase pronunciada por un súbdito de Fernando VI al otro lado del Atlántico: «La mayor gloria de un soberano es hacer felices a sus vasallos» (Fernández Vallejo, 1762: 7-8).

El discurso tradicional del héroe-guerrero no desaparece, y tampoco lo hará para los reyes,<sup>14</sup> pero lo cierto es que el culto a la paz —plantada como una condición para la prosperidad y una consiguiente prueba del amor del rey al bienestar de sus vasallos— se convertirá en un lugar común para la monarquía dieciochesca, como prueba la exaltación que de ella se hizo en reinados nada pacíficos como fueron los de Carlos III y, especialmente, de Carlos IV. El héroe regio tipo de finales de siglo se construye según el nuevo modelo político (el reformista y restaurador) y sociocultural (el hombre de bien, esa nueva masculinidad ilustrada).

A comienzos de su reinado, un súbdito americano rogaba a Carlos III un reinado sin guerras:

Paz, paz, pedimos todos, paz para nuestro nuevo Monarca el Señor Don Carlos tercero; paz para su dilatada Monarquía; paz para todos nuestros felices vasallos; de suerte que acostumbrados nuestros oídos y hechos nuestros labios a tan dulce nombre, nada oigamos, de nada hablemos en el presente reinado de Carlos, sino de la paz, como en el de Fernando, REQUIESCAT IN PACE (Fernández Vallejo, 1762: 25).

Bajo el mismo monarca podemos recordar festividades como la boda del príncipe Carlos y la princesa María Luisa en 1765, de cuyo enlace se esperaba la perpetuación de la dinastía, tan distinta «de aquellos héroes invasores de los derechos ajenos, o turbadores del reposo público, que ponen la justicia de su causa en su conveniencia; que descuidan la de sus vasallos, y la armonía recíproca con sus vecinos» (*Oración*, 1765: 4-5). O los fastos de 1783 en honor de la Paz de París y el nacimiento de los infantes gemelos (Calvo Maturana, 2007a: 38-53). Incluso esa primera gran victoria del monarca se leyó desde el punto de vista de la paz tras siglos de heroísmo desperdiciado:

¿Cuántos siglos habían pasado, sin que nuestros ejércitos aguerridos hubiesen logrado al precio de su misma sangre sacrificada heroicamente en defensa de su rey, y de su patria, una recompensa digna de sus virtudes y servicios? Digamos la verdad, sin que nos lo impida el rubor [...] ¿qué ventajas habían obtenido en las guerras anteriores? [...] Jamás se ha visto la España más utilizada y gloriosa. ¿Qué?, ¿osáis presentaros tumultuadas para desmentirme conquistas ruidosas, pero perjudiciales igualmente de Carlos I y Felipe II? (Álvarez Santullano, ca. 1784: 40-42).

<sup>14</sup> Sobre el nacimiento del malogrado infante Carlos Domingo: «verdad es que en lugar que el primer infante nació en el seno de la paz, su augusto hermano viene al mundo entre el estrépito de una guerra está observado que en los tiempos difíciles es cuando se educan y crían mejor los que nacen para ser héroes» (*Oración* 1780: 40). A la ascendencia heroica del trono español y a las conquistas italianas de Carlos III antes de acceder al trono español: «Nació V. M. primogénito de una de las más esclarecidas reinas con derecho incontestable a muchas soberanías; y apenas la naturaleza dio vigor al brazo para el uso de la espada, cuando se vio V. M. a imitación de su heroico padre, precisado a ejercitarla en la conquista de una noble porción del patrimonio de sus mayores [...] Conservarán las armas aquel pundonoroso tesón que V. M. y sus ínclitos predecesores le han inspirado tantas veces» (*Oración*, 1759: 2-15). En relación con Carlos IV: «Cuando registro la colección de sus pragmáticas, cuando miro los fértiles campos de sus estados, cuando me interno en las ciudades, cuando lo veo con la espada en la mano destrozando a sus enemigos, y cuando se me presenta coronado de oliva reposando en su trono, siempre es grande, siempre es un héroe a mi vista» (Codes, ca. 1798: 5-6).

Un clérigo ilustrado como Antonio Tavira trasladará al recién nacido infante Carlos (el llamado a reinar de entre los dos gemelos) la voz de la patria:

Acuérdete siempre, dice la Patria, de que no tuviste otra cuna en naciendo sino la Paz. No ciña jamás tus sienes sino la oliva. Deja, deja para otros los infaustos laureles teñidos con sangre humana. Tus conquistas han de ser en los vastos espacios del corazón de tus vasallos (Tavira, 1784: 31).

En el reinado de Carlos IV hallamos los mayores signos de madurez de la apropiación oficial del rechazo cultural a la guerra, que no hay que asociar únicamente al intento de vender la Paz de Basilea (1795). Ya en su exaltación, la Academia de la Historia destacaba del nuevo monarca que, mientras «algunos emperadores romanos se honraban con los nombres de las gentes que vencían» él valoraba «el de las que ama y gobierna» (*Oración*, 1788: 29). Años más tarde, un elogio al mismo rey abogaba por hacer a los hombres felices y humanos, y no «guerreros sangrientos», ensalzando «la conducta de los genios bienhechores, que [...] creen vano y engañoso todo engrandecimiento que no esté fundado en la prosperidad de los vasallos» (Zuazo, 1797: 23-24).

La inscripción del pedestal de la estatua ecuestre de Carlos IV en México alude a su gloriosa estirpe pero también a su supuesta política pacificadora.<sup>15</sup> En el texto que la publicitaba podemos leer una nueva comparación ventajosa de un Borbón respecto al belicoso Carlos V, aún más valiosa si tenemos en cuenta que fue bajo su reinado cuando se conquistó el territorio:

Ponga, pues, el héroe de la conquista bajo del Cetro Español unos dominios que envidian las Naciones y puede envidiar la fortuna, y haga respetar a Carlos Quinto por su poder y el terror a sus armas; que V. E. [el virrey, marqués de Branciforte] hará amable a Carlos Cuarto, por la dulzura de su ánimo excelso, y por la beneficencia de sus manos pacíficas y providentes. Domine por el intrépido Cortés en los bárbaros toltecas y chichimecas el grande emperador del Antiguo mundo; que V. E. en los cultos vasallos del Nuevo afirmará aquellos vínculos dulcísimos por el tierno amor de CARLOS ANTONIO DE BORBÓN, y de la amable LUISA, que tanta parte debe tener en los cultos y aclamaciones de este glorioso memorable día (*Inscripciones*, 1797).

A la hora de justificar el abandono estratégico de la plaza de Orán, Carlos IV encomia «la gloria y el honor» de sus tropas al mantenerla, pero expresa su dolor porque «muchos valientes oficiales y soldados hayan sacrificado sus vidas al sólo objeto del pundonor», valores implícitamente suficientes para mantener un punto «que no se presenta utilidad alguna de la Religión ni del Estado...» (RD de 16/12/1792, National Archives, *Foreign Office*, 72/23). El bien de los súbditos se impone al honor bélico y a los intereses patrimoniales, o al menos se utiliza como argumento para justificar una retirada.

Pero la guerra estaría dramáticamente presente en el reinado, lo que casó con dificultad con un mensaje tan eirenista. Cuando esta estalla, el monarca demuestra públicamente lo que Carlos V había expresado en privado a su hijo en las famosas *Instrucciones de Palamós* de 1543: un rechazo humanista a la guerra, afrontada como algo terrible pero inevitable.

<sup>15</sup> «A Carlos IV el Óptimo, el Piadoso, el Feliz hijo de Carlos III, nieto de Felipe V, descendiente de San Luis y de San Fernando, porque conservando siempre una paz octaviana, por inspiración divina, no con menos clemencia que poder, y suficiente para otros muchos, sustenta dos Imperios» (*Inscripciones*, 1796).

En la Paz de Basilea (1795), Carlos IV habla de una «guerra, la más cruel y dispendiosa» en contra de sus «principios pacíficos bien notorios» (*Tratado*, 1795). Tampoco parece quedar, un año más tarde, más remedio que luchar contra Inglaterra, por haber «apurado los límites de mi moderación y sufrimiento». El decoro de la Corona y la protección de sus vasallos obligaban al monarca «a adoptar un partido contrario al bien de la humanidad, destrozada con la sangrienta guerra que aniquila la Europa, y opuesto a los sinceros deseos que le he manifestado en repetidas ocasiones de que terminase sus estragos por medio de la paz» (*Real Cédula*, 1796). Similares serán los argumentos en 1805. El obispo de Mallorca volverá a hablar de unas negociaciones apuradas hasta el final y de los imperativos del «decoro» de la Corona (Nadal y Crespi, 1805).

Más allá de la imagen regia, el debate sobre el héroe bélico (y su transformación en antihéroe destructor), ocupó también a los intelectuales españoles. En 1745, en el segundo volumen de su *Cartas eruditas y curiosas*, el referencial padre Feijoo había escrito:

Yo miro esos, que el mundo llama *héroes*, denominación que ya se hizo propia de todos los que tienen la cualidad de *guerreros* insignes, como unas llamas elementales, que abrasan otro tanto como brillan. Y al contrario los inventores de cosas útiles, como lumbreras de superior esfera, astros benéficos, que influyen, y alumbran, pero no queman (Feijoo, 1742-1760, II: 259).

El texto —una dura crítica, que retomaremos, a los conquistadores americanos— se presentaba en forma de homenaje a Lorenzo Felipe de la Torre Barrio y Lima por las mejoras introducidas en el método del amalgamamiento para la extracción de la plata. Puesto que «un inventor célebre basta por sí solo para ennoblecer una nación entera», Feijoo pedía que se reconociese al personaje: «con mucho menor motivo han conseguido otros de sus patrias estatuas de bronce y mármol, y, de mi dictamen, de plata debía erigírsela España a D. Lorenzo, porque sirva en la posteridad para su gloria la misma materia que dio asunto a su mérito» (Feijoo, 1742-1760, II: 263).

Un miembro de la milicia como Cadalso parodia la victoria militar, censura el ego de los generales y recoge el saldo de una «batalla sangrienta», como es «...la muerte de veinte mil hombres» que «ocasiona la de otros tantos hijos huérfanos, padres desconsolados, madres viudas, etc.» (Cadalso, 1999: carta XIV).

En el contexto del nombramiento de Godoy como Príncipe de la Paz y en un canto a él dirigido, Forner renegaba del culto a los «héroes guerreros» («héroes del espanto») y de la gloria militar, propia de un mundo egoísta:<sup>16</sup>

¿De dónde nace, pues, que las naciones todas, cultas y salvajes, sabias e ignorantes, en todos tiempos, siglos y épocas, han calificado de héroes a los que con más habilidad han sabido destruir el linaje humano? Si los hombres acomodasen sus ideas a las inspiraciones de su propio interés, ¿no parece más natural que los conquistadores fuesen antes abominados que engrandecidos con la pompa de las aclamaciones y con los monumentos magníficos que levanta a su gloria, y tal vez a la eternidad de sus nombres, la tímida ignorancia de los mortales? Porque, en efecto,

<sup>16</sup> Aunque aquí no venga estrictamente al caso, la introducción de Forner al poema contiene tintes ciertamente hobbesianos al plantear un mundo salvaje en el que todos luchaban contra todos y una posterior sociedad civil constituida. A esto hay que añadir un cierto lamento, ya más ilustrado, de lo violenta y egoísta que es esta sociedad: «Pocos libros han visto llover sobre sí más execraciones que el de Maquiavelo y, sin embargo, Maquiavelo no fue más que un mero copiante» (Forner, 1796).

¿cuál gloria más absurda, al parecer, que la que camina a la inmortalidad por medio de cadáveres y destrozos? (Forner, 1796).

Si los pueblos fuesen conscientes de esta verdad, dejarían de admirar a estos enemigos de la humanidad, «derribando las estatuas de los conquistadores», poniendo «en su lugar la de los varones justos y pacíficos», derivando «la adoración pública» hacia los «héroes políticos, porque en ellos se vería cifrada la felicidad universal de la tierra».

El héroe de Forner, que no es otro que Godoy, es un «hombre de Estado» que se caracteriza por su «moderación», «justicia», «equidad», «buena fe» y «felicidad de todos los gobiernos, de todos los hombres». Podríamos decir que es un hombre de bien, un modelo de masculinidad ilustrada al que no mueven las pasiones, las entrañas. Es un «héroe de paz» (Forner, 1796: xxxvii).

El perfil civil y colectivo se impone claramente al militar, la felicidad individual es más importante que un concepto desfasado del honor:

Las proezas y hazañas de los héroes guerreros están ya sobradamente ensalzadas en millares de tomos; falta representar la vida política, y ver en los tiempos pasados los orígenes de lo que hoy somos, y en la sucesión de las cosas los progresos, no de los hombres en individuo, sino de las clases que forman el cuerpo del Estado (Forner, 1793).

Será en este marco mental en el que el rey ilustrado devenga patriota.

## 2.2. *El rey patriota*

En las décadas previas a la Revolución, la monarquía francesa se sumó a la corriente partidaria de la utilización de un programa de héroes inspiradores. Una vez consciente de la utilidad de estas figuras, se entregó a un programa de exaltación heroica que situase al rey, a ojos de la población, a la cabeza de los servidores de la patria, de los adalides de la pública felicidad. Así, el hombre de confianza de Luis XVI en términos artísticos, el marqués d'Angivillier (director de los *Bâtiments du Roi*), comisionó varias muestras de pintura y escultura histórica en las décadas de 1770 y 1780 (Bell, 2001: 111).

Tanto el apoyo real como el intelectual hicieron que la exaltación de las más ejemplares figuras históricas trascendiese las bellas artes francesas. Desde 1758, la *Académie Française* —que, como señala David A. Bell, estaba cayendo en manos de los *philosophes*— venía convocando un elogio a los «grandes hombres de la nación». Mientras tanto, se abría paso en la imprenta un nuevo género que retomaremos, el de las biografías colectivas, que llegaban a un público considerablemente más amplio que los salones de arte y los elogios académicos. El mencionado autor ha contabilizado quince (algunas de varios volúmenes) entre 1697 y 1792 (Bell, 2001: 109-114).

No residía la novedad en que se homenajeara artística y literariamente a los grandes hombres, sino en su nuevo perfil y en la intensidad con la que ahora se los exaltaba (sin llegar ni remotamente al modelo liberal pero sí anticipándolo), abriendo un panorama descrito por David A. Bell:

En los últimos treinta años del Antiguo Régimen, los franceses vivieron en la rutilante compañía de fantasmas. No se podía pertenecer a una academia, pasear por las calles del centro de París, asistir a un *salon* o visitar a un librero sin toparse

con oraciones, odas, estatuas, pinturas, grabados y libros glorificando a los «grandes hombres» del pasado de Francia (Bell, 2001: 107).

El culto a los héroes de la patria se antoja más efectivo para reclutar a unas clases medias y altas en las que la retórica religiosa ya no tiene el efecto de antaño. Son varios los autores que han estudiado la «desacralización» (Merrick, 1990) de los reyes dieciochescos y su necesidad imperiosa de adaptar los vínculos de legitimidad a unos nuevos tiempos en los que el derecho divino no resulta convincente. Alain Boureau (1998) estudió la «imposible sacralidad de los soberanos franceses», simbólica incluso para la propia Iglesia. Por su parte, Chartier considera que los argumentos de *les philosophes* solo pudieron cuajar en un escenario en el que «se había operado una desinvestidura simbólica y afectiva que los hacía aceptables» (Chartier, 2003: 100).

Hablamos de un fenómeno, el de la desacralización del monarca en aras de una mayor cercanía a sus súbditos letrados, que fue transversal en las monarquías occidentales de la época (Scuccimarra, 1997). Al pueblo le podía seguir valiendo la obediencia por mandato divino, pero la población letrada necesitaba argumentos suplementarios. En un contexto de «desencantamiento», escepticismo filosófico, y sospecha de la religión institucionalizada [...] se estaba haciendo cada vez más difícil justificar la monarquía absoluta mediante Dios únicamente, tal y como apologistas regios como Bossuet habían intentado» (Bell, 2001: 67).

El panteón heroico —cuya ejemplarizante utilidad ya se ha comentado— se convierte así en un mundo en el que la divina providencia no es el principal referente, pero que se vale de «las formas y prácticas del catolicismo contrarreformista» al ensalzar a través del arte y la literatura a estos nuevos santos, también mártires pero de la patria (Bell, 2001: 119-121). Se ha destacado el valor iconográfico de ese verdadero trasunto de una *pietà* que es el cuadro (1770) de *La muerte del general Wolfe*, de Benjamin West (Abrams, 1985), reproducida luego en las representaciones del trance final de otros militares como el comandante Louis Joseph de Montcalm o el almirante Nelson, asunto este al que volveremos en el apartado correspondiente.

La comunión existente entre este modelo heroico y el poder fue clave para la consolidación de ambos. No podemos olvidar hasta qué punto la imprenta española estuvo controlada por el dirigismo cultural de la monarquía borbónica (Conde Naranjo, 2006) y en qué medida los autores aspiraron a sintonizar con la voz del reformismo ilustrado para, en primera instancia, superar la censura y, a la postre, sacar rédito político en forma de prebendas y promociones (Calvo Maturana, 2013a).

Para el caso francés (indiscutible referente en la Europa del XVIII, pero sobre todo en España), Jean-Claude Bonnet (1998) y David A. Bell (2001), han demostrado que la monarquía alentó un nuevo tipo heroico de perfil civil, cuyo ámbito ya no era necesariamente el militar y cuya causa era esa patria compartida por el rey y sus súbditos, formando una comunidad que debía remar unida hacia el bien común. La patria y la nación francesa son alimentadas «con el conservador propósito de defender la prerrogativa real y silenciar a sus críticos» (Bell, 2001: 68). Entre 1750 y 1789, «los reyes de Francia se convirtieron en patriotas». A decir de Monod, «en sus proclamas reformistas, los reyes se referían al Estado como una entidad con intereses propios, a los cuales todo el mundo debía contribuir» (Monod, 2001: 339).

Con tal fin, el aparato propagandístico regio (preocupado —en el caso español— ya desde mediados de siglo por rodearse de un programa iconográfico que fuese a la par inspirador y comprensible; Álvarez Barrientos, 2006b) se apoyaría en las artes y las letras para homenajear a la patria, conectando emocional e históricamente a sus figuras

ejemplares recientes y remotas con la monarquía, un recurso propagandístico que se comenzaba a antojar más efectivo que el ensalzamiento directo de los reyes y sus gestas. En un escenario en el que los reyes son los padres de la patria, los animadores del bien público y el elemento común a todas las épocas pasadas, la exaltación de estos personajes célebres, incluso en ámbitos de los que ellos quedan exentos, redundaba en su propio prestigio (Bell, 2001: 123).

Instituciones borbónicas hispánicas como la Academia de la Lengua, la de la Historia y la de Bellas Artes de San Fernando convocaron concursos para la exaltación de personajes y hechos históricos que eran reinterpretados y leídos según los valores vigentes de ese ejercicio equilibrista que fue el reformismo confesional ilustrado (López Cordón, 2006; Azcárate Luxán *et alii*, 2002; Álvarez Barrientos, 2006b; Gies, 2006). Las artes y las letras se movilizan para participar en estos concursos. En 1779, un joven Leandro Fernández de Moratín obtendría un accésit en el premio convocado por la Academia con el tema *La toma de Granada por los Reyes Católicos*.

A la hora de la verdad, los intelectuales ilustrados abandonan su cosmopolitismo para apuntalar a las naciones, esas incipientes comunidades políticas y sentimentales dirigidas por los reyes. Otros, los más escépticos, llegarían a ver en el patriotismo una afectación, un discurso impostado al que recurrían los monarcas para fidelizar a sus súbditos (Bell, 2001: 63-65),<sup>17</sup> pero imperó la postura de la amplia plantilla de paniaguados patrocinados por la corona que erigieron un panteón nacional (aún no físico, sino mental) en el que tendrían cabida militares, políticos y religiosos, pero también —para el caso francés— intelectuales como Montesquieu y Descartes (Bell, 2001: 111).

Fernández Albaladejo (2001: 485-532) ha estudiado el «nuevo arte de reinar» de los Borbones hispánicos del XVIII, dirigido por un «rey patriota», cabeza de una comunidad de súbditos responsables comprometidos con el bien común. Si a lo largo del siglo se había hecho habitual el apelativo de «padre de sus vasallos», utilizado —por ejemplo— por Jovellanos en su conocido elogio a Carlos III, la patria y la nación empiezan a ser el colectivo referencial de las élites. Mientras que los vasallos se deben a su rey, a los patriotas los mueve una causa más fuerte sentimentalmente hablando. El propio texto del asturiano presenta a las claras el vínculo entre los «españoles» (o «amigos de la patria») y su soberano. Ese nexo no es otro que la patria, a cuyo servicio acuden los «ciudadanos [...] a servirla en la Iglesia, en la magistratura, en la milicia» (1789: 53-54); estos ciudadanos serán representados en los elogios a los socios fallecidos de la Matritense a los que también volveremos.

En sus respectivos elogios fúnebres al mismo rey, José Viera y Clavijo (1790: 26) y Juan Pérez Villamil (ca. 1789: 3) lo llamarían «padre de la patria». El primero consideraba más apropiado denominarlo como «rey patriótico», «porque, si en el epíteto de padre de la patria se envuelve no sé qué concepto severo de patria potestad, de natural independencia y de prioridad de existencia y de poder; en el ditado de rey patriótico, solo resplandece la idea agradable de amigo de la patria, de amante de la patria, de hijo afectuoso de la patria, que funda su gloria en verla feliz, y su placer en hacerla toda especie de beneficios» (Viera y Clavijo, 1790: 26). Vemos en esta cita un evidente paso, pues al pasar de padre a

<sup>17</sup> A decir de Mercier, el patriotismo era una forma de fanatismo inventada por los reyes y alimentada en las academias, solo útil para enfrentar al ser humano y únicamente comprensible en las repúblicas, cuyos habitantes sí que forman parte del Estado: «He visto a académicos proceder a la carga de un cañón [...] Vuestro patriotismo es una virtud falsa y peligrosa para la humanidad. Porque, examinemos qué significa la palabra *patriotismo*. Para identificarse con un Estado es preciso ser miembro del Estado. Excluidas dos o tres repúblicas no hay patria propiamente dicha. ¿Por qué ha de ser mi enemigo el inglés? Me relaciono con él por el comercio, las artes, por todos los lazos posibles; no hay entre nosotros ninguna antipatía natural. ¿Por qué queréis que al traspasar un límite separe mi causa de la de los otros hombres? El patriotismo es un fanatismo inventado por los reyes y funesto al universo» (Mercier, 2016: 228).



hijo de la patria, el rey pierde ascendencia y se alinea con el resto de los españoles. Los dos discursos premiados en el concurso de la Academia de la Historia de 1779 para hacer un elogio fúnebre de Felipe V se habían situado en la misma dirección.

En un elogio de la Matritense, a Carlos IV se le llama repetidas veces, además de «padre de la patria», «amigo» de sus súbditos (Flores, 1801). En otro, «monarca verdaderamente patriota», «que dejaría de ser ciudadano si se negase a ser rey» (Ruiz de Celada, 1800: 1-5). Sus causas son la «prosperidad nacional» y «la felicidad nacional» (Zuazo, 1797: 3 y 26). El rey las alienta y las hace comunes a todos los estamentos, que se sienten miembros de esa superior comunidad sentimental: «la palabra vasallo no excita ya en las almas sensibles las ideas del horror y de la indignación: un monarca patriota hace que despierte solo los sentimientos de amor» (Ruiz de Celada: 22); las instituciones ahora alaban a los «príncipes cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron» (Jovellanos, 1789: 43-106).

Los reyes dieciochescos hispánicos siguen moviéndose en el terreno de lo heroico,<sup>18</sup> pero los cambios operados en el modelo les afectaron también a ellos. La «nueva majestad» borbónica (Vázquez Gestal, 2013) propugna un perfil de monarca bondadoso y sentimental que se puede apreciar en los elogios a estos reyes paternales, ya no belicosos, desde tiempos de Felipe V (García Cárcel, 2002), pero sobre todo en la segunda mitad de siglo (Calvo Maturana, 2009). Ya hemos contemplado el viraje hacia el rey pacífico, más preocupado por la felicidad de sus súbditos que por las guerras dinásticas, un héroe regio rediseñado al que le mueve la felicidad de su pueblo a través del programa ilustrado que, a decir de Jovellanos, tiene «el glorioso empeño de ilustrar la nación para hacerla dichosa» (1789: 53).

Ha de decirse, en todo caso, que la intensidad del mensaje patriótico es variada, y que tiende a ser más tradicional en las Academias de Bellas Artes y de la Historia, más sujetas a lo canónico. En este elogio de la Academia de la Historia a Carlos IV, que juega con la idea de «los dos cuerpos del rey», el soberano no es amigo sino dueño: «Solo V. M. tuvo el arte, por su actividad y celo del bien público, de que sus pueblos no conociesen que había muerto el rey, sino CARLOS III, ni sintiesen la falta de su común padre, porque sólo V. M. fue quien lo perdió; y así nosotros siempre hijos, y tratados siempre como hijos, no hemos hecho más que mudar de dueño» (*Oración*, 1788: 20-21). Pero no es menos cierto que es ese mismo elogio el que considera a Carlos «el buen español» y hace de dicho título la mayor muestra de gratitud de sus vasallos (*Oración*, 1788: 29).

La utilidad de este mensaje la supo ver con clarividencia Campomanes en un manuscrito de en torno a 1750. El asturiano se lamentaba de la falta de cohesión sentimental que afectaba a España, donde la «la división de provincia a provincia» hacía a «la nación menos unida» y había causado (atención al esencialismo hispánico preliberal) su debilidad ante pueblos extranjeros como los cartagineses y los musulmanes. «El pueblo es una nación entera» y corresponde al «gobierno superior» extender ese amor —¡atención!— «no como causa y sí como excitador de él»; esto es, conviene más al poder propagar el «celo de la patria» que de sí mismo. Ecos de un recién leído Montesquieu (que publicó *Del espíritu de las leyes* en 1748) resuenan en Campomanes, que reconoce que este modelo es más propio de las repúblicas, donde «todos se interesan igualmente por el bien de la patria» mientras que en las monarquías «el primer objetivo es el rey y el segundo la patria», lo que no significa que este último no pueda cultivarse (1984: 53-61).

<sup>18</sup> «Héroe» llama José Manuel Sartorio a Carlos IV (*Elogio*, 1790). Por su parte, Cabarrús y Simón de Codes se refirieron respectivamente a los Borbones como «una familia fecunda en héroes» (Cabarrús, 1789: 4) y «una familia augusta muy acostumbrada a producir héroes» (Codes, ca. 1798: 34).

La patria como bien superior, como preocupación compartida, legitima al monarca pero también lo desplaza. A través de la Imprenta Real y de instituciones auspiciadas por la monarquía como la Matritense, los reinados de Carlos III y —sobre todo— Carlos IV, se llenaron de impresos y discursos (a los que también dedicaremos varas páginas) en los que se recreaba esa comunidad representada o patrocinada por un soberano cuya labor principal era saber reconocer el mérito en un aquellos súbditos cuyas virtudes heroicas podían repercutir positivamente en el bienestar del resto. En la traducción castellana del *Essai sur l'éducation de la noblesse* del chevalier de Brucourt, publicada por la Imprenta Real, leemos la cita que da título al presente artículo. «...la vida de un ciudadano, más que suya, es de la patria» (Brucourt, 1792, I: VII). La causa patriótica se equipara —cuando no se impone— a las clásicas del servicio al rey o a la religión, mientras que el catálogo de personajes ilustres, heroicos, a los que homenajear se amplía, también en España, a campos como el de la administración del Estado, la enseñanza o la medicina, cuyos máximos exponentes conviven con los militares heroicos, siendo dotados incluso estos de un perfil más civil. En el apartado dedicado al héroe militar recuperaremos este asunto en el marco de la ya mencionada exaltación de la paz en el discurso de la monarquía borbónica.

Por supuesto, el aparato propagandístico siguió manteniendo un lugar privilegiado para el monarca. Antes de que se comenzasen a publicar los *Retratos de los españoles ilustres* (1791) se inició el proyecto de los *Retratos de los reyes de España desde Atanarico hasta Carlos III* (1782), que entroncaba a la monarquía visigoda con la borbónica en un continuo de soberanos españoles. La iniciativa (publicada con real privilegio y con la participación de la Academia de la Historia) venía «recomendada por el ejemplo de otras naciones cultas y por la utilidad que ofrece a la juventud» (*Retratos de los reyes*, 1782: prólogo). Las imágenes iban acompañadas de un texto de Vicente García de la Huerta.

Los *Retratos de los reyes de España* recuerdan inevitablemente al previo programa de estatuas de monarcas históricos (romanos, visigodos y americanos prehispánicos) ideado por el padre Sarmiento para adornar el Palacio Real y que no fue del gusto de Carlos III (que las retiró y almacenó en 1760, y las distribuyó por la capital y el resto del reino a partir de 1787; Álvarez Barrientos y Herrero, eds., 2002). En el plano del espacio público, las estatuas de los reyes —y esto nos devuelve a la referida queja de Ponz— no se prodigaban en la misma medida de lo que lo harían en el periodo contemporáneo, quizás por miedo al vandalismo, quizás por no considerar el espacio urbano digno de la figura del rey. De hecho, si las conocidas estatuas ecuestres de Felipe III y Felipe IV datan de los respectivos reinados, su ubicación actual en el centro de Madrid parte del siglo XIX. En el caso de los Borbones, además de la estatua de Felipe V para el palacio, podemos mencionar la de Lorenzo Vaccaro erigida en Nápoles en 1705 pero destruida poco después por los austracistas (Bottineau, 1986: 261). Una estatua de cuerpo entero de Fernando VI, obra de Olivieri, fue expuesta al público en Aranjuez en 1752 pero, de nuevo, Carlos III ordenó su retirada y su colocación en el monasterio de las Salesas Reales. En el reinado de Carlos IV, el virrey de Nueva España, marqués de Branciforte, encargó al escultor Manuel Tolsá la citada estatua ecuestre del monarca que fue situada en la plaza mayor (hoy Plaza de la Constitución o Zócalo) e inaugurada en 1803. Aquí nos encontramos, por fin, con una obra pensada para ser expuesta a toda la población y acercarle a su rey ausente. Tema aparte son las vicisitudes sufridas por el llamado «caballito» a partir de la Independencia debido a su simbolismo: un rey de España cuyo caballo pisaba un carcaj mexica, un héroe convertido en antihéroe por arte de un cambio político.

Por último, y engarzamos así con el siguiente apartado, era responsabilidad de los reyes inspirar ese patriotismo a sus súbditos, colaboradores imprescindibles en la búsqueda del bien común. En carta a Carlos IV, escrita en marzo de 1802 en relación con la Ordenanza

militar del mismo año, Godoy se mostró totalmente imbuido de la importancia tanto del mérito como de la recompensa:

... he procurado en cuanto he alcanzado, combinar varios principios que tengo por indispensables, cuales son: excitar y promover el pundonor militar, que es el único móvil de las acciones heroicas y del valor: instruir y educar competentemente a la oficialidad, además de elegirla de buenos pañales [...] estimularla con premios, ascensos y salidas cómodas si cumpliese con sus deberes, porque no puede tener energía quien no ve sino un porvenir triste y miserable (cit. por Herrero Fernández de Quesada, 1990: 912-913).

Valentín de Foronda reconocía lo ya argumentado por Feijoo en su discurso *Amor de la patria y pasión nacional*. A los héroes los mueve el deseo de la gloria:

Los hombres virtuosos no son los que sacrifican sus placeres, sus costumbres y sus pasiones más vivas al interés público, pues no hay semejantes hombres en el globo que habitamos, así es ocioso buscarlos, sino los que sus pasiones más vehementes son de tal modo conformes al interés general que en alguna manera están forzados a ser virtuosos (Foronda, 1800: 12).

Egoísta es pues tanto «el santo religioso» como el «santo político». El primero se mortifica en busca de la satisfacción del agrado divino y la gloria celestial, mientras que el segundo, también llamado «héroe» encuentra la gloria «en ser útil a su rey, a sus conciudadanos [...] en hacer felices a los hombres». Del rey dependía educar a su pueblo, alinear el deseo de gloria con el interés común, repartir premios a aquellos que contribuyesen con la «felicidad nacional» (Foronda, 1800: 13-15).

Podía optar el monarca por otro modelo de gobierno, el de dirigir a «vasallos miserables, sin deseos, sin energía, sin actividad», sistema con el que gobernaría a sus «súbditos», pero sería objeto de la mofa y de la influencia de las potencias sabias e industrias, «pues es un axioma indisputable que las naciones más ilustradas triunfan de las que saben menos» (Foronda, 1800: 15). No parece casual el contexto (civil o religioso) utilizado por Foronda para hablar de «conciudadanos» por un lado y de «súbditos» por el otro.

### 2.3. *Las virtudes del ciudadano*

Si los dos anteriores subapartados se han centrado sobre todo en el monarca, ejemplo heroico fundamental en una monarquía absoluta, además de padre de una comunidad patriótica llamada a reclutar e inspirar al resto de miembros (aunque principalmente a las élites), prestaremos de ahora en adelante una mayor atención a esos súbditos que necesitaban de figuras asequibles a las que emular. El modelo tradicional de monarca había evolucionado, como ya hemos comprobado y como veremos con el guerrero, pero los valores civiles ilustrados eran mucho más trasplantables a otros perfiles más modestos dentro del organigrama estatal.

En los años finales del reinado de Carlos III y a lo largo del de Carlos IV se consolida el modelo de lo que Daniel Gordon llamó «ciudadanos sin soberanía», un tipo de súbdito responsable, sin derechos pero con obligaciones públicas que encontramos en la Francia del XVIII (Gordon, 1994; Bell, 1994) y que se puede reconocer en España a través de una élite política e intelectual comprometida con conceptos como los de «patria», «bien común» o «pública utilidad», causas supuestamente compartidas por los reyes, que

canalizan el reparto de la gracia hacia aquellos que destacasen en su servicio (Calvo Maturana, 2013a; Álvarez Barrientos, 2004; 2006a).

En las *Cartas Marruecas*, Gazel afirma que el mayor estímulo de un héroe ha de ser el patriotismo y que «la excelencia de un siglo [...] debe regularse por las ventajas morales o civiles que produce a los hombres» (Cadalso, 1999: carta IV). «Cuando el mérito reciba en la tierra el honor que le es debido, la familia de los héroes será la única que la habite», escribió Sebastián Hernández de Morejón en un elogio a José Urrutia (1801: 3).

El héroe destaca por sus valores personales, no por los derivados de la estirpe como ocurre con los referentes de la sociedad aristocrática. En publicaciones como *El Censor* se elogia el mérito por encima del rango social. La misma aristocracia tiene que atenerse a este criterio y ser digna de su estirpe. En la tierra de los Ayparchontes (discursos LXI y LXXV), la familia noble sin mérito se convierte en plebeya con el paso de las generaciones. De nuevo en las *Cartas Marruecas*, Nuño describe la nobleza hereditaria como «la vanidad que yo fundo en que, ochocientos años antes de mi nacimiento, muriese uno que se llamó como yo me llamo, y fue hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo» (Cadalso, 1999: carta XIII). Se trata de un mensaje asimilado a su manera por parte de la nobleza de sangre, que compite con la de servicio por un lugar preeminente al servicio del rey y se resiste a ser ese cliché indolente con el que los segundos tenían a zaherirla. Basta con leer los escritos del conde de Aranda o las palabras de Fernán Núñez a sus hijos.<sup>19</sup> Todos estos valores se verán representados en los nuevos héroes civiles, modelos con los que se pretende inspirar a los servidores del rey patriota y defensor del bien común, tipos heroicos que se alejan de las grandes figuras y gestas, y alcanzan a un considerable número de miembros de las clases altas e incluso medias, igualando el heroísmo por debajo.

El claro paso hacia este modelo de héroe civil, de perfil menos grandilocuente, lo vemos en el segundo volumen (1787) del *Diccionario castellano* del jesuita Esteban de Terreros que, tras recoger la acepción clásica, relacionada con la fama y la inmortalidad, añade: «hoy se toma ya héroe más generalmente por un hombre ilustre y de extraordinario mérito»; matiz que se aviene perfectamente a los individuos elogiados por instituciones oficiales como las Sociedades Económicas de Amigos del País también llamadas «patrióticas». Al fundador de la primera de ellas le dirigiría las siguientes palabras José Vargas Ponce: «Si algún día dedica estatuas la España a los héroes de un patriotismo puro y desinteresado, te tocará la primera, ilustre Peñaflorida» (Vargas Ponce, 1790: 32).

En la de Sevilla, Forner leyó en 1794 su discurso *Amor de la patria*, gran ejemplo de los cambios producidos en el mensaje de regeneración y reforma del país a finales de siglo. El texto se inicia con una exaltación de la virtud en detrimento de la fuerza bruta, propia de bárbaros y de bestias. Aquellos que anteponen el bien de los demás al suyo, que protegen a la sociedad y la instruyen en su propio bien han sido, históricamente, los «ídolos de la adoración pública» salvo en tiempos de depravación y falta de raciocinio (Forner, 1794: 3-7).

<sup>19</sup> «Vuestro Rey y vuestra Patria, cuyos intereses son unos mismos, deben ser, después de Dios, el primer objeto de vuestra atención y cuidado [...] El Rey y la patria suponen y consideran reunidos en vosotros aquel valor, aquel espíritu patriótico, aquel estudio, y aquel conjunto de virtudes que admiran y veneran aún divididos en vuestros mayores [...] este obsequio anticipado, que sin mérito alguno vuestro os hacen, les da un justo derecho a exigirlos y a despreciaros en lo íntimo de su corazón, si envanecidos con glorias ajenas, os dejáis alucinar neciamente [...] Debéis, pues, estar atentos al cumplimiento de las obligaciones importantes de vuestro estado y corresponder a la confianza que desde luego hace de vosotros la Nación y el Soberano, amándolos, sirviéndolos y derramando por Dios y por ella la última gota de vuestra sangre. Debéis aspirar a poder desempeñar dignamente los primeros empleos de la Nación, si llegasen a confiáaroslos, y haceros dignos de las primeras distinciones honoríficas de la Monarquía» (Fernán Núñez, 1791: 6-9).

La introducción de la virtud como atributo de «verdadera grandeza» —como condición *sine qua non* para ser un héroe (Forner, 1794: 8)— se puede rastrear en los diccionarios españoles del XVIII, donde apreciamos el acercamiento de esta figura a unos valores éticos frente al tradicional modelo épico. El *Diccionario de autoridades* (1726-1739) aún describía al héroe como «el varón ilustre y grande, cuyas hazañas le hicieron digno de inmortal fama y memoria»,<sup>20</sup> definición mantenida en sus sucesores (de la Academia) de 1780, 1783 y 1791. Pero un cambio reseñable se produciría en la edición de 1803, que añadió la virtud como alternativa (con conjunción disyuntiva) a la hazaña para alcanzar el heroísmo. El héroe como: «varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes»; definición que se mantendrá hasta la actualidad con la reciente sustitución de «varón» por «persona».<sup>21</sup>

El discurso de Forner, dirigido a los amigos del país, se apoya en la condición referencial (y neutral) de un mundo clásico definido por «el amor a la patria» («carácter fundamental del hombre civil»), inspirador de las «virtudes civiles» y guía de las «obligaciones de los ciudadanos». Un mundo en el que dichos ciudadanos no eran héroes por pura filantropía, sino que entendían que los intereses de los individuos y los de la «nación» estaban entrelazados y que era necesario el sacrificio de todos para alcanzar la «prosperidad pública». Se establece así la patria como «cimiento del edificio político», y el amor de la patria como «genio tutelar de las naciones» y modelador del «carácter civil de los ciudadanos» (Forner, 1794: 10-24). En un contexto donde impere el amor a la patria...

... cada soldado será un héroe, porque peleará en defensa de una patria que es feliz y le hace feliz. Cada hombre de Estado será un Solón, porque fundará su gloria en el poder incontrastable de su país; poder que no tiene otro cimiento que la prosperidad pública. Cada magistrado será un Arístides, porque sabrá que en la rectitud, acierto y pureza de su administración ha de estribar el concierto del orden público. Cada ciudadano será un hijo fiel que se interesará en la felicidad de su madre, por conocer que cuanto más prospere esta, tanto más se acrecentará su patrimonio, y con tanta mayor seguridad gozará de él (Forner, 1794: 23).

Ese amor de la patria, considerado por Montesquieu impropio de las monarquías, no lo es para Forner, que responde al filósofo y a su «sofistería»: «Y no creáis, Señores, que este don excelente, basa primordial de la prosperidad de los Estados, no puede hallar cabida, ni producir efectos eficaces en ciertos géneros de Gobierno, donde el pueblo, destinado solo a obedecer, no alcanza a desplegar otro vigor, que el que le comunica el impulso emanado de la soberanía» (Forner, 1794: 24). La frialdad patriótica no se encontraba en la constitución del reino sino en «la mezquindad y decrepitud» de los corazones de sus habitantes («estos embarazos en gran parte están en los que obedecen, no en los que mandan»). En cuanto a los monarcas, sí que eran amantes sinceros del «bien público». La

<sup>20</sup> La definición se completa con una segunda frase: «Los antiguos llamaban así a los que por sus acciones grandes los tenía el vulgo por deidades, y (como dice Luciano) por un compuesto de Dios y hombre». El diccionario de la Academia de 1780 y los siguientes (1783 y 1791) se conforman con la primera parte, sin mencionar a los antiguos, a los protagonistas de lo que Montesquieu llamó «tiempos heroicos», pero esta alusión al heroísmo clásico volverá en el diccionario de 1803.

<sup>21</sup> El diccionario de 1803 presenta también la novedad de ser el primero en incluir la entrada «heroísmo»: «Conjunto de cualidades y acciones que colocan a alguno en la clase de héroe». Esta palabra ya había sido introducida por Terreros con una definición más extensa: «Grandeza de alma sobre la virtud ordinaria del hombre; esfuerzo, excelencia en el valor; disposición del alma para obrar de un modo generoso, constante y firme». La edición de 1803 es también la única que ofrece una pequeña rémora de los viejos tiempos: como definición de «virtudes en grado heroico» leemos: «las sublimes y perfectas, cuales son las de los santos».



dinastía vigente se había encargado de fomentarlo, al contrario que su antecesora (Forner, 1794: 37-42).

En pocos textos vamos a encontrar una defensa más abierta que la realizada por Forner de este modelo mixto de ciudadano sin soberanía: «“Tu patria es feliz —le dijo un extranjero a Teopompo— porque en ella saben mandar los reyes”. “No por eso —respondió el austero espartano—, sino porque en ella saben los ciudadanos obedecer”» (Forner, 1794: 44). Un patriotismo aplicado a una sociedad estamental cuyos miembros más preeminentes («señores», clérigos, «negociantes», «opulentos labradores», «artistas» y «hombres de letras») son enumerados—en una suerte de liberalismo doctrinario *avant la lettre*— como los «hombres que deben vestir principalmente el carácter de ciudadanos por ser aquellos que verdaderamente gozan de las comodidades que proporciona la sociedad civil» (Forner, 1794: 47-48).

Para conseguir ese estímulo, para insuflar ese heroísmo, Forner se unía a la ya mencionada defensa ilustrada del reconocimiento público de «la virtud y el trabajo»:

¿Dónde está aquí la pompa con que en Olimpia se coronaba a Fidias, a Zeuxis, a Heródoto, a Menandro? ¿Dónde está la aclamación del inmenso concurso? ¿dónde las coronas, dónde las estatuas? ¿Qué magnificencia es esta, qué concurso, qué premios para convertir los hombres en héroes, los pobres en acomodados, los viciosos en virtuosos, los ignorantes en sabios, y la Naturaleza toda en utilidad y ornamento de nuestra gente? Los progresos irán a la par de los premios y de los aplausos. Poco espíritu produce poco aliento (Forner, 1794: 48-49).

La consecución de este reconocimiento de la virtud requería (además de la ya referida participación de la gracia regia) la educación de la sociedad, a la que había que orientar (una idea que defendería también Meléndez, como sabemos) hacia nuevos valores.<sup>22</sup> Pasados ya los tiempos del «espíritu caballeresco» y en los que una nación militar podía ser poderosa (cuando ahora solo podía serlo una mercantil), en una era en la que «los soldados no son ya los que hacen las conquistas, sino los arados, los telares y las herramientas», poco podían hacer las leyes si no se cambiaban las pertinaces «costumbres y opiniones antiguas» (Forner, 1794: 51-53). Tales eran las responsabilidades de las Sociedades Económicas de Amigos del País en su camino hacia la restauración de la gloria española.

Será en la Matritense donde encontremos un mayor muestrario de exaltaciones de este nuevo héroe patriótico (Calvo Maturana, 2013a: 112-135). La costumbre de elogiar a los miembros difuntos dio lugar a un repertorio de manuscritos e impresos<sup>23</sup> en los que impera la proporción entre el héroe y sus emuladores.

Estos elogios se rigieron por los criterios estipulados por Campomanes en unas *Observaciones para la composición ordenada de los elogios académicos* de 1776, donde el asturiano recomendaba insistir más en la educación, las obras y las virtudes que en el linaje del homenajeado. Los valores aristocráticos se quedan obsoletos y el mérito se convierte en el verdadero objeto de elogio. Incluso la *Gaceta de Madrid* se habituó a publicar unas semblanzas de ilustres difuntos que ya merecerían de por sí un estudio aparte. En una

<sup>22</sup> «Queremos comercio, y despreciamos al comerciante; queremos agricultura, y deprimimos al labrador; alabamos grandemente los paños de Inglaterra, y nos desdeñamos de hablar con el que fabrica paños; un químico para nosotros es todavía un hombre estafalario; y sin embargo nos quejamos de que en nuestras estofas no campean tan bellos matices y coloridos como en las extranjeras. Creedlo, Señores: las opiniones públicas y generales hacen felices o infelices a las naciones» (Forner, 1794: 52-53).

<sup>23</sup> La proporción impresa se va haciendo mayor según nos acercamos al cambio de siglo, al igual que la publicación de elogios promovidos por otras instituciones.



memoria manuscrita para reformar el periódico, el catedrático y académico José Moreno pedía que se primasen los «elogios de los hijos de sí mismos; quiero decir de aquellos españoles beneméritos que deban su honrosa fama no a su cuna, no al favor, no a casualidades afortunadas; sino a su aplicación, a su constancia, a sus virtudes» (Moreno, 1789).

A falta de estatuas, los elogios se convirtieron en el camino elegido para publicitar (precisamente entre el público letrado al que iba dirigido) al héroe civil y patriótico. Antonio Porlier se refería al «templo de la inmortalidad que erige la opinión pública» (Bajamar, 1800: 59),<sup>24</sup> mientras que Hernández de Morejón consideraba a la imprenta el medio moderno y civilizado de erigir monumentos:

La memoria del hombre que vivió para la patria, debe ser transmitida a los tiempos más remotos por los mismos medios que es perpetuada la virtud. Si las pirámides, columnas y obeliscos fueron un monumento de inmortalidad para los antiguos, la filosofía y la elocuencia han subsistido entre nosotros otras señales más nobles, más dignas del mérito y más capaces de hacerle contrarrestar el torrente de los siglos. El honor singular de un elogio público es una lección eficaz para todas las generaciones (Hernández de Morejón, 1803: 3).

Así, a finales del XVIII y principios del XIX, se forma en la España del reformismo ilustrado un panteón civil de consumo prácticamente interno para la élite política e intelectual auspiciado por la Corona desde sus instituciones más señeras, que convirtieron en «héroes» a sus socios difuntos con la esperanza de fomentar la emulación de los vivos y los futuros, así como la de otros potenciales lectores de estos discursos. En los textos, la vida del elogiado se diluye hasta confundirse con un mensaje general patriótico dirigido hacia el compromiso con el bien común; un microcosmos en el que la patria tiene mucho más protagonismo que Dios e incluso el rey quienes, sobre todo en el primer caso, son marginados a la mera retórica. En todo caso, la Corona (presente en los títulos, las dedicatorias y los propios elogios) será siempre el marco protector, el imprescindible amparo reformista que allana el terreno para que estos políticos, literatos, médicos y militares puedan colaborar con el bien común.

«Héroe» llama la Academia de Medicina al médico José Severo, «ángel de la salud» a ojos de toda España y ejemplo del deber, cuyas acciones profesionales son calificadas como heroicas (García Suelto, 1808). Nos recuerda el elogio de otro galeno, José Queraltó, que los títulos desaparecen pero «el cirujano sabio, el profesor íntegro, el ciudadano infatigable en el servicio de la patria, el bienhechor del género humano durará un par de siglos y su nombre se repetirá con veneración entre las futuras generaciones» (Peña, 1806: 3). «Héroe del siglo XVIII», merecedor de ser «colocado en el templo de la fama como héroe del patriotismo», era Ramón Pignatelli para la Real Sociedad Aragonesa por sus servicios «a la religión, la patria y la causa pública» (Sástago, 1988: XXIX-XLVII), como también lo era para la Matritense, donde se invitaba a los asistentes al discurso a su emulación: «imita al héroe, cuya muerte has sentido tanto, y cuyas gloriosas acciones son hoy el

<sup>24</sup> También Cabarrús había valorado el papel de la opinión pública a la hora de reconocer la gloria de los grandes personajes: «Levántese entonces un tribunal, tanto más respetable, cuanto se cimenta y fortifica con los golpes ciegos que se dirigen a su ruina: el tribunal de la opinión pública que, superior a todas las jerarquías, las contiene con el miedo a la vergüenza o de la execración, y que juzgándolas con imparcialidad, fija la reputación que han de tener en la posteridad más remota [...] la utilidad permanente es su ley inmutable, y sus irrefragables decretos se confirman por la voz de los siglos y de las naciones» (Cabarrús, 1786: 4-5). En su elogio a Ricardos, el marqués de la Almenara apelaba a la memoria a la espera de homenajes más tangibles: «mientras el mármol y el bronce recuerden, y nos conserven tus facciones en un monumento digno de ti, de la nación y de su monarca, la inmortalidad más duradera que dispensa la memoria de los hombres ha consagrado ya la tuya» (1795: 26).

objeto más grato de tu complacencia. Nunca olvides sus virtudes sociales y patrióticas; ni te contentes con este testimonio de tu alta estimación» (García, 1795: xxx). Y «héroe» es, por supuesto, Campomanes, para la Real Academia de Jurisprudencia, en cuyo panegírico se suceden frases y expresiones como las siguientes: «su nación es su ídolo», «el bien de la patria forma las delicias de su corazón» u «obligación de ciudadano». Por eso «fue para la España lo que Bacon para Inglaterra; lo que [Guillaume de l']Hôpital, lo que D'Aguesseau para Francia» (García Doménech, 1803).

Resulta —insisto— sencillo retratar al héroe civil tipo porque todos los personajes están cortados con el mismo patrón. *El Regañón* observaba que «no se ha escrito elogio alguno en el cual se pueda adivinar el héroe si no tiene su nombre al frente» y que «si se le mudase el nombre podría servir el mismo panegírico a cien personas diferentes, porque tanto les conviene a unas como a otras» (1803, nº 26: 202). Existen, claro está, matices, condicionados por la profesión del homenajeado y lo imbuido que el autor esté del discurso laico y patriótico, lo que también depende del momento en el que se escriba, puesto que se trata de un modelo que madura según nos acercamos al cambio de siglo.

Es importante destacar igualmente que el nuevo héroe no solo se desenvolvía en el ámbito público. Otro aspecto fundamental del cambio del paradigma heroico tiene que ver con la atención prestada a la esfera privada, cuya reforma resultaba no menos fundamental en el programa ilustrado (bien sabemos lo recurrentes que fueron en la prensa y el teatro de la época temas como el matrimonio y los modelos paternofiliales).

Precisamente fue la Matritense el foro en el que Cabarrús leyó el elogio en el que llamaba «hombre de bien» a Carlos III. Pues bien, otra de las afirmaciones polémicas del mismo discurso fue la siguiente: «Ha proscrito ya en efecto la filosofía las funestas distinciones que la adulación, inventó entre la moral privada y la moral pública» (Cabarrús, 1789: 11).<sup>25</sup> Una vida privada ejemplar es necesaria para conocer el perfil del hombre público, pues supone un rasgo fundamental de la bonhomía. Retomamos aquí un tema fundamental en la cultura ilustrada, que venía generando un nuevo modelo de masculinidad basado en ese «hombre de bien», caracterizado por ser racional, moderado y responsable, virtuoso en definitiva, preocupado por el bien común en la esfera pública mientras que en la privada es buen padre y esposo. Un tipo viril que anticipa al caballero burgués y se opone a los clichés del haragán aristócrata y del frívolo petimetre. Como afirma Nuño en la LII de las *Cartas Marruecas* de Cadalso —uno de los grandes admiradores del concepto— «entre ser hombres de bien y no ser hombres de bien, no hay medio» (Bolufer, 2007: 15-16). Años antes, Cabarrús había hecho de los modales el gran patrimonio de la aristocracia: «Si la nobleza no es una quimera, es sin duda porque presupone el ejemplo tradicional e incesante de las virtudes domésticas, una educación más exquisita y el freno del honor, de que carecen las ínfimas clases del pueblo» (Cabarrús, 1785: 7-8).

Si quisiéramos trazar un paralelismo con el caso francés diríamos que los modos de la villa (la capital) se imponen a los de la Corte (Bolufer, 2019: 266). Incluso el rey cambia la sacralización por la humanidad y la lejanía por la proximidad. En los elogios de las Sociedades y las Academias, Carlos IV llora junto a sus súbditos. Lo hace por las injusticias («llora en silencio la conducta de algunos jueces»; Zuazo, 1797: 10) y por la muerte de su padre («ojos, aún llorosos de la reciente pérdida»;<sup>26</sup> *Oración*, 1788: 14) y la nación llora

<sup>25</sup> Afirmación respaldada de nuevo por el censor inquisitorial Agustín Yagüe al ser la privada y la pública: «una misma moral, cuyas reglas Dios y la conciencia obligan al rey —como al vasallo— a obrar, no por su capricho, sino con subordinación a ellas mismas» (cit. por García Regueiro, 2003: 303).

<sup>26</sup> Igual que será llorado, con lágrimas de cocodrilo, por su hijo: «¿Con que debía añadirse un nuevo pesar a las continuas y vehementes desgracias de nuestro augusto Fernando, y era el llorar amargamente la muerte del mejor de los padres?» (Maniau y Torquemada, 1819: 3).

con él. Los valores que le acompañan («piadoso, benéfico, sensible, justo, y legislador») son civiles y corresponden tanto a la esfera pública como a la privada. Los monarcas se hacen retratar junto a su familia. En los retratos de Goya, Carlos IV tiene un aire de padre bondadoso (Glendinning, 2008). No en vano es recurrentemente mentado en los elogios como padre de sus vasallos.

Valores domésticos que, para Meléndez Valdés, debían extenderse a todo el pueblo. En el ya citado de sus *Discursos forenses* aboga por el control de las jácaras y romances cantados por el pueblo. El autor habla de «heroico amor a la patria», de «moral civil» y de formar «buenos ciudadanos», pero no se olvida de la mejora de la conducta privada. Este tipo de composiciones, cuando están escritas en la correcta dirección, «civilizan los pueblos, suavizan su fiereza, despiertan y aguijan el ingenio, llevan a la virtud, me consuelan y alientan en la austeridad de mis deberes» (Meléndez Valdés, 2004: 1.098-1.101). Si las gestas guerreras parecen destinadas a inflamar el patriotismo, la «incivilidad» (la civilización es otro de los grandes mensajes ilustrados) se corrige con la exaltación de otro tipo de virtudes, como son las «domésticas»:

Así que los mismos que con necio entusiasmo cantan y recitan las coplas que censuro, aprenderán sin duda con indecible más gusto en romances sencillos, dictados por las musas y el patriotismo, mil hechos de armas y virtudes domésticas que los llenarán de útil emulación, alentándolos noblemente a imitar sus mayores y seguir sus inmortales huellas en la carrera de la heroicidad (Meléndez Valdés, 2004: 1.099).

Otro valor social y privado presente en el perfil de los elogiados es la amistad. Durante el siglo ilustrado, los usos rígidos de la Corte, marcados por la prelación y el decoro, conviven con nuevas formas de sociabilidad más distendida en la que los vínculos horizontales se imponen a lo almidonado de los verticales. La amistad está de moda y se practica dentro de las formas de bonhomía (Gies, 1985; Calvo Maturana, 2013a: 241-260). En un mundo misógino, los ilustrados buscan a sus iguales entre otros hombres con los que comparten confidencias y a los que transmiten su afecto. El hombre de bien transmite sus cambios de humor, expresa sus emociones, es sensible y a la par capaz de contener sus pasiones (modelo de masculinidad aún más evidente en el teatro donde, entre otras cosas, el héroe llora; Romero Ferrer, 1997). Un mundo privado que se atisba —sin estar tan presente como en la correspondencia o la poesía— en los elogios. Tomás García Suelto llama a José Severo López «mi maestro, mi amigo, mi segundo padre» (García Suelto, 1808: dedicatoria). Los elogios del médico José Queraltó y del obispo Antonio Palafox (Álvarez de Toledo, 1805: 51) hablan de la preocupación de sus amigos por su salud. Muchos son llamados, por supuesto, «amigo del país».

En definitiva, la preocupación por el bien común en el plano público y la virtud doméstica en el privado, serán dos de los elementos fundamentales que definan a un nuevo tipo de héroe hombre de bien como es el alimentado por las Academias y, especialmente, las Sociedades Económicas de Amigos del País. Un tipo heroico que no está inspirado en las grandes hazañas militares ni en los grandes gestos —elementos que seguían resultando imprescindibles en las semblanzas regias y que por tanto tenían que convivir con lo civil y lo sentimental— sino en un compromiso con el deber patriótico. La mezcla de ambas esferas se aprecia a la perfección en este pasaje del elogio a un militar como Antonio Ricardos leído en la Matritense:

Tú fuiste buen hijo, buen vasallo, buen ciudadano, excelente amo, amigo heroico, generoso con tus enemigos, igualmente capaz de sobresalir en el Ministerio y en el Senado, a la frente de una provincia como a la de los ejércitos, magnánimo, incorruptible, y sólo amante del bien y de la gloria (Almenara, 1795: 25-26).

A este modelo masculino de héroe —apuntémoslo aunque sea brevemente— le correspondía uno femenino acorde con la visión ilustrada de la convivencia entre los sexos. La teoría de la complementariedad entre hombres y mujeres situaba a las segundas en la esfera doméstica, dándoles la responsabilidad de velar por la generación venidera, una tarea revalorizada puesto que también formaba parte del proyecto del bien común (Bolufer, 2000; 2007; 2019).<sup>27</sup>

La variante de género se aprecia en las mismas definiciones de los diccionarios. Si, como acabamos de ver, el *Diccionario de Autoridades* radicaba el heroísmo masculino en la hazaña, una heroína es «la mujer ilustre que, por su virtud, prendas y acciones heroicas, se hizo digna de fama eterna». Las prendas y la virtud forman parte, junto a las acciones, de los caminos del heroísmo femenino.<sup>28</sup> Siendo los héroes y las heroínas arquetipos, reflejos del modelo de masculinidad y feminidad imperante, vemos que el siglo ilustrado puso el acento en la virtud y la sensibilidad femenina, haciendo de las mujeres un agente civilizador de la innata rudeza masculina (Bolufer, 2019: 207-226). Pero ese mundo sensible acabaría por calar en el ideal de masculinidad, el «hombre de bien» (Bolufer, 2007), que coincide con la citada inclusión de la virtud como referente para el heroísmo masculino en el diccionario académico de 1803. Esta misma edición eliminaría las referencias a las prendas y la virtud para hacer de la heroína una «mujer ilustre y famosa por sus grandes hechos»; definición mantenida en las ediciones siguientes hasta la actual, que ya ofrece una conjunta para héroe y heroína.

El papel doméstico de las mujeres se repite en los elogios que la reina María Luisa de Parma recibe por parte de la Junta de Damas, que la ensalza como madre y esposa (Calvo Maturana, 2007: 25-100), pero lo podemos encontrar también aplicado a las señoras pertenecientes a dicha institución. En un elogio póstumo a la marquesa de Valdeolmos leído en la Junta, la condesa de Montijo hace un perfecto retrato de la heroína doméstica compañera del héroe civil. Una mujer que, ante todo, tuvo claro el lugar que le correspondía:

Persuadida como lo estoy de que a las virtudes que deben distinguarnos en todos los estados de la vida no dicen bien el aparato y el ruido, y que ellas deben solo honrarnos a los ojos de nuestros padres, de nuestros esposos, de nuestros hijos y familias sin salir, si es posible, del estrecho y sagrado recinto de nuestras casas, me habéis visto más de una vez sostener con firmeza esta saludable opinión [...] Ténganse allá los hombres en hora buena sus grandes y ruidosas acciones, y gocemos nosotras del dulce y celestial placer de hacer el bien, como la misma providencia, sin que sienta el que lo recibe de dónde le ha venido (Montijo, 1797: 1-2).

Indiferente al halago y a las prendas exteriores, Valdeolmos se habría entregado (además de a su marido) a sus hijos («Ya eres madre, y en adelante deben ser extraños

<sup>27</sup> «En las mujeres, en cambio, la vida doméstica y la inclinación hacia el amor conyugal y materno se presentan como su vocación, su destino y su naturaleza, aquello a lo que tienden y las constituye como mujeres, a la vez que aquello que hace la felicidad de su familia, de la sociedad y la suya propia, de modo que no parece exigir de ellas ningún esfuerzo» (Bolufer, 2007: 15).

<sup>28</sup> El diccionario de Terreros define igualmente a la heroína como «mujer que tiene virtudes heroicas, que ha hecho alguna acción heroica».

para ti todos los demás placeres; cualquiera otro sería un robo hecho a la maternidad»), preocupándose especialmente por su educación. En el lecho de muerte, habría pronunciado «estas pocas, pero enérgicas palabras: *Hijo mío, yo me muero, teme a Dios; ama a tu padre, y sé hombre de bien*» (Montijo, 1797: 16).

En el plano personal hablamos de una persona destacable por «su prudencia», «su afebilidad», «su amor a todo lo honesto, lo útil y verdadero» y «su constancia en la amistad» (Montijo, 1797: 7-12). Pero Montijo deja, no obstante, lugar para una humilde participación femenina en el ámbito público. Siendo lo doméstico su «principal cuidado», «no se creyó por eso dispensada de las demás [obligaciones] que nos impone la religión, la naturaleza y la sociedad en que vivimos», por lo que canalizó su deseo de ser útil a la patria a través de la Junta de Damas.

El arquetipo de dama ilustrada es la pieza complementaria de su marido y de su hijo, la imprescindible retaguardia para que los hombres de bien crezcan y vivan en un ambiente armónico y sentimental. El tiempo que esa tarea les supone no se entrega al lujo ni a la disipación sino al cuidado de mujeres desafortunadas y descarriadas, labor fundamental pues es en este sexo en el que se deposita el destino de la convivencia y la moralidad del reino. Una labor sorda que hace de estas señoras de la Junta merecedoras nada menos que del título de «buenas ciudadanas» (Montijo, 1797: 2).

Es difícil saber hasta qué punto estos modelos sincréticos, que sitúan a ciudadanas y ciudadanos en un escenario de súbditas/os, fue realmente inspirador y verosímil para sus destinatarias/os. En un estudio sobre los modelos de feminidad y masculinidad del XVIII español, Mónica Bolufer considera que, a finales de siglo, la literatura moralizante «iba perdiendo adeptos entre el público a favor de nuevas fórmulas que buscaban formar las conciencias y los corazones de modos menos visibles y más efectivos, a través de la emoción y la identificación con los personajes más que el adoctrinamiento» (2007: 15-16). En esta línea podemos confirmar al menos que los elogios públicos intentaron seguir estas nuevas estrategias apelando a los sentimientos individuales y colectivos representados por estos hombres y estas mujeres ilustres.

### 3. EL NUEVO HÉROE MILITAR

Hemos visto cómo el perfil guerrero de los monarcas del XVIII español se desvanece pero bien sabemos que la guerra seguía estando ahí y era un aspecto fundamental de la política del Antiguo Régimen. En su canto heroico a Godoy, Forner (1796) la considera «un mal necesario atendida la ambición bárbara de los hombres» y pide al menos que sea justa y que solo se utilice «para defender tu independencia y tus derechos justos» en medio de un sueño de armonía entre las naciones formadas por gobiernos que miran ante todo por la felicidad de sus gobernados.

Esta dualidad (guerra indeseable pero inevitable) iba también asociada a la controversia sobre la moralidad heroica. Al modelo socrático (platónico) de héroe moral, se oponen otros alejados de la virtud, como el maquiavélico, que rompe con el ideal caballeresco medieval (Kelly, 1997: 350). El mismo Rousseau intentaba dialogar con este último al diferenciar al héroe (implícitamente militar, ambicioso, imperfecto pero necesario para el bien común) y al sabio (virtuoso pero poco influyente a nivel colectivo). Admitir que los héroes no son perfectos, que tienen también sus vicios, pero son poseedores al menos una virtud sobresaliente, ayudó a la extensión del término a lo largo del siglo, si bien el asunto despertó cierto debate.

En *La Poética*, Luzán considera que los héroes épicos no funcionan como tipo literario si reúnen todas las virtudes, no solo por la poca credibilidad del personaje, sino porque



resultaba inevitable que esas prendas (por ejemplo, el arrojo y la moderación) se acabasen contradiciendo (2008: 650). Por su parte, Feijoo —que negaba la posibilidad de «un heroísmo tan imperfecto, que se reduzca a una sola virtud, sea la que fuere» (Feijoo, 1745, I: 252)— era crítico con la excesiva laxitud para conceder el título:

Es verdad, que aun de aquellos que no son muy escrupulosos en la definición del heroísmo, son muchos los que no reconocen por héroes a los que poseen aquellas virtudes si están manchados con tantos vicios. Si hablásemos con toda propiedad, no concediéramos la alta prerrogativa de héroe a quien habitualmente padezca algún grave defecto moral. Pero el idioma de los políticos moderados, y aun de plumas bastante religiosas, no pide tanto (Feijoo, 1745, III: 221).

Sin esperar que sea «un santo», Feijoo le pide al «héroe, que sea clemente, liberal, y observante de su palabra» (1742-1760, I: 252), de valores que no tenían por qué ser ajenos a la milicia. El beneditino había reconocido que «las virtudes militares, valor, pericia, y prudencia, colocadas en grado eminente, son las que ganan la reputación de *héroes* en la común aceptación» (1742-1760, I: 252-253). Al escribir sobre las *Glorias de España* su mente lo transporta a los ocho siglos de lucha militar contra los musulmanes; recurre al Cid o a Fernando III (Feijoo, 1999: t. IV, disc. XIII).<sup>29</sup>

El guerrero sigue teniendo profundas raíces en el imaginario heroico, pero —aunque ya había sofisticado su perfil durante el Renacimiento, periodo en el que el caballero se hizo también cortesano— es necesario adaptarlo a las virtudes y las causas del siglo. El discurso militar y sus referentes se amoldan a unos nuevos tiempos en los que la propaganda apela a los vínculos sentimentales y a la responsabilidad patriótica.<sup>30</sup> El ejército es ensalzado como parte del sistema. Los soldados son «ilustres defensores de la patria» (Cabarrús, 1789: 34). El rechazo a la guerra convive así con la gloria militar. Incluso el escenario de una victoria, como fue la de Truillas (durante la Guerra contra la Convención), es presentado en el elogio a Ricardos como «teatro de tanta gloria y de tanta sangre» en el que «cada español fue un héroe» (Almenara, 1795: 21).

El militar ilustrado se adapta al hombre de bien y a ese «ideal masculino de auto-control» (pensemos en la racional obediencia de Don Carlos en *El sí de las niñas*) que venimos observando, a ese «amigo, esposo, padre y ciudadano» forjado en el «contexto del reformismo ilustrado y de su apuesta por la transformación moral de los individuos como condición necesaria para la reforma de la nación» (Bolufer, 2007: 15-16). Recordemos las palabras dirigidas al general Ricardos: «tú fuiste buen hijo, buen vasallo, buen ciudadano, excelente amo, amigo heroico, generoso con tus enemigos» (Almenara, 1795: 25-26). De nuevo, el ámbito público y el privado se entrecruzan: «¿Acaso [pregunta el mismo orador a los jóvenes] por ser militares dejáis de ser hijos, hermanos, padres, y ciudadanos?»

<sup>29</sup> Feijoo ensalza a Fernando III como «héroe verdaderamente a lo divino y a lo humano en quien se vio el rarísimo conjunto de gran guerrero, gran político y santo», quien «bastaría por sí solo para dar gloria inmortal a nuestra nación». Por encima de sus victorias militares, destaca que gobernó en paz y justicia a sus vasallos, que fue padre de todos ellos, que unificó las Coronas de Castilla y León, o «estableció el Supremo Consejo de Castilla». Algo parecido ocurre con Alfonso X, «igualmente político que magnánimo y guerrero», cuya distancia con su hijo Pedro era la existente entre un «héroe esclarecido» y un «bruto feroz» (Feijoo, 1999: t. IV, disc. XIII).

<sup>30</sup> Una vez realizado el lamento por la inevitabilidad de la guerra, aflora, cómo no, el discurso belicista. El famoso *Manifiesto* de Godoy contra Gran Bretaña de 28 de diciembre de 1804 apela a un histórico heroísmo castellano, una figura hispánica esencialista (similar a la ya citada de Campomanes) que se había enfrentado desde hacía dos mil años a pueblos invasores extranjeros: «Si los ingleses se han olvidado de que circula por las venas de los españoles la sangre de los que dominaron a los cartagineses, a los romanos, a los vándalos y a los moros, nosotros tenemos presente que debemos conservar la fama de nuestros valientes abuelos, y que espera la posteridad alguno de nuestros nombres para aumentar el número de los héroes castellanos» (*Gaceta de Madrid*, 104, 28/12/1804: 1.159-1.162).



(Almenara, 1795: 5). «La táctica militar forma soldados, el honor héroes», leemos en un interesante discurso de Clemente Peñalosa (1795).

Se introduce así ese militar en el nuevo modelo de masculinidad, basado en la virtud y la templanza. Aun reconociendo que «la virtud de la justicia es la más difícil en un conquistador», Feijoo la considera importante para que sus conquistas sean justas y sus tropas le sean afectas; admitiendo que «la virtud del valor sea la principalísima en el heroísmo», esta será diminuta si no va acompañado de otros dones como la sabiduría o la prudencia (1742-1760, I: 252-253). Esta será la línea seguida también por el *Correo de Madrid* en su *Discurso sobre el verdadero heroísmo*, de 10 de octubre de 1787, donde leemos que «solo la virtud del soldado, ayudada de la fortuna, puede aspirar al heroísmo; y por más que la humanidad, la generosidad, la justicia y la moderación se tengan por quimeras, ellas solas son los sublimes atributos que caracterizan a los héroes». Es la diferencia entre el ambicioso y el héroe; «César no parece grande sino cuando su valor es útil a su patria».

El objetivo es investir a un héroe inevitable, como es el guerrero, con unos valores propios del paradigma civilizado. El capítulo VII del libro IV (dedicado a la épica) de *La poética* de Luzán —titulado «Del héroe»— hace una reflexión de verdadero interés. «Los primeros héroes», los homéricos, resultaban ahora «bozales, groseros, crueles, fieros, orgullosos, obstinados y al mismo tiempo inconstantes», por lo que ya no eran inspiradores. El mundo había cambiado desde entonces, la sociedad se había refinado, por lo que «al tiempo que se pulían y mejoraban más y más las costumbres y el trato de los hombres, era preciso que se mejorase también el *heroicismo*» (2008: 646-647). Si el héroe debe resultar admirable en «virtud y mérito», ha de hacerlo acorde a los valores de público actual para no hacerse despreciable.

El discurso aristocrático cede ante el mérito personal («no es la vida la que da honor, sino el uso que de ella se hace», *Discurso*, 1787: 457-459). Martínez de Hervás prefiere no detenerse en los antepasados de Ricardos, en su «nacimiento ilustre», pues, aunque «sería muy fácil lisonjear la vanidad formando el árbol de sus mayores [...] no debe ofenderse su memoria con una práctica que detestaba su espíritu filosófico» (Almenara, 1795: 2).

Parte fundamental de la élite del reformismo ilustrado, el militar de los elogios póstumos aspira a ser tan ejemplar como cualquiera de los héroes civiles ya mencionados: «Acordaos de las proezas que vuestros mayores hicieron en las pasadas edades, si, como ellos, queréis alcanzar una gloria inmortal». Con esta cita bíblica (1 Macabeos 2, 51), iniciaba el clérigo (y futuro liberal) Antonio de Posada Rubín de Celis, un discurso sobre las glorias de la milicia española, pronunciado en 1803 y publicado de orden del Consejo de Guerra «para alentar a nuestros militares en la carrera del honor». Las 29 páginas del texto se completaban con nada menos que 76 con notas históricas. Entre las palabras «patria» y «patriótica» podemos sumar 71 apariciones. El elogio a Ricardos interpela a la juventud a que siga el ejemplo que un «héroe patriótico le dicta desde el sepulcro». También el de Urrutia:

¡Ojalá que la imagen de este Héroe, la memoria de sus servicios, la impresión viva de su gloria siga por todas partes a vuestro genio, le estimule en el reposo, le anime en los combates, le sostenga en las fatigas, le guíe en los peligros, y le inspire el valor, la magnanimidad, el amor generoso y el celo ardiente por la Religión, por el Rey y por la Patria! (Hernández de Morejón, 1801: 81).

La causa de la patria se unirá ya para siempre a la de Dios y el rey (más presentes estos dos últimos, por cierto, en el cuadro de las fidelidades militares).<sup>31</sup> En 1775, un elogio a Jorge Juan refutaba la idea de patria chica:

Miraba no con desprecio (en él no cabía), sí con lástima a muchos españoles de corazón tan ceñido, como limitados de entendimiento que no conocen más patria que la ciudad, la villa, la aldea, el rincón donde nacieron; y aunque natural del reino de Valencia, no era valenciano, era español (Bails, ca. 1779: 20)

Los providenciales guerreros de antaño son ahora ciudadanos que luchan por esa comunidad sentimental. En 1788, en el *Correo de Madrid*, el militar Manuel Aguirre definió a la milicia como «la noble profesión de defender con las armas y con el peligro de la vida los intereses y bienestar de la patria» (1974, nº 168: 971-972) o «un compuesto de ilustres y generosos ciudadanos dispuestos a sacrificarse por las ventajas de su patria» (1974, nº 150: 858-864). A cambio, la patria lloraba la muerte de sus defensores.

O al menos esos es lo que dicen los elogios, aunque la verdad es que a Cadalso, muerto en acto de servicio, solo lo lloraron sus amigos, y los homenajes que recibió el laureado Jorge Juan (incluido un obituario en la *Gaceta de Madrid* que lo elogiaba como «vasallo muy útil al Rey y a la patria y que hace honor a nuestro siglo»; 1777, nº 27: 236) tuvieron que ver mucho con su secretario Miguel Sanz (Die Maculet y Alberola Romá, 2000). Fueron también ensalzados Bernardo de Gálvez (por ejemplo, en la *Gaceta de México* del 5 de diciembre, que lo llama «héroe»), Ricardos (su elogio habla de «la pompa fúnebre y la generosidad con que el rey honró las cenizas de este general») y Urrutia, pero sería la batalla de Trafalgar la que marcaría el cénit de la instrumentalización oficial del héroe militar patriota.

La exaltación patriótica de los militares es propia del imaginario occidental desde décadas atrás. Hitos como el ya citado cuadro de la muerte del general Wolfe (firmado por Benjamin West en 1770), la propaganda del independentismo norteamericano y el propio devenir de la Revolución francesa marcan la consolidación del guerrero mártir de la patria. En el caso francés, las propias necesidades marcadas por la defensa de la revolución acaban por imponerse al discurso antibelicista y al héroe civil y colectivo de los primeros años (Vovelle, 1989: 132-149; 2003). Napoleón Bonaparte, héroe en vida, es el mejor ejemplo de la deriva militar del héroe revolucionario (Dwyer, 2004), además de un personaje admirado y ensalzado por su mayor aliado, la Monarquía Hispánica, en la *Gaceta* y el *Mercurio* (Larriba, 2008; Vega, 2018).

Con la derrota de la armada franco-española en Trafalgar el 21 de octubre de 1805 asistimos a un despliegue propagandístico sin parangón (una de esas grandes campañas de imprenta instigadas directa e indirectamente por el poder), sobre todo si tenemos en cuenta la costumbre gubernamental de ocultar al público cualquier tipo de noticia inconveniente. En 1805 y 1806 se produce un verdadero aluvión de publicaciones que coinciden en ensalzar a los fallecidos en el combate por su heroísmo y patriotismo (Calvo Maturana, 2013a: 131-135). La noticia de la *Gaceta de Madrid*, de 12 y 19 de noviembre de

<sup>31</sup> No está de más reincidir en lo ya dicho, y es que los nuevos modelos heroicos conviven con los antiguos. En un discurso de 1779, fray Antonio Pascual Gálvez advertía que: «*Valor y Religión* que forman todo el carácter de un Soldado Cristiano, que son como los basas sobre que se sostiene su Heroísmo, serán toda la materia del discurso» (Gálvez, 1780: 11). Otro religioso como Clemente Peñalosa, habituado a compatibilizar la religión y la patria, tiene muy claras las prioridades: «La religión sola forma héroes perfectos; porque sola, su justicia y rectitud dan precio excelente a las acciones, rectificando los afectos. Las virtudes que constituyen el honor militar son ficticias sin la religión» (1705: 205). Tanto uno como otro autor parecen tener presentes los argumentos de Montesquieu sobre la falta de espíritu en las monarquías y los sistemas despóticos.

1805, habla de esa «heroicidad» y de la disposición del rey a recompensar a las familias y a ensalzar la memoria de aquellos que derramaron su sangre a su servicio. Tanto la *Gaceta* como los elogios publicados aparte (véase, por ejemplo, el de Mor de Fuentes, 1806) dedicaron especial atención al jefe de la escuadra española (ascendido a capitán general tras la batalla) Federico Gravina, fallecido el 9 de marzo de 1806 a consecuencia de sus heridas. En esos textos son encomiados su heroísmo, su fidelidad, el mérito de su carrera y su condición de hombre ejemplar para el resto. Un religioso, Pedro Gómez Bueno, compartía este mundo referencial en el que se envolvió al «capitán general de la Real Armada de España» [la cursiva es mía], servidor de Dios, la patria y el rey, y llorado por los dos últimos:

Él fue un hombre amado del Soberano de toda la nación española [...] él sirvió a Dios y sirvió al Rey [...] Imitadle todos. Fieles, temed a Dios como lo temía Gravina; militares, servid al Rey como Gravina le sirvió [...] Y así lloradle españoles por los servicios que hizo a vuestra patria [...] llore el pobre [...] el rico [...] el paisano [...] el soldado [...] el marinero [...] Llórele el mismo Soberano, porque le sirvió honoríficamente hasta dar la vida por él (Gómez Bueno, 1806: 34-35).

Durante su agonía los propios reyes habían escrito a Gravina la siguiente carta: «La reina y yo pensamos en ti. En la ocasión fuiste un héroe y ahora todos necesitamos de ti como amigo. Lo es tuyo como siempre. Carlos y Luisa» (cit. por Salas Carceller, 2006: 22).

Trafalgar había supuesto a la postre la muerte de un marino de enorme prestigio como Nelson, que los cánticos españoles querían igualar a Gravina:

Lloren los ingleses cuanto quieran la pérdida de su héroe; nosotros lloraremos siempre la del nuestro. Ofrezcan aquellos cantidades considerables a quien entregue la bala que mató a Nelson; nosotros quisiéramos confundir en el abismo la que hirió el inmortal brazo de Gravina (Gómez Bueno, 1806: 33).

Resulta llamativo el reconocimiento que la imprenta de Carlos IV hizo del almirante Nelson como héroe. Si ya es digno de interés el despliegue del gobierno inglés en los funerales del que era su victorioso héroe muerto en combate (Jenks, 2000), sorprende que las autoridades hispánicas permitiesen la publicación de noticias y notas elogiosas relativas al almirante enemigo. En México vio la luz *Entierro del almirante Nelson sacado de los papeles públicos de Europa* (López Cancelada, 1806), obra que hace referencia a una elogiosa vida del personaje previamente publicada. Las alusiones al difunto como héroe y las menciones al sentir del pueblo inglés son recurrentes en este texto novohispano.

Si bien no todos los autores coincidieron en el elogio a Nelson («tirano de la mar», se le llama, entre el desprecio y la admiración, en González, 1806) resultan elocuentes estas palabras en las que el *Memorial literario* (111-39, 30 de enero de 1806: 97-111) censura la visión negativa que del almirante inglés había presentado Francisco Sánchez en unas *Composiciones poéticas sobre el combate naval del día 21 de octubre de 1805*. Argumentaba el periódico que un gran rival hacía más heroica la derrota de los héroes españoles:

...nos parece poco noble la descripción de la muerte de Nelson, perseguido por los manes de sus víctimas. En buena hora se denigren las perfidias del gabinete inglés, y se declame justamente contra su sistema destructor, pero no se insulte la memoria de un héroe, que cumple con la orden de su gobierno y que sabe morir lidiando. Tanto más innoble nos parece esta pintura, cuanto sería más brillante la

gloria de los españoles, manifestando el heroísmo de Nelson, su furor en el combate y su ardiente anhelo por destruir al enemigo. Cuantos más escollos tengan que vencer los iberos, tanto más espléndido es su honor.

La alteración del paso habitual de la propaganda monárquica es evidente: mejor conmover a la patria con el llanto por su mártir que ocultar la derrota (inocultable por otra parte, pues se había producido a ojos de los gaditanos); mejor ensalzar al enemigo que te ha derrotado que denostarlo. Meses más tarde, en 1807, cuando se descubre la conspiración del príncipe de Asturias contra sus padres, Carlos IV optará de nuevo por hacerlo todo público, aunque con resultados menos beneficiosos (Calvo Maturana, 2013b: 144-150).

Observamos pues una considerable renovación del discurso sobre la guerra, el militar y la patria que ya hemos desarrollado en otro trabajo (Calvo Maturana, 2015). Salvo la excepción recién mencionada, hablamos de un héroe, el oficial borbónico, construido por y para las élites. Es a la población peor educada y considerada como más ruda, el vulgo, a la que se suele achacar el gusto por los héroes menos recomendables. Con ese desprecio tan ilustrado hacia las clases bajas, el afrancesado Marchena se refirió en 1812 a la influencia sobre las Cortes de lo «que los demagogos llaman pueblo y los prudentes vulgo o plebe», advirtiendo que se trataba de un colectivo que «tan presto exalta sus ídolos como los derriba», por lo que «la sólida gloria que la posteridad dispensa a los beneméritos del linaje humano nunca escucha los ecos del aura popular» (Marchena, 1812: 849).

Las críticas de Martín Fernández de Navarrete a los encomiásticos versos que García de la Huerta le dedicó a Antonio Barceló tras los bombardeos de Argel en 1783 y 1784 son un testimonio excelente de este desprecio ilustrado «a los aplausos del vulgo de la nación» y de evolución del héroe militar. El reformismo ilustrado había fomentado un oficial tipo vinculado con las letras (García Hurtado, 2002) y las ciencias (a través de cuerpos como el de los artilleros, estudiado a fondo por Herrero Fernández-Quesada), formado en las academias y con un fuerte espíritu de cuerpo (Ortega-del-Cerro, 2018).

Al ajustar el elogio lo más posible a su héroe, que no tenía mayor formación que la derivada de su experiencia, García de la Huerta había valorado la capacidad de Barceló para calcular la trayectoria de los cañonazos «sin sujeción a inciertas teorías» (1783: xi). En una satírica carta anónima, Fernández de Navarrete recordaba al controvertido literato (esta fue, como sabemos, una de sus muchas polémicas literarias con el círculo ilustrado) la importancia del conocimiento técnico en la vida militar, el mal ejemplo que sus palabras podían dar a la juventud y el flaco favor que le estaba haciendo a la política gubernamental a favor de la fundación de academias militares (Calvo Maturana, 2015: 474-476). Se atrevería el joven marino ilustrado a burlarse incluso de un héroe popular (pero no suyo) como Antonio Barceló y de una empresa regia como los bombardeos de Argel al estimar que la mayoría de los proyectiles se habían desperdiciado en el ataque y que, no estarían tan aterrados los argelinos —como afirmaban los poemas de García de la Huerta— cuando «hasta las mujeres estaban en los terrados de las Casas de Argel mirando con serenidad mucha los ataques» (Fernández de Navarrete, 1950: 115).

En un discurso a la academia de artillería, Vicente de los Ríos defendió la importancia del arte de la guerra, «que abraza una multitud maravillosa de conocimientos exquisitos, de ciencias sublimes, de doctrinas distantisimas» que requieren estudio y dedicación (Ríos, 1773: 6). Antes, en una disertación sobre artilleros eminentes se había referido al «vulgo, que confunde siempre las ideas más separadas, y remotas, equivoca los hombres ilustres con los famosos, y tiene por tales solo a los conquistadores, cuyos nombres conoce, porque su memoria se divulga, y radica más que la de los sabios» (Ríos, 1767: 7).

El ingeniero militar está más cerca pues de los sabios que de los devaluados conquistadores, al menos a ojos del círculo ilustrado.

Así, el militar a la antigua usanza, el del instinto, el impulso y la fuerza bruta será la antítesis de este modelo de oficial, como también lo será el «militar a la violeta», descrito por Cadalso (1790) en una «lección póstuma» que parodia a un oficial sin vocación ni respeto a sus mayores, demasiado preocupado por las apariencias y el galanteo y para el que la ciencia es un presuntuoso adorno en un discurso vacío.

Si el héroe era un espejo para la institución que lo ensalzaba, una versión idealizada de sí misma, este reflejo favorecedor empezaba por el propio autor del elogio, que aprovechaba la ocasión para situarse en un microcosmos ilustrado compartido con el difunto y defendido por ambos en contra del mal, representado por ese oscurantismo heredado que los ilustrados supieron entre identificar e imaginar como su némesis. El marqués de la Almenara aprovechó su elogio a Ricardos para criticar a los enemigos tradicionales de las luces desde la Antigua Grecia hasta la actualidad, incluyendo a todos aquellos que ponían trabas al reformismo para luego fingir respeto a sus grandes nombres. La cita contiene incluso un orgulloso posicionamiento heliocentrista:

Sí, Señores: tengamos presente para no olvidarlo jamás, que las mismas pasiones que persiguieron al inmortal Jorge Juan mientras vivía y que le canonizaron después de muerto, fueron las que se encarnizaron con Ricardos, y que no han cesado aún su guerra impía contra las empresas más útiles y los mejores ciudadanos. ¡Ah! Sin duda que la envidia pertenece a todos los siglos y a todos los países: ella aderezó la cicuta para Sócrates e hizo expiar a Galileo el haber explicado el sistema del mundo. Pero, ¿por qué desgracia han de ser más constantes, más seguros y más irresistibles sus triunfos entre nosotros? Con cuánto dolor recorro nuestra historia, en la que desde los grillos de Colón hasta la persecución de Ricardos se me representa un furor estólido que, no contento con perder [a] los autores del bien, proscribiera el bien mismo, y para saciarse en algunos individuos no reparaba en despedazar las entrañas de la patria (Almenara, 1795: 9).

En otro orden de cosas, cabe, por último, hablar de otro aspecto vinculado al héroe militar ilustrado como es el recuerdo de los conquistadores de América, que comprometía abiertamente el posicionamiento de los intelectuales hispánicos respecto al guerrero heroico. La Europa ilustrada venía criticando con dureza la crueldad española. Autores de distintos países como De Pauw, Raynal o Robertson la habían denostado en el marco de aquella querella más amplia y profunda que Gerbi denominó «La disputa del Nuevo Mundo». La defensa de la conquista se convirtió en una empresa oficial, reflejada en hechos simbólicos como el encargo de una historia oficial realizado a Juan Bautista Muñoz o la paralela fundación del Archivo General de Indias.

Tesitura complicada esta para aquellos hispánicos de ambos hemisferios que, sin caer en la apología, no querían ser tachados de antipatriotas. Haciendo evidentes equilibrios, los propios autores españoles criticaron la violenta conquista de América. Observamos, desde Feijoo<sup>32</sup> hasta Quintana (lo veremos en sus *Vidas de los españoles célebres*)

<sup>32</sup> A ojos del benedictino, las minas americanas de plata ofrecían las «dos clases de hombres famosos». De un lado, los conquistadores americanos, movidos por «la envidia, el odio, el furor» y, del otro, el ingenio del mencionado inventor que había mejorado el sistema de extracción (Feijoo, 1999: carta XIX). Las reflexiones de Feijoo sobre el deshonroso heroísmo de los conquistadores y las minas manchadas de sangre habrían podido ser firmadas por Galeano dos siglos y medio más tarde si no fuera porque el fraile se protegió manteniendo a los indígenas prácticamente al margen, insistiendo en el carácter fratricida de la conquista.



un reconocimiento general de lo violento de la conquista, achacado a la codicia individual de algunos conquistadores mientras se exculpa a los reyes, la patria y la religión. Se insiste, además, en el papel civilizador de la monarquía frente a las costumbres bárbaras de los indígenas.

En 1782, Ibarra, impresor de Cámara de S. M., publicó con privilegio la traducción española de las *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, escritas en italiano por el jesuita Juan Nuix para refutar a Raynal y Robertson. Las primeras líneas del prólogo del traductor, Pedro Valera y Ulloa, son las siguientes: «La Historia de las conquistas es la de la despoblación y la historia de los conquistadores la de los destructores del género humano». Afirmación a la que sigue una larga lista de guerras y conquistadores que pretende demostrar que los españoles no fueron más violentos que el resto de pueblos y que, si algunos «excedieron de los términos que prescribe la humanidad y la justicia [...] esas fueron culpas de algunos hombres particulares [...] de pocos individuos que no caracterizan a toda una nación». Excepciones a las que se contraponen una «moderación» y «humanidad» que contrastan con «unos pueblos tan bárbaros que sacrificaban, que comían, que quemaban a los prisioneros» (Valera y Ulloa, 1782: xxii-xxiii).

Por su parte, Juan Nuix había dedicado el quinto capítulo a explicar que «todos los males fueron compensados ventajosamente con mayores bienes», como fueron la cristianización y civilización «del imperio del demonio en todas aquellas tierras», unas «naciones que eran las más estúpidas y bárbaras», mérito achacable sobre todo a los misioneros, pero a la presencia española en general, que habría llevado la virtud, la paz, la sociabilidad y la dulzura a aquellas tierras (1782: 296-314). Esta visión civilizadora de la conquista no fue compartida, por cierto, por historiadores criollos como el citado Clavijero, comprometido con la defensa de la civilización indígena para contradecir el determinismo de Buffon y De Pauw en relación a la inferioridad de las especies del continente.

En cuanto a las grandes figuras de la conquista, Cortés y Pizarro, la apologética dieciochesca hará mucho más por salvar al primero. Cadalso, gran defensor de Cortés, admitiría a través de Nuño que «en el Perú anduvieron menos humanos [...] Sí, amigo, lo confieso de buena fe, mataron muchos hombres a sangre fría» (Cadalso, 1999: carta ix). Desde su exilio como jesuita, el novohispano Clavijero disculpaba ciertas acciones discutibles y ciertos vicios del conquistador de los aztecas para destacar sus virtudes. Junto a sus valores marciales y su fidelidad al rey y a la religión, entendemos que era «magnánimo en sus designios y en sus acciones, cauto en obrar, modesto en la conversación, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna», toda esa serie de valores exigibles en un caballero dieciochesco, capaz de controlar sus pasiones incluso en un ámbito tan delicado como es el campo de batalla (Clavijero, 1917, II: 9). La lista de admiradores de Cortés entre los ilustrados es amplia (Soriano Muñoz, 2019), e incluye a Arroyal, a Saavedra o al más apologista que eirenista Forner, además de a militares como el marqués de la Solana, José Vargas Ponce o el citado Cadalso, a los que unía un plus corporativista y no querían renunciar al que consideraban como uno de los grandes héroes de las armas hispanas.<sup>33</sup>

Hasta aquí el héroe militar ilustrado, que tuvo, cómo no, a sus escépticos. En unas pocas frases, el *Pan y toros* de Arroyal desmontaba todo este constructo oficial, rompiendo este espejo alentado por una élite a la que tan favorablemente reflejaba:

... una España niña y débil, sin población, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico y aun sin gobierno conocido [...] una España joven, y al parecer llena de una espíritu marcial de fuego y fortaleza; un cuerpo de oficiales generales

33 Mientras cierto este trabajo se acaba de publicar: Soriano Muñoz, 2020.

sobrado para mandar todos los ejércitos del mundo; y, que si a proporción tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del Universo; una multitud de regimientos, que aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas, gastar pólvora en salvas en las praderas y servir a la opresión de sus mismos conciudadanos; una marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, a lo menos pueden surtir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas de que abundan; unas fortificaciones que, hasta en los jardines de recreo, horrorizan a los mismos patricios que las consideran como mausoleos de la libertad civil; y unas orquestas bélicas capaces de afeminar a los más rígidos espartanos (Arroyal, 1971: 18).

En la correspondencia de ese militar ilustrado que era Cadalso, encontramos dolorosas menciones a la falta de patriotismo de la que adolecía el país:

Pero amigo, no hay patria, todo lo que sea patriotismo es cuando menos inútil, tal vez peligroso (Cadalso a Iriarte, febrero-marzo de 1777; Cadalso, 1979: 121).

Por pensar con un entusiasmo patriótico nada común en nuestra España, no solo no he sacado ventaja alguna, sino que he atrasado mi carrera [...] he visto cuán inútil es vivir con amor a la patria o exponerse a morir por ella (Cadalso a Florida-blanca, San Roque, 9 de julio de 1781; Cadalso, 1979: 135).

#### 4. HÉROES, HOMBRES ILUSTRES Y ESPAÑOLES CÉLEBRES EN LA IMPRENTA

En este último apartado vamos a ocuparnos de las galerías de hombres ilustres y de su sensibilidad (o no) con el perfil de bonhomía y patriotismo que venimos contemplando. España no es una excepción en este género, sino la receptora de la moda francesa de publicar, con la anuencia del poder, biografías colectivas a modo de recopilaciones de personas inspiradores y ejemplares. Estas obras tendrían un cierto éxito entre el público lector y una divulgación considerablemente mayor que las obras de arte y que los elogios académicos (incluso los publicados). David Bell ha localizado, entre 1697 y 1792, catorce obras de este tipo, algunas relacionadas con retratos (incluidos o no en las obras) y otras a modo de repertorio meramente biográfico (2001: 113-114).

Se trata de un género de no demasiado valor literario pero digno de estudio puesto que establecerá un canon nacional de grandes hombres (y, según el caso, también de mujeres). En sintonía con los tiempos, sus autores ofrecerán modelos de conducta en los que un amplio número de lectores puedan reflejarse, un reflejo que empieza a ser considerado útil si el espejo está a la altura aproximada del sujeto que pretende contemplarse en él. Con el tiempo, los grandes hombres irán compartiendo espacio con miembros de la administración, literatos, artistas, profesores y médicos, comprometidos todos con la causa colectiva, llámese bien común, pública felicidad o patria.

Hablamos de un género de implantación tardía en el que, además, la moda ilustrada de exaltación de lo heroico (el héroe civil y patriota) se haría esperar, llegando antes a los elogios académicos y patrióticos que a estas obras de mucha mayor proyección comercial.

Una búsqueda entre los fondos de la Biblioteca Nacional arroja la evidencia de que las pocas galerías publicadas siguen asociando hasta el último cuarto del XVIII —como lo habían venido haciendo en el XVII— el heroísmo a las grandes figuras tradicionales, como son los reyes, los santos y frailes, y los militares, a los que se irán uniendo los

grandes cargos estatales. Para perfiles más bajos se hablará residualmente de los «varones ilustres»<sup>34</sup> o «insignes». Francisco Gregorio de Salas tituló su obra de 1773: *Elogios poéticos dirigidos a varios héroes y personas de distinguido mérito [...] de la provincia de Extremadura*, donde existe una cierta gradación según la labor realizada por cada personaje:

...repasaba en antiguos pergaminos  
las gloriosas empresas y memorias  
de los héroes insignes, valerosos,  
de los hombres ilustres, literatos,  
varones piadosos, y sujetos  
más distinguidos en distintas artes  
que ha producido la dichosa tierra  
que riegan los dos ríos que habitamos (Salas, 1773: 7).

En una República de las letras tan conservadora y controlada por el poder como la de la España del XVIII, los cambios mentales requerían su tiempo para acomodarse en ese estrecho resquicio existente entre el absolutismo y la Ilustración. A aquellos autores que hubieran interiorizado la evolución de palabras vivas como «héroe» (o «nación»), aún les quedaba trascender dos barreras como la censura y la autocensura incluso en asuntos como estos (la emulación, la patria) que eran del interés de la propaganda borbónica pero que no madurarían hasta los últimos compases del reinado de Carlos III y, sobre todo, las dos —infravaloradas— décadas de gobierno de Carlos IV.

Una cosa era reclamar un panteón heroico español y solicitar su renovación a través de la inclusión de miembros de un perfil más civil o artístico, cosa que se venía haciendo de manera directa o indirecta desde décadas atrás, y otra era dar el ambicioso y arriesgado paso de confeccionarlo. Hacía falta también, por supuesto, un público que demandase dicho panteón.

A pesar de lo dicho, la imprenta era el espacio idóneo para dar el primer paso hacia el héroe de perfil bajo pues, aun siendo un espacio conservador, lo era mucho menos que unas bellas artes patrocinadas por las élites y/o supervisadas por las Academias, además de poco accesibles a la gran mayoría de la población, a la que supuestamente había que hacer llegar este nuevo e inspirador héroe civil.

Se aprecia en el devenir del siglo —además de la reedición de las obras clásicas, renacentistas y áureas<sup>35</sup>— un aumento de los volúmenes sobre personajes ilustres pertenecientes a una orden (como la jesuítica), a un gremio (pintores<sup>36</sup> o artilleros<sup>37</sup>) o a una región o localidad<sup>38</sup> específicos. Habrá que esperar a finales de siglo para que el marco

34 La palabra «ilustre» conservará en el diccionario de 1803 una doble acepción, la primera vinculada al origen del personaje («se aplica al que es de distinguida prosapia y también a la casa, origen»), y la segunda («insigne, célebre») relacionada con su fama («noble, célebre, famoso», había escrito Terreros); siendo «célebre (...) lo que tiene fama y renombre» (DRAE, 1803).

35 Las firmadas por Cornelio Nepote, Plutarco, Hernando del Pulgar o Baltasar Gracián, incluyendo ediciones adaptadas como esta de Pierre Blanchard: *El Plutarco de la juventud o Compendio de las vidas de los hombres más grandes de todas las naciones* (Madrid, Vicenta de Barco, 1804-1805).

36 Como las bien conocidas de Antonio Palomino y Juan Agustín Ceán Bermúdez.

37 Los títulos de las obras del crítico de arte y pintor Antonio Palomino hablan de pintores «ilustres». Por su parte, Vicente de los Ríos publicó un *Discurso sobre los ilustres autores e inventores de artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente* (1767).

38 En 1751, el jesuita Francisco de la Caballería publicó una *Historia de la muy noble y muy leal villa de Villa-Robledo [...] con algunos elogios y vidas de sus varones ilustres*. En 1789, José Antonio Álvarez Baena se atrevió con un diccionario de hijos ilustres de Madrid, emulado para el caso sevillano por Fernando Díaz de Valderrama dos años más tarde.

geográfico y espiritual sea España, aunque dentro de varios de los textos se va haciendo habitual el uso de la palabra «héroe» y de sus derivaciones. Antonio Palomino habla de pintores «ilustres», pero de «heroicas» obras. Entre los hijos ilustres de Madrid, se califica como héroes a dos literatos como Quevedo y el religioso Fray Luis de León (Álvarez y Baena, 1789-1791, II: 143 y IV: 412).

Entre 1789 y 1791 se publicaron los cuatro volúmenes de *Hijos de Madrid*, un diccionario histórico que recogía más de 1500 biografías de personajes ilustres nacidos o naturalizados en dicha ciudad.<sup>39</sup> El propio autor nos anticipa que va a hablar de «santos, mártires, venerables, pontífices, cardenales, arzobispos, obispos, reyes, infantes, mayordomos y caballerizos mayores, camareros, virreyes, embajadores, consejeros y secretarios de Estado, presidentes de los Consejos, ministros y jueces de todos los tribunales eclesiásticos y seculares, militares, escritores,<sup>40</sup> teólogos, filósofos, juristas, canonistas, médicos, matemáticos, filólogos, oradores, poetas, gramáticos, músicos, pintores, escultores, arquitectos y otros artífices» (Álvarez de Baena, 1789-1791, vol. I).

Con una visión humanística, Álvarez de Baena se considera habitante del mundo (su patria es Madrid y a ella dedica su diccionario), pero asume igualmente que esta postura es utópica en una época en la que lo patriótico se había convertido en una realidad irreversible, además de en un «incentivo vehemente [...] gloriosa causa de muchas utilidades».<sup>41</sup> El contexto de este tipo de reflexiones está en la justificación de la utilidad de la obra, propia del nuevo paradigma, como es la importancia —ya lo había dicho Rousseau, recordemos— de que esas vidas ejemplares resultasen cercanas al lector:

Los ejemplos domésticos tienen mayor eficacia para excitar nuestra emulación. Cualquiera que escucha alguna hazaña o hecho glorioso de un compatriota, se inflama de un deseo más vivo de imitarle, que cuando oye los de un extraño. Los héroes de otras naciones nos parece que fueron de otro temple; que el clima del suelo en que nacieron era muy diferente del nuestro, y su influjo mucho más eficaz; y al favor de estas consideraciones descansamos reposadamente, juzgando por imposible su imitación (Álvarez de Baena, 1789-1791, vol. I).

En 1791, el año en el que se publicó el último volumen de los *Hijos de Madrid* se puso a la venta *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes o dignidad* del dominico Fernando Díaz de Valderrama (alias Fermín Arana de Varflora); de nuevo una recopilación de personajes nacidos en una patria chica y, una vez más, caracterizada por la presentación de centenares de casos y variados perfiles, que en este caso sí incluye a

39 El diccionario fue consultado por lady Holland, que anota en su diario una divertida queja ya que los personajes están distribuidos por orden alfabético de nombre, no de apellido: «Un diccionario biográfico: *Los Hijos de Madrid*, una buena muestra de la retorcida manera en la que los españoles hacen las cosas. Los nombres están distribuidos en orden alfabético pero, ¡ay!, según los nombre de pila de los homenajeados. Por tanto, una puede estar buscando durante una hora al más celebrado héroe en España para no encontrarlo, a no ser que tenga un extracto del archivo parroquial con todos los santos bajo cuya protección decidieron ponerlo sus padres» (Holland, 1910: 30).

40 Especial peso tienen los escritores (más de 500), cuyas biografías, nos dice el autor, compensan las carencias que se le habían achacado al *Ensayo* de Sempere y Guarinos (Álvarez de Baena, 1789-1791, vol. I), lo que hace que se declare más bien imitador de Nicolás Antonio.

41 «Bien veo que la rigurosa razón de humanidad no admite diferencia de nación a nación, de provincia a provincia, de ciudad a ciudad, y enseña que todos debiéramos reputarnos como naturales de este gran mundo, y decírnos *Mundanos* (como se llamó a sí mismo el cínico Diógenes preguntándole por su patria), en vez de *españoles, franceses, castellanos, andaluces, matritenses, toledanos, &c.* Pero esto es querer usar del rigor de una filosofía impracticable y propia de las repúblicas imaginarias, y sofocar un incentivo vehemente que ha sido gloriosa causa de muchas utilidades en las verdaderas» (Álvarez de Baena, 1789-1791, vol. I).

mujeres.<sup>42</sup> Consciente el autor de la división de opiniones en cuanto a este tipo de obras, «no falta quien juzgue que solo aquellos varones y mujeres que en su clase han llegado a lo heroico son dignos de memoria, mas otros no quieren excluir a los que han subido a una loable medianía», se inclinó de forma clara por la segunda opción (Díaz de Valderrama, 1791: 5). Mientras la palabra «héroe» es testimonial y aparece en 3 ocasiones, la búsqueda de «ilustre/s» arroja 117 coincidencias y la de «insigne», 70.

El acicate del autor para hacer la obra lo encontramos en la primera frase del prólogo: «el amor de la patria, que en todos tiempos ha impelido a las acciones más dignas de memoria y admiración, es el mismo que me estimula a dar al público este diccionario, que en obsequio de Sevilla he trabajado» (Díaz de Valderrama, 1791: 3); se alineaba el historiador de una forma un tanto inmodesta en su lista de patriotas. En cuanto al objetivo de la obra, vuelve a ser la «loable emulación» que lleve a los lectores «a imitar a sus predecesores en el cultivo de las ciencias, práctica de las Artes, manejo de las armas, arreglo de las costumbres y santidad de vida, sendas por donde ascendieron inmortalizando sus nombres a la cumbre de la fama» (Díaz de Valderrama, 1791: 6). La gran utilidad de un diccionario de las personas ilustres del ayer no era el conocimiento histórico o el entretenimiento sino su capacidad de inspirar a las personas insignes del mañana.

Tanto el proyecto de Madrid como el de Sevilla manifiestan abiertamente que la patria de su autor es su localidad, pues para España guardan la palabra «nación».<sup>43</sup> En el segundo de los casos encontramos un prólogo reivindicativo que desafía a otras ciudades a compararse a la capital hispalense y que se rebela contra unos tópicos andaluces que ya parecían imperar por el territorio peninsular. Se aspira a «borrar el injusto concepto que los naturales de otras provincias españolas forman de Andalucía, pues viendo en su metrópoli tan admirable fecundidad, no la notarán de estéril en las más apreciables producciones» (Díaz de Valderrama, 1791: 6). El diccionario sevillano recoge, primando la herencia del solar patriótico sobre el legado identitario cristiano, biografías del periodo andalusí.

En 1791 podemos datar el punto de partida de la consolidación del género en España ya que se pondría a la venta la primera entrega de una conocida publicación patriótica, ya con una perspectiva española. Se trata de los *Retratos de españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, una colección de 114 grabados (publicados en su mayoría en cuadernos de 6) dedicados a «hombres ilustres» de la historia del país, acompañados de un texto biográfico (realizado en los primeros años por Antonio Capmany); una iniciativa que tuvo buena acogida entre el público pero que fue víctima de los altibajos propios de aquellos años y no se concluyó hasta el reinado de Fernando VII.

El prólogo de los *Retratos* traza un paralelismo entre el culto a los grandes hombres (al «verdadero mérito») y la civilización. Tras la caída del imperio romano, se cierne sobre España un manto de bárbaro belicismo que habría maniatado a las artes y del que el país no se habría empezado a liberar hasta el reinado de los Reyes Católicos, iniciando un proceso de restauración ahora culminado por los Borbones.

Se trata de un proyecto promovido por el conde de Floridablanca (en el contexto de la corriente apologética fomentada desde el gobierno a raíz del famoso artículo de Masson en la *Enciclopedia Metódica*) y patrocinado por la Corona a través de su Imprenta Real (que lo publicó «de orden superior»), llamado a compararse con obras similares que se

<sup>42</sup> «La materia es muy vasta, pues debe hablarse de los varones y mujeres que se han distinguido no solo por la literatura, si también por la santidad de sus vidas, heroicidad de sus acciones militares y brillantez de sus dignidades así eclesiásticas como seculares» (Díaz de Valderrama, 1791: 3).

<sup>43</sup> Sobre la evolución de este término durante la Crisis del Antiguo Régimen, véase: Fernández Sebastián (1994; 2003) y López-Cordón Cortezo (2006).



venían publicando en el extranjero.<sup>44</sup> Nos encontramos ante un claro intento por parte del poder de «hacer patria», de poner el foco en España como conjunto y en el rey como promotor de la empresa (tanto la editorial como la nacional). La obra se presenta como «una colección de retratos de los Hombres Ilustres» de la nación, de aquellos que «han hecho y harán siempre gloriosa la memoria de España», materia para literatos, curiosos y «los verdaderos amantes de la patria» (*Retratos*, 1791).

Esperaba Carlos IV, cómo no, que la obra inspirase a sus súbditos. Sabemos que el borrador del prólogo (Molina, 2016: 47) no hacía mención a los héroes ni a la emulación, pero la versión definitiva insertaba a la obra en la tradición dieciochesca del culto heroico y a Carlos IV como promotor de la misma:

Solo el Rey podía emprender una obra de esta naturaleza: el grande objeto de excitar en los vasallos a la vista de las imágenes de sus héroes el noble deseo de imitarlos, y aun de excederlos; y la inclinación bien conocida del Monarca al fomento de las Artes y el buen gusto, de los estudios útiles, y cuanto pueda contribuir al bien y lustre de su Reino, no pedían más que un recuerdo ligerísimo, o una leve insinuación de la empresa (*Retratos*, 1791).

Se utiliza, en sentido amplio (tanto en el prólogo como en el anuncio de la *Gaceta*<sup>45</sup>), la palabra «héroe» aunque encontremos entre los retratados y biografiados, además de a militares (perfil sobredimensionado por el expreso interés de Floridablanca<sup>46</sup>), religiosos y políticos, literatos (Garcilaso, Cervantes, Góngora, Lope, Calderón o Quevedo), eruditos y científicos (Nebrija, Vives, Saavedra Fajardo, Feijoo, Jorge Juan y Antonio de Ulloa) y artistas (Herrera, Velázquez o Murillo). El compendio se encarga, no obstante, de mantener ciertas jerarquías. Inicialmente, se pretendió restringir la técnica de puntos a los grabados militares, para darle más enjundia a sus retratos, y se cuidó la iconografía para ensalzar a alta jerarquía eclesiástica (Molina, 2016: 45-46, 53). Quedaban además al margen los reyes, «que ocupan tan digno lugar en la historia de la nación» pero cuyas «acciones heroicas y su clase tan distinguida los hace acreedores a una colección separada» (*Retratos*, 1791); labor que ya se venía realizando, como hemos visto, en los *Retratos de los reyes de España desde Atanarico hasta Carlos III* (1782). Aunque el prólogo hable de súbditos y no de ciudadanos, como sí lo hacían los discursos de las Sociedades de Amigos del País, la obra presenta ciertos visos de modernidad al insistir en esa comunidad que es la nación y por presentar a toda una lista de personajes no reconocidos por las academias. Incluso la propia ausencia de reyes, aun explicada desde un punto de vista jerárquico, puede resultar un arma de doble filo.

No podemos extendernos aquí sobre una materia que merece un trabajo monográfico, pero se podría decir que esta obra fomenta una memoria borbónica de la historia de España a la que hay que añadir ciertas licencias de los dos ilustrados (especialmente Capmany) que redactaron las biografías. En esta relectura caben las críticas a los

<sup>44</sup> Aparte de la clásica obra de Perrault, en 1770 se emprendió la *Galerie Française des hommes et des femmes célèbres qui ont paru en France*.

<sup>45</sup> «La multitud de héroes que en todos estados y profesiones ha tenido la nación, exigía de justicia que se emprendiese a hacer esta colección, que al paso que representa la imagen de los hombres ilustres, dé una sucinta noticia de sus vidas» (*Gaceta de Madrid*, 8 de marzo de 1791, cit. por Molina, 2016: 50).

<sup>46</sup> En 1788, cuando se planeaba el proyecto, el secretario de estado anotó al margen de uno de los informes: «En los dibujados hay pocos Héroes militares, y yo quisiera más, y publicar tanto número como de los literatos y políticos pues necesitamos inflamar el pundonor militar» (cit. por Carrete Parrondo, 2008: 61). A pesar de lo dicho en el prólogo, la obra sigue reservando el calificativo de «héroe» a los militares (Sancho Dávila, El Gran Capitán, Hernán Cortés, Álvaro de Bazán, Juan de Austria, Diego Hurtado de Mendoza, etc.).

Habsburgo,<sup>47</sup> el reconocimiento parcial de los crímenes cometidos en América (aunque sin perder de vista el deseo de refutar las críticas extranjeras)<sup>48</sup> o la lectura neoclásica del Barroco.<sup>49</sup> Era de esperar que la obra diese cabida a figuras representativas del XVIII, tanto a los ministros reformistas —en cuyas biografías se menciona el mérito y el apoyo regio— Macanaz, Campillo, Patiño, Campomanes o Floridablanca, como a los intelectuales —adalides de las luces y enemigos de la ignorancia— Feijoo, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Tampoco es de extrañar que en los tiempos de Fernando VII se incluyese al líder de los serviles, el obispo de Orense.

No siempre las biografías caen en lo hagiográfico pues reconocen defectos y faltas de estos españoles ilustres. A Alonso Cano lo acusan nada menos que del asesinato de su mujer; a Sepúlveda lo deslucen su polémica con Las Casas («Esta fue la ocasión más famosa de la carrera de Sepúlveda; y es preciso confesar que no le hace honor ninguno»); del polémico (y tiranocida) *Rege et Regis institutione* de Mariana leemos que era un tratado «admirable por el estilo y erudición si hubiera hablado con más piedad y reserva»; de otros varones ilustres conocemos su soberbia o su aspereza de trato, etc. La sola presencia de Las Casas, Antonio Pérez y Mariana ya resulta llamativa. En todo caso, los biógrafos pasan con habilidad por encima de asuntos peliagudos (procesos inquisitoriales y momentos de inestabilidad política, por ejemplo) dándolos por bien conocidos de todo el mundo.

Al final del reinado de Carlos IV, en 1807, Quintana iniciaría, de nuevo bajo el amparo de la Imprenta Real, sus *Vidas de españoles célebres*, publicando el primero de los varios tomos proyectados de una colección que se proponía hacer una versión española de las conocidas obras de Cornelio Nepote y —sobre todo— Plutarco,<sup>50</sup> lecturas propias «de los primeros años de la vida, en que el corazón, más propenso a la virtud, cree con facilidad en la virtud de los otros, y en que apasionándose naturalmente por todo lo que es grande y heroico, se anima y exalta a imitarlo» (Quintana, 1807: prólogo). Con el paso de los años, continúa el autor, ese candor juvenil se apaga, pero quedan las raíces plantadas por estos modelos morales. Podía no ser este el género más apropiado para conocer la Historia, pero ninguno era más inspirador para el ser humano.

Aunque quedasen lejos el talento de los clásicos y la grandeza de sus biografiados, esto no era motivo para ignorar a sus «personajes más ilustres» cuya semblanza era tan propicia a la «utilidad común». Porque, se preguntaba Quintana, «¿cuál es la nación que no

47 Sobre la caída en desgracia de Bartolomé de Carranza: «escribióse al Rey que había vehementes sospechas de que el arzobispo fuese hereje. A esta imputación Felipe II lo olvidaba todo, y abandonaba a sus amigos». Al principio de la biografía de Feijoo: «Cuando se contempla con imparcialidad la época del reinado de Carlos II, no puede menos de gemirse sobre la degradación miserable en que la nación se vio hundida».

48 La encomiosa biografía de Bartolomé de las Casas incomodó al Juez de imprentas, el conde de Isla, quien pidió que se rebajase un poco el tono adulador (Carrete Parrondo, 2009: 62-63). Por otra parte, Hernando de Soto es «el único guerrero que entre los conquistadores de América supo unir la moderación a la fuerza, y la generosidad a la ambición».

49 Sobre Góngora: «Esta extravagancia de estilo, que en el siglo anterior habría ganado el desprecio, y que mereció aplausos en una época en que la elocuencia y el buen gusto empezaban a estragarse, en breve tiempo hizo una multitud de discípulos y de apologistas». Sobre José Pellicer: «Perdonándole su estilo, que descubre el oropel e hinchazón de su tiempo en los hipérboles y metáforas [...] se debe contar a D. José Pellicer entre los hombres de letras...».

50 Todo se le perdona a este autor, también admirado por Rousseau: «El mayor escollo que tal vez tiene este género es la perfección que Plutarco ha dado a las suyas. Este gran modelo está siempre presente para acusar de temeridad a todos los que se atreven a seguir el mismo camino. En vano se le tacha de difuso e importuno en sus digresiones, de creer como una vieja en sueños, oráculos y prodigios, de dar a genealogías, las más veces inciertas o fabulosas, un valor impropio en la pluma de un filósofo. ¿Qué importa todo esto comparado con la animación que tienen sus pinturas, y la importancia de los sucesos que refiere? Es preciso desengañarse; Plutarco no ha sido igualado hasta ahora, y es de creer que no lo será jamás» (Quintana, 1807: prólogo).

tiene sus héroes propios a quienes admirar y seguir? ¿Cuál la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal, y del mal al bien, que es cuando se crían estos hombres extraordinarios?» (Quintana, 1807: prólogo).

Primaba en este caso el texto sobre la imagen (la obra estaba encabezada por un retrato, el del Gran Capitán, por ser el único del que se conservaba una efigie fiable) a través de cinco largas biografías (las del Cid, Guzmán «el Bueno», Roger de Lauría, el Príncipe de Viana y el mencionado Gran Capitán). Por su formato, hablamos de una obra mucho más accesible económicamente que los recién mencionados *Retratos de españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, y considerablemente más adecuada para insertar pasajes aleccionadores o ejemplares. Para poner en valor a su criatura, Quintana se desmarcaba con una llamativa crítica a los *Retratos* (auspiciada por el rey, como sabemos) que nos resulta de gran utilidad para entender su concepción, tanto de lo heroico, como de las obras que lo ensalzan. Para el madrileño, las pequeñas biografías que acompañaban a las estampas eran insuficientes («nadie se forma la idea de un gigante por un rasguño en miniatura») y tendentes a reflejar los grandes hechos sin ahondar en los detalles más edificantes «la educación, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas; circunstancias que son las que constituyen grande un personaje y le hacen sobresalir entre los demás»; Quintana, 1807: prólogo).

Dos son las faltas principales que Quintana achacaría a los *Retratos*, el exceso de personajes dados por ilustres («No se dan la inmortalidad y la gloria con tanta facilidad como se piensa; y hay hombre realmente grande que se avergonzaría de los compañeros que le han puesto en aquella colección») y el tono elogioso de las biografías, que cae en la falsedad histórica.<sup>51</sup> Contrario a las galerías de hombres ilustres al uso, el autor apostaba por un panteón de pocos héroes estudiados en profundidad y con una perspectiva alejada de lo hagiográfico, personajes «cuya celebridad está atestiguada por la voz de la historia y la tradición» que en ningún caso podrían «contradecir al título del libro» (Quintana, 1807: prólogo). Era de esperar que el tamaño y los criterios de admisión de este protopanteón nacional impreso estuvieran sujetos a disputa.

El proyecto de las *Vidas de españoles célebres* se vio truncado por la quiebra de 1808, pero podemos saber, a partir de las ediciones posteriores del propio Quintana, que la idea del autor era «escribir una biografía de los hombres más eminentes que en armas, gobierno y letras hubiesen florecido en España». Tras las mencionadas cinco primeras biografías, vinculadas a la esfera militar y al periodo medieval, aspiraba a un tomo II con «los personajes más señalados en los fastos del Nuevo Mundo, Balboa, Pizarro, Hernán Cortés, Bartolomé de las Casas», un III con «los célebres generales del tiempo de Carlos V y su sucesor», un IV sobre «las vidas de los estadistas más ilustres, desde don Bernardo de Cabrera hasta el conde-duque de Olivares» y un V abierto a «aquellos hombres de letras sobresalientes que en los acontecimientos que por ellos pasaron ofreciesen argumento a una relación interesante e instructiva: tales podrían ser Mariana, Quevedo, Cervantes y algún otro» (Quintana, 1833: v-vi).<sup>52</sup>

Quintana, que habla indistintamente de «héroes» y «hombres célebres», presenta a personajes con vicios y virtudes en cuyas biografías se pueden entresacar los ya mencio-

<sup>51</sup> Quintana es un defensor del rigor histórico de su trabajo, que incluye incluso un apéndice documental en cada uno de los tres tomos que pudo publicar.

<sup>52</sup> En la reedición del tomo I, de 1833, el autor renegaba de las aparecidas sin su permiso desde 1807 y presentaba una visión mejorada de la original. Antes, en 1830, había publicado un segundo tomo con dos conquistadores de América, Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro. En 1833 se imprimió el tercer tomo, con las vidas de Álvaro de Luna y Bartolomé de las Casas. Quintana no llegó a completar su ambicioso plan de cinco volúmenes y se dejó varias figuras en el tintero, pero por otra parte se recreó en las figuras de estos nuevos biografiados (solo le cupieron dos por volumen), más extensas que las cinco del primer tomo.

nados valores ilustrados que el imaginario del reformismo absolutista abrazó. Hablamos por ejemplo del patriotismo (prenda atribuida a Guzmán «el Bueno») y de la condena a la guerra («el teatro de crímenes y sangre»; Quintana, 1807: 151) que rodea a sus protagonistas. Al mencionar a Las Casas, el ilustrado se impone al apologeta, aunque no dejará de estar presente este último a través del recurrente «y tú más», dirigido a las potencias extranjeras y a sus críticas de la conquista española de América:

Se acusará al autor de poco afecto al honor de su país cuando tan francamente adopta los sentimientos y principios del protector de los indios, cuyos imprudentes escritos han sido la ocasión de tanto escándalo y suministrado tantas armas a los detractores de las glorias españolas; pero ni la exaltación y exageraciones fanáticas del padre Casas, ni el abuso que de ellas ha hecho la malignidad de los extraños, pueden quitar a los hechos su naturaleza y carácter [...] el honor de un país consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes; no en dorar con justificaciones o disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas e inhumanas [...] El padre Casas a lo menos, cuando tronaba con tal vehemencia, o llámese frenesí, contra los feroces conquistadores, no lo hacía por una ociosa ostentación de ingenio y de elocuencia, sino por defender de su próxima ruina a generaciones enteras que aún subsistían y se podían conservar. Y de hecho las conservó, pues que a sus continuos e incansables esfuerzos se debieron en gran parte las benéficas leyes y templada policía con que han sido regidas por nosotros las tribus americanas. Ellas subsisten aún en medio de las posesiones españolas, mientras que en los países ocupados por otros pueblos de Europa sería por demás buscar una sola familia indígena; y esta respuesta, la más plausible que solemos dar a nuestros acusadores importunos, se la debemos también a aquel célebre misionero [...] Glorioso fue sin duda para nosotros el descubrimiento del Nuevo Mundo; blasón por cierto admirable, pero ¡a cuánta costa comprado! (Quintana, 1833: XII-XV).

Nos topamos también en el texto con el liberal, que sueña con una España aguerrida y cristiana que «alzó en las montañas septentrionales de España el estandarte de la independencia contra el ímpetu fanático de los árabes» (Quintana, 1807: prólogo) y que abomina de naciones como la napolitana, incapaces de «los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles que bastasen a defenderla de las invasiones de fuera» (1807: 289).

Hasta aquí llegó el género de las biografías colectivas masculinas en la España Moderna, donde no tendría la importancia alcanzada en Francia pero cuya presencia no podemos negar. Cabe preguntarse si pudieron tener el mismo efecto que el señalado por David Bell para este país: el de «una revolucionaria visión en la que la nación estaba personificada, potencialmente, en cada ciudadano» y en la que el rey dejase de personificar a la nación y se convirtiese en prescindible (Bell, 2001: 139). Quintana (igual que los editores de los *Retratos*) había obviado las vidas de los reyes «que, como parte principal de nuestras historias generales, son por lo mismo más conocidas» (Quintana, 1807: prólogo). Por su parte, Álvarez de Baena había incluido a los monarcas entre las más de 1500 biografías que integraban a sus *Hijos de Madrid*, lo que podía ser igualmente subversivo. Retomaremos este tema en las conclusiones.

Habría también lugar para las mujeres en estas recopilaciones biográficas, sobre todo en obras aparte.<sup>53</sup> Mientras se proyectaban los *Retratos de españoles ilustres*, su responsable, Diego Antonio Rejón de Silva, propuso a Floridablanca la inclusión de semblanzas femeninas, tal y como habían hecho al otro lado de los Pirineos en la *Galerie Française ou Portraits des hommes et des femmes célèbres qui ont paru en France* (1770-1771), pero la idea fue desestimada si observamos las 114 semblanzas masculinas finales (Molina, 2016: 49).

Mónica Bolufer ha estudiado las galerías de mujeres ilustres y ha constatado las múltiples tensiones del género, varias de ellas extrapolables al caso masculino como las dificultades que arrojaban algunos perfiles tradicionales a la hora de presentarlos bajo el prisma de la nueva sensibilidad dieciochesca (solventados con lo que la autora llama «estrategias de resignificación») y las consiguientes inconsistencias en muchos de sus relatos. Estos grandes personajes masculinos y femeninos, originarios de la Antigüedad o el Medievo, y perfilados durante siglos en contextos políticos e ideológicos bien distintos resultaban problemáticos puesto que su fama los hacía imprescindibles en cualquier panteón y resultaban útiles para prolongar la gloria patriótica hasta tiempos inmemoriales, pero casaban con dificultad con el relato civil y doméstico que venimos contemplando. Modelos forjados en la guerra medieval o en los valores aristocráticos y barrocos cuya «evocación literaria» encaja con dificultad en el marco ilustrado («nada más discordante con el modelo de feminidad doméstica que iba tomando cuerpo en el siglo XVIII que estas altivas semblanzas de mujeres fuertes», 2000: 182).

Mucho más afines a la nueva sensibilidad eran figuras recientes, como María Isidra Quintina de Guzmán o el conde de Campomanes, que eran productos del mundo del reformismo ilustrado, pero que estaban desprovistos de la mística y de la maleabilidad literaria que concede el tiempo. Paradójicamente, y por añadidura, los intelectuales dieciochescos, tan imbuidos de la idea de restauración como acomplejados por el papel secundario del país, sentían que los tiempos heroicos de la monarquía quedaban lejos. Podemos afirmar que las galerías de hombres (y mujeres) ilustres y los elogios a los héroes (y heroínas) civiles comparten —igual que la tragedia y la comedia— una serie de valores, pero presentan escenarios y personajes distintos.

En todo caso, la reformulación de los héroes está por encima de la preconizadas veracidad y verosimilitud ilustradas. En el primer volumen de su trunca colección de *Varones ilustres de la marina española* (protegida por Godoy y publicada en la Imprenta Real), centrado en Pero Niño, primer conde de Buelna (1378-1454), Vargas Ponce critica a los biógrafos que manipulan la genealogía de sus ascendientes cuando lo «más positivo y glorioso» es que «derramasen su sangre en servicio de la patria y de sus soberanos» (1807: 3). Evidente lectura dieciochesca esta de un personaje medieval.

#### HACIA EL HÉROE COLECTIVO (CONCLUSIONES)

En su conocida obra *El héroe de las mil caras*, Joseph Campbell nos habló del «camino del héroe», de los pasos (llamada, iniciación y retorno) seguidos por los grandes hombres de la cultura universal. Pero este tipo de héroe, el clásico, el épico, no es el que hemos conocido aquí. En los elogios póstumos leídos en las Academias y Sociedades no encontramos a aquellos protagonistas de grandes gestas y gestos, salvadores individuales de la comunidad. No hay viajes iniciáticos ni odiseas en el retorno. Hablamos de un modelo

<sup>53</sup> Entre las obras publicadas por la imprenta española de finales de siglo podemos destacar, en 1794, la traducción al castellano *Galería de mujeres fuertes*, escrita casi siglo y medio antes por Pierre Le Moyne o, en 1798, el primer volumen de las inconclusas *Memorias de las mujeres ilustres de España* de Alonso Álvarez.



heroico más romano que griego, más absolutista que liberal, con ciudadanos de perfil bajo, hombres ejemplares que cumplen con su obligación y que por ese motivo son llamados «héroes». Se trata de un proceso que tiene su reflejo en el plano literario. Claudia García-Minguillán (2020) nos habla en este mismo número de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* de la evolución ilustrada, neoclásica, de un héroe «alejado del Olimpo, y más cercano al mensaje institucional, a los eventos históricos y políticos, en conversación con el lector». Se trata de la «humanización del héroe», de su conversión en el protagonista de una historia no divina y encaminado hacia una realidad social, cívica y política; de un individuo que controla las pasiones y expresa sus emociones.

No es este héroe civil el único que hemos estudiado. Resulta difícil retratar a un héroe tipo de finales del siglo XVIII en la medida en que la época experimenta el encuentro de discursos y modelos divergentes que se ven obligados a convivir, el absolutismo, el pactismo y el liberalismo, el —no del todo superado— Barroco, el Neoclasicismo y el Romanticismo. Hemos estudiado aquí el molde heroico del reformismo ilustrado, así como las contradicciones propias del complicado encaje que los héroes tradicionales tenían en él a causa del complejo juego de ideales y expectativas que supone la reconfiguración del panteón.

Ni siquiera coincidieron los ilustrados en la pertinencia de la mera existencia de los héroes. Como hemos visto, el debate sobre el héroe y sus virtudes fue transversal al pensamiento ilustrado. De manera monográfica o puntual, los intelectuales dieciochescos argumentaron sobre el asunto mostrándose, por lo general, favorables al valor pedagógico del culto al héroe virtuoso y, en menor medida, a la heroína. Pero no todos los autores fueron de este parecer mayoritario. Encontramos en el siglo ilustrado a pensadores verdaderamente escépticos con el valor de la posteridad y los supuestos beneficios sociales del amor a la fama. Es el caso del ya mencionado Hume (Sabl, 2006) y del escultor Étienne Falconet, quien intentó convencer a Diderot de que, al contrario de lo que pensaba, la búsqueda de la posteridad no es en absoluto el motor de la creación artística (Buffat, 2008).

En su famosa obra *El fanatismo o Mahoma* (1741), Voltaire mostraba desconfianza (al igual que lo había hecho antes Hobbes) hacia los líderes carismáticos, prefiriendo que la sociedad se movilizase por principios más racionales, menos viscerales; posición que le valió varias críticas por parte de un partidario del culto heroico como era Rousseau (Storey, 2011: 737-738). No en vano, es este uno de los temas más controvertidos en la obra del ginebrino, hasta el punto de ser considerado una falla en su pensamiento político que, en este caso, devendría autoritario (Kelly, 1997). Si Voltaire rechazaba la alienación que el héroe producía en el pueblo, Rousseau la veía necesaria (e incluso inevitable en el hombre político, como ya se ha dicho) pues rescataba a la gente ordinaria de sí misma (y de su tendencia a la abulia o al vicio) y le insuflaba el espíritu heroico.<sup>54</sup> Así, paradójicamente, la emulación del individuo era un paso fundamental para crear un sentimiento colectivo en una patria de ciudadanos (Kelly, 1997: 363).<sup>55</sup>

<sup>54</sup> Al recordar su juventud, Rousseau hablaba de esta alienación experimentada con la lectura de los clásicos: «Ocupado siempre con Roma y Atenas; conviviendo, por decirlo así, con sus grandes hombres; ciudadano de una República yo mismo e hijo de un hombre cuya dominante pasión era el amor patrio, entusiasmábame como él y me creía un griego o un romano; me identificaba con el personaje cuya vida leía, y el relato de aquellos rasgos de constancia e intrepidez que más me impresionaban daban fuerzas a mi voz y centelleo a mis ojos» (Rousseau, 1983: 30).

<sup>55</sup> El propio ginebrino flaqueó en ocasiones en su postura. Su Emilio (al contrario de lo que recomienda Fénelon para los niños en su *Telémaco*) no era educado en la admiración de los grandes nombres, sino en la independencia, la incredulidad y el sentido crítico, acompañados de la emulación de virtudes específicas y de gente cercana como su tutor (Storey, 2011: 742-743). Repitamos además la cita de su Discurso de 1751: «el mundo ha estado a menudo sobrecargado de héroes [que pueden llegar a ser destructivos cuando sus egos rivalizan], pero las naciones nunca

Siguiendo la línea de Voltaire y no la de Rousseau, la Ilustración más progresista y el liberalismo radical rechazarían la adoración del líder carismático para apostar por los héroes colectivos. En palabras de Kelly (1997: 348): «los liberales tienden a sospechar del culto a los héroes al temer que fomente la desigualdad y la dependencia de aquellos que claman ser superiores». En su *Historia de la Revolución francesa*, Michelet le da un gran protagonismo al pueblo.

En el caso español, la Guerra de la Independencia alumbraría héroes colectivos y anónimos, como el pueblo zaragozano, lleno de «dignos héroes de la inmortalidad» (Sánchez Rendón, 1809: 12), o el madrileño, tantas veces recordado por el Dos de Mayo (Demange, 2004). Cuando el conde de Tilli comunique a la Junta Suprema la victoria de Bailén escribirá que «España o, por mejor decir, el Ejército de V. A. logró la victoria más completa que de muchos siglos a esta parte ha visto la nación» ( fechada en Andújar, 21 de julio de 1808; Biblioteca Nacional R/60248/13).

Pero el liberalismo laico e idealista se iría volviendo doctrinario muy pronto. Al ensalzamiento del héroe ciudadano, de valores civiles (cuyo santo y seña es la virtud<sup>56</sup>), y a la heroificación colectiva, se reincorporaría con fuerza el militar, ese poderoso salvador de tipo napoleónico que tan mal casa con los valores igualitarios por mucho que el curso intentase nadar entre las dos aguas (Vovelle, 1989: 132-149; 2003).

Héroes militares, salvadores de la patria, como Castaños, Daoiz y Velarde, o Palafox saltan a la palestra con fuerza. Ignacio María del Mármol (1814) incluye en el título de su elogio al capitán Raymundo José de Souza el término «héroe patriota». Durante el Trienio, la heroización colectiva de los militares de Cabezas de San Juan se pasará al ensalzamiento individual de Rafael de Riego (sobre todo) y de sus principales compañeros en el pronunciamiento (Sánchez Martín, 2016). El pueblo de Madrid se vuelca, según una crónica, para ver a su héroe Felipe Arco Agüero (*Entrada*, 1820), el mismo cuyo cadáver sería profanado poco después durante la Ominosa. Del «héroe inmortal» Antonio Quiroga se dice que «es igual que el Cid» (*Canción patriótica*, ca. 1820). Riego se convertirá en un héroe liberal a nivel europeo.

El ilustrado héroe discreto, el gris ciudadano que pone su grano de arena en el bien común, incapaz por sí solo de eclipsar el soberano, había tenido muy corto recorrido (no así su comunitaria causa). El héroe individualista, el de las grandes hazañas patrióticas será retomado en el siglo XIX de los «ismos» liberal, imperial, romántico y nacional. Es el héroe de Thomas Carlyle, un trasunto divino en forma de profeta, hombre de letras o rey: «todo grande hombre es como un relámpago del cielo. Los demás le esperan como combustible, que él enciende y convierte en llamas» (Carlyle, 1985: 99; la obra original es de 1841). Es cierto que los héroes colectivos sobrevivirán (en una línea más afín a los *Hombres representativos* de Emerson, publicado en 1850), convenientemente seleccionados y reelaborados, cuando la ocasión lo requiera. No es este el lugar para hablar de la azarosa vida del panteón decimonónico español, pero estuvo tan lleno de idas y venidas como complejo fue el desarrollo del liberalismo que lo amparaba.<sup>57</sup>

La Historia que hemos contado antecede a esta. Hemos conocido un tipo heroico patriótico y civil que coexistió —y en ocasiones se fusionó— con el tradicional

tendrán suficientes ciudadanos» (Rousseau, 2014). Pero si hablamos de contradicciones, tampoco podemos olvidar los encendidos elogios de Voltaire a Federico II de Prusia.

<sup>56</sup> «...la referencia a la virtud constituye la clave de bóveda del carácter heroico y le proporciona su última justificación» (Vovelle, 1989: 142).

<sup>57</sup> Todavía en 1835, Mesonero Romanos se lamentaba de que no hubiese en Madrid calles «de Cervantes, de Quevedo, de Lope de Vega, de Moratín y de otros hombres ilustres que o nacieron o vivieron» en la ciudad (Álvarez Barrientos, 2005).

aristocrático, y hemos comprobado que la monarquía se aferró a él como instrumento de legitimación y reclutamiento. En 1811, en un elogio del marqués de Campoverde, su autor, Nicolás Chacón reconocía lo mucho que había cambiado el culto a los héroes en los últimos tiempos, incluso dentro de las monarquías absolutas:

Hubo un tiempo en que se levantaban obeliscos, pirámides, y hasta ciudades enteras para perpetuar la memoria de los héroes; y hubo parte del mundo donde se celebraban las victorias con la inmolación de infinitas víctimas, prisioneras o inocentes. Las invenciones de pólvora y de imprenta, que variaron en mucha parte la faz del mundo político, reducían a salvas y papelones todos los vítores triunfantes. En esta última temporada de monarquías ministeriales, todo se redujo a libreas, colgantes y títulos de honor, hasta que después de las ejecuciones y destierros acaecidos a los soberanos de Europa, principió la Inglaterra, y han seguido las demás naciones, presentando al pueblo retratos de sus héroes, estampas de sus batallas navales o campales, manifestos, proclamas, boletines, y papeles del partido de oposición (Chacón, 1811: 2).

El difícil equilibrio de Carlos IV sobre el discurso patriótico y de ciudadanía chocaría con no pocas dificultades y contradicciones. Se ha demostrado, por ejemplo, el coste político que pudo suponer la exaltación napoleónica en la *Gaceta de Madrid*, ya que las noticias publicadas sobre el Emperador de los franceses utilizaban una retórica heredada de la Revolución e inadmisible por el monarca en otros contextos (Larriba, 2008). Napoleón fue además un héroe en vida que acabó por volverse contra sus admiradores para convertirse en un verdadero antihéroe (Calvo Maturana, 2007b; Vega, 2018). Héroe en vida fue también Jovellanos (Calvo Maturana, 2011), referente para los ilustrados españoles en tiempos de la celebridad (Lilti, 2014). Pero la monarquía absoluta demandaba imitadores de héroes, no a los héroes en carne y hueso, pues para eso ya estaba el monarca. El hecho de que Jovino fuese homenajeado públicamente en su ciudad y se le hubiese erigido incluso un monumento con busto incluido (algo realmente inaudito por entonces) fue pasto para la delación que sufrió en 1800, que aseguraba que no se había dedicado nada igual «a ningún héroe, conquistador y soberano españoles» (cit. por Calvo Maturana, 2011: 655). Ya lo había dicho José Moreno en su propuesta de reforma de la *Gaceta*, es mejor ensalzar a los muertos, que «están exentos de envidia» (Moreno, 1789).

Como los bailarines búlgaros de Battiato, la monarquía absoluta caminaba sobre braseros ardientes, de puntillas, obligada por las circunstancias a exponerse a una renovación de su mensaje legitimador en unas décadas en las que el patriotismo y la responsabilidad civil demostraban ser el camino. El héroe del reformismo ilustrado, al que también podríamos llamar «neoclásico» o «prerromántico», fue un ejemplo más de la resiliencia de la monarquía absoluta en su intento por sobrevivir a los desafíos de la Europa ilustrada, primero, y revolucionaria, después. Tan exitosa sería la monarquía al modelar una nación, que moriría víctima de su propio éxito. Es difícil controlar las lecturas de un discurso que recordaba demasiado a otro forjado para su ruina. Igual que un héroe clásico como Prometeo le había robado el fuego a los dioses, los héroes nacionales —que añadieron la libertad y la igualdad a su causa— acabarían por sustraerle la soberanía a los reyes absolutos.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Fuentes primarias*

- AGUIRRE, Manuel (1974), *Cartas y discursos del Militar Ingenuo en el «Correo de los Ciegos de Madrid»*, edición de Antonio Elorza, San Sebastián, Patronato José María Quadrado.
- ALMENARA, José Martínez de Hervás, Marqués de (1795), *Elogio del... Señor D. Antonio Ricardos Carrillo de Albornoz, Capitán General de los reales ejércitos y del Principado de Cataluña... leído en la Real Sociedad de Amigos del País de Madrid en la junta de 19 de septiembre de 1795...*, Madrid, Imp. de Sancha.
- ÁLVAREZ DE TOLEDO, Francisco (1805), *Elogio del Ilustrísimo señor Antonio de Palafox, Obispo de Cuenca...*, Madrid, Imprenta de la Hija de Ibarra.
- ÁLVAREZ SANTULLANO, Joseph (ca. 1784), *Oración que en la solemne acción de gracias consagraron a N. Dios sacramentado y a la [...] los diez gremios unidos de Sevilla, por los imponderables beneficios del Nacimiento feliz de los dos Infantes Carlos y Felipe, y conclusión de Paz [...] 18 de enero de 1784*, Sevilla, Imprenta de D. Nicolás Vázquez.
- BAILS, Benito (ca. 1779), *Elogio de Don Jorge Juan, Comendador de Aliaga en la Orden de S. Juan, Jefe de Escuadra de la Real Compañía de Guardas Marinas, Consiliario de la Real Academia de San Fernando, individuo de la Real Sociedad de Londres, y de la Academia Real de Berlín, s. l., s. n.*
- BAJAMAR, Antonio Porlier Sopranis, marqués de (1800), *Discurso exhortatorio pronunciado por el Excmo. Señor Marqués de Bajamar, Gobernador del Supremo Consejo y Cámara de Indias en la apertura del Tribunal del día 2 de enero de 1800*, Madrid, Imprenta Real.
- BRUCOURT, Charles François Oliver Rosette, Chevalier de (1792), *Ensayo sobre la educación de la nobleza*, trad. por Barnardo María de la Calzada, Madrid, Imprenta Real, 2 vols.
- CABARRÚS, Francisco (1786), *Elogio del Excelentísimo Señor Conde de Gausa, que en junta general celebrada por la Real Sociedad de Amigos del País de Madrid en 24 de Diciembre de 1785 leyó el socio D. Francisco de Cabarrús*, Madrid, Viuda de Ibarra hijos y Compañía.
- (1789), *Elogio de Carlos III. Rey de España y de las Indias, leído en la Junta General de la Real Sociedad Económica de Madrid de 25 de julio de 1789*, Madrid, Antonio de Sancha.
- CADALSO, José (1790), *El buen militar a la violeta*, Sevilla, Imprenta de la Ciudad.
- (1979), *Escritos autobiográficos y epistolario*, ed. de Nigel Glendinning y Nicole Harrison London, Tamesis Book Limited.
- (1999), *Cartas Marruecas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- CAMPOMANES, Pedro Rodríguez (1984), *Bosquejo de política económica española delineado sobre el estado presente de sus intereses*, ed. de Jorge Cejudo, Madrid, Editora Nacional.
- Canción patriótica titulada «La entrada triunfante en Madrid del héroe inmortal, Don Antonio Quiroga»* (ca. 1820), s. l., Imprenta de López García.
- El Censor* (2005), ed. de Francisco Uzanga, Barcelona, Crítica.
- CHACÓN, Nicolás (1811), *Al benemérito de la patria por la redención de Figueras. El M. I. S. D. Luis González Torres de Navarra, marqués de Campoverde, conde de Santa Gadea, comandante general del ejército y principado de Cataluña*, Cádiz, Imprenta del Estado Mayor General.
- CIENFUEGOS, Beatriz (1786), *La Pensadora Gaditana*, Cádiz, Manuel Ximénez Carreño.
- CLAVIJERO, Francisco Javier (1917), *Historia Antigua de México*, México, Departamento Editorial de la Dirección General de las Bellas Artes, 2 vols.
- CODES, Simón de (ca. 1798), *Elogio del Rey N. S. formado de orden de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid*, Madrid, Sancha.
- DÍAZ DE VALDERRAMA, Fernando, alias Fermín Arana de Varflora (1791), *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes o dignidad*, Sevilla, Imprenta de Vázquez e Hidalgo.
- Diccionario de autoridades* (1726-1739), consultado a través del NTLLE de la RAE.

- Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia española* (1803); consultado a través del NTLLE de la RAE.
- «Discurso sobre el verdadero heroísmo» (1787), *Correo de Madrid*, 101, pp. 457-459.
- FEIJOO, Benito Jerónimo (1999), *Teatro crítico universal*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- (1742-1760), *Cartas eruditas y curiosas*, Madrid, Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro, 5 vols.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1950), «Carta a don Vicente García de la Huerta, manifestándole algunos reparos críticos del Elogio que ha compuesto al Excmo. Sr. D. Antonio Barceló con motivo de la última expedición contra Argel...», en G. Guastavino Gallent, *Los bombardeos de Argel en 1783 y 1784 y su repercusión literaria*, Madrid, CSIC, 1950, apéndice IV, pp. 103-121.
- FERNÁNDEZ VALLEJO, Francisco (1762), *Oración fúnebre en las solemnes exequias que en la muerte de la Augusta y católica Majestad del Sr. D. FERNANDO DE BORBÓN, REY DE LAS ESPAÑAS, SEXTO DE ESTE NOMBRE, se celebraron en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, de la Nobilísima Ciudad de México [...] en 15 de marzo de 1760*, México, Imprenta Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso.
- FERNÁN NÚÑEZ, conde de (1791), *Carta de Don Carlos de los Ríos, XXII Señor y VI conde de Fernán Núñez a sus hijos*, París, Pedro Didot.
- FLORES, Francisco Fernando (1801), *Elogio del Rey N. S. formado y leído en la Junta general de distribución de premios de la Real Sociedad Económica de Madrid, celebrada el día 7 de febrero de 1801*, Manuscrito, Real Biblioteca, II/1348.
- FORNER, Juan Pablo (1794): *Amor de la patria: discurso que en la junta general pública que celebra la Real Sociedad Económica de Sevilla el día 23 de noviembre de 1794 leyó...*, Sevilla, Hijos de Hidalgo y González de la Bonilla.
- (1796), *La Paz: canto heroico al Excmo. Señor Príncipe de la Paz*, Madrid, Oficina de Villalpando.
- (1793) *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España*, Barcelona, Labor (ed. digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).
- FORONDA, Valentín de (ca. 1800), *Carta sobre los efectos productores de la educación. Escrita a un príncipe imaginario*, s. l., s. n. *Gaceta de Madrid*.
- GÁLVEZ, Fray Antonio Pascual (1780), *Elogio fúnebre que en las honras reales y militares que de Orden del Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) se celebraron en la Iglesia de San Isidro el Real en el día 2 de noviembre del año pasado de 1779...*, Madrid, Pedro Marín.
- GARCÍA, Juan Agustín (1796), *Elogio fúnebre del Señor Don Ramon Pignatelli de Aragón y Moncayo Blas de Centellas... leído en la Real Sociedad de Amigos del país de Madrid, en la junta de 5 de diciembre de 1795*, Madrid, Sancha.
- GARCÍA DE LA HUERTA, Vicente (1783), *Endecasílabos que con motivo del bombardeo de Argel...*, Madrid, Sancha.
- GARCÍA DOMÉNECH, Joaquín (1803), *Elogio del Excmo. Sr. Conde de Campomanes*, Madrid.
- GARCÍA SUELTO, Tomás (1808), *Elogio de Don Josef Severo López... leído en la Real Academia de Medicina de Madrid, en Junta de 24 de diciembre último*, Madrid, Oficina de Álvarez.
- GÓMEZ BUENO, Pedro (1806): *Sermón fúnebre predicado en las exequias del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, capitán general de la Real Armada de España*, Cádiz, Impreso en la Casa de Misericordia de dicha ciudad.
- GONZÁLEZ, Tomás (1806), *El túmulo de Nelson*, Salamanca, Francisco de Tóscar.
- GRACIÁN, Baltasar (2005), *El Héroe*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.



- HERNÁNDEZ DE MOREJÓN, Sebastián (1801), *Elogio del Excmo. Sr. D. Josef de Urrutia y Las Casas, capitán general de los Rles. Ejércitos*, Palencia, Álvarez.
- HOLLAND, Elizabeth (1910), *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*, London, New York, Bombay and Calcuta, Longmans, Green and Co.
- HUME, David (2001), *Tratado de la naturaleza humana*, Albacete, Libros en la red.
- Inscripciones en celebridad de la Real Imagen de nuestro Católico Soberano Carlos IV. Que ha presentado al Imperio Mexicano en su metrópoli, en una estatua ecuestre erigida a su costa a 9 de diciembre de 1796, y en su benignísimo gobierno, el Excmo. Señor D. Miguel de la Grúa Salamanca y Branciforte, Marqués de Branciforte, etc. Virrey de Nueva España* (1797), México
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1789), *Elogio de Carlos III leído a la Real Sociedad de Madrid por el socio [...] en la Junta plena del sábado 8 de noviembre de 1788, con asistencia de las señoras asociadas*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra.
- (1999), *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- LABAIG Y LASSALA, Vicente (1795), *Oración fúnebre, que en las solemnes exequias celebradas por el alma del Excelentísimo Señor D. Carlos Joseph Gutiérrez de los Ríos [...] sexto Conde de Fernán Núñez, [...] dijo...*, Madrid, Imprenta de la viuda de Don Joaquín Ibarra.
- Lágrimas de la Paz, vertidas en las exequias del Señor D. Fernando de Borbón, por excelencia el Justo, VI Monarca, de los que con tan esclarecido nombre ilustraron la Monarquía española: celebradas en el Augusto, Metropolitano Templo de esta Imperial Corte de México...* (1762), México, Imprenta Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso.
- LOCKE, John (1759), «Some thoughts concerning Education», en *Works of John Locke*, London, vol. III. pp. 1-96.
- LÓPEZ CANCELADA, Juan (1806), *Entierro del almirante Nelson sacado de los papeles públicos de Europa...*, México, Oficina de Doña María Fernández de Jáuregui.
- LUZÁN, Ignacio (2008), *La poética*, Madrid, Cátedra.
- MANIAU Y TORQUEMADA, José Nicolás (1819), *Oratio in funere Caroli IV, Hispaniarum et Indiarum Regis Catholici, habita in templo maximo mexici IX calendas Octobris ann. MDCCCXIX...*, México.
- MARCHENA, José (1812), «Al gobierno de Cádiz», *Gazeta de Madrid*, 211, pp. 848-850.
- MÁRMOL, Ignacio María del (1814), *El capitán D. Raymundo José de Souza, sirvió a la patria y murió por servirla. Indicación de los servicios y noticia de la muerte de este héroe patriota*, Madrid, Imprenta Real.
- MELÉNDEZ VALDÉS, Juan (2004), *Obras completas*, ed. de Antonio Astorgano Abajo, Madrid, Cátedra.
- Memorial literario*.
- MERCIER, Louis S. (2016), *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, Madrid, Akal.
- MONTESQUIEU (1993), *Del espíritu de las leyes*, Barcelona, Altaya.
- Montijo, María Francisca Sales de Portocarrero, condesa de (1797), *Elogio de la Señora D<sup>a</sup> Petra de Torres Feloaga, Marquesa de Valde-Olmos, y de la Torrecilla, que en la junta de Señoras de Honor y Mérito, unida a la Real Sociedad Económica de Madrid, leyó en el día 27 de junio la Exma. Señora Condesa de Montijo, su secretaria, publicado por acuerdo de la misma Real Sociedad*, Madrid, en la Imprenta de Sancha.
- MOR DE FUENTES, José (1806), *Elogio del Excmo. Sr. Don Federico Gravina. Capitán General de la Real Armada*. Madrid, Repullés.
- MORENO, José (1789), «Sobre mejorar la Gaceta de Madrid», Madrid, 26 de enero de 1789, en AHN, *Consejos*, leg. 11280, exp. 6.
- NADAL Y CRESPI, Bernardo (1805), *Carta pastoral a todos los habitantes en este Reino salud y paz en nuestro Señor Jesucristo*, Palma.

- NUIX, Juan (1782), *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en Indias*, Madrid, Ibarra.
- Oración de la Real Academia de la Historia al Rey N. S. con motivo del matrimonio del Príncipe de Asturias N. S. Carlos Antonio con la Serenísima Princesa Luisa de Parma* (1765), Madrid, por Antonio Pérez de Soto.
- Oración de la Real Academia de la Historia al Rey N. S. con motivo del nacimiento del Infante* (1780), Madrid, por Antonio Pérez de Soto.
- Oración de la Real Academia de la Historia al Rey N. S. Carlos IV con motivo de su feliz exaltación al trono* (1788), Madrid, Sancha.
- Oración de la Real Academia de la Historia al Rey N. S. Don Carlos III con motivo de su exaltación al trono* (1759), Madrid, Antonio Pérez de Soto.
- PEÑALOSA Y ZÚÑIGA, Clemente (1795), *El honor militar: causas de su origen, progresos y decadencia, o correspondencia de dos hermanos desde el ejército de Navarra de S. M. C.*, con orden real, Madrid, Benito Cano.
- PÉREZ VILLAMIL, Juan (1789), *Elogio del Rey Carlos III que esté en gloria. Lo leyó en la Real Sociedad de Mallorca...*, Mallorca, Imprenta Real de Don Ignacio María Serrá.
- PONZ, Antonio (1787-1793), *Viage de España*, Madrid, Ibarra, 6 vols.
- POSADA RUBÍN DE CELIS, Antonio de (1804), *Discurso pronunciado en la Real Iglesia de S. Isidro de esta Corte [...] el día 20 de noviembre de 1803, en el aniversario de los militares españoles*, Madrid, Imprenta Real.
- QUINTANA, Manuel José (1807), *Vidas de españoles célebres*, Madrid, Imprenta Real.
- (1833). *Vidas de españoles célebres*, Madrid, Imprenta de D. M. de Burgos, tomo III.
- Real Cédula de S.M. y Señores del Consejo, en que conforme al real decreto inserto, se declara la Guerra al Rey de Inglaterra, a sus Reinos y Súbditos, y se corta toda comunicación entre ellos, y los de esta Corona*, (1796).
- El Regañón General* (1804), 13-14, pp. 97-100, 113-120.
- Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas* (1791), Madrid, Imprenta Real.
- Retratos de los reyes de España desde Atanarico hasta Carlos III* (1782), Madrid, Ibarra.
- RÍOS, Vicente de los (1767), *Discurso sobre los ilustres autores e inventores de artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- (1773), *Discurso para la abertura de la escuela de táctica de artillería dicho en el Real Colegio militar de Segovia*, Madrid, Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.
- RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, Pedro (1776), *Observaciones para la composición ordenada de los elogios académicos* (Archivo Matritense, leg. 9, doc. 20).
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (2014), *Discurso sobre la siguiente cuestión: ¿Cuál es la virtud más necesaria para los héroes? ¿Quiénes son los héroes a los que falta esa virtud? Propuesto en 1751 por la Academia de Córcega* [extraído de <https://bit.ly/2Kqht5O>].
- (1983). *Confesiones*, Madrid, Espasa-Calpe.
- RUIZ DE CELADA, Miguel (1800), *Elogio del Rey N. S. formado y leído en la Junta pública de distribución de premios de la Real Sociedad Económica de Madrid...*, Madrid, Imprenta de Sancha.
- SALAS, Francisco Gregorio de (1773), *Elogios poéticos dirigidos a varios héroes y personas de distinguido mérito [...] de la provincia de Extremadura*, Madrid, Andrés Ramírez.
- SÁNCHEZ RENDÓN MALDONADO, José (1809), *El héroe zaragozano, honor de España, terror de Francia y asombro de la Europa...*, Cádiz, Oficina de D. Nicolás Gómez de Requena, Impresor del gobierno.
- SANZ, Miguel (2013), *Breve noticia de la vida del Excelentísimo Señor Don Jorge Juan y Santacilia*, ed. de Armando Alberola Romá y Rosario Die Maculet, Alicante, Universidad de Alicante.

- SÁSTAGO, Vicente Fernández de Córdoba y Alagón, Conde de (1988), *Elogio del mui ilustre señor D. Ramon Pignatelli que en junta general celebrada el día 18 de Marzo de 1796 por la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País leyó su socio el Conde de Sástago*, Zaragoza, Diputación general de Aragón.
- TAVIRA, Antonio (1784), *Sermón que en la solemnidad de acción de gracias que celebró la Villa de Madrid el día 13 de julio de 1784 en la Iglesia de Santa María de la Almudena por el feliz nacimiento de los dos reales infantes Carlos y Felipe, y por la Paz dijo...*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- TERREROS Y PANDO, Esteban (1786-1788), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana* (consultado a través del NTLLE de la RAE).
- Tratado definitivo de paz concluido entre el Rey Nuestro Señor y la República Francesa, firmado en Basilea a 22 de julio de 1795* (1795), Madrid, Imprenta Real.
- VALERA Y ULLOA, Pedro (1782), «Discurso preliminar del traductor», en Juan Nuix, *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en Indias*, Madrid, Ibarra, pp. I-XL.
- VARGAS PONCE, José (1790), *Discurso leído a la Sociedad Matritense de los Amigos del País sobre la serie de sucesos que originaron estos establecimientos y las ventajas que proporcionan...*, Madrid, Sancha.
- VIERA Y CLAVIJO, José (1790), *Oración fúnebre de Nuestro Católico Monarca, el Señor Don Carlos III [...] a la Real Sociedad Económica de Amigos de la Gran Canaria*, La Laguna, Miguel Ángel Bazzanti, Impresor de la Real Sociedad.
- VOLTAIRE (1974), «Cándido o el optimismo», en *Cándido y otros cuentos*, Madrid, Alianza, pp. 50-154.
- ZUAZO, Ramón María (1797): *Elogio del Rey N. S. formado por el Señor Don Ramón María Zuazo, socio de número, y segundo secretario de la Real Sociedad Económica de Madrid, y leído en la Junta Pública de distribución de premios de 15 de julio de 1797*, Madrid, Imprenta de Sancha.

#### Fuentes secundarias

- ABRAMS, Ann U. (1985), *The Valiant Hero: Benjamin West and Grand-Style History Painting*, Washington, D. C., Smithsonian Institution Press.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín y Concha HERRERO CARRETERO (eds.) (2002), *Sistema de adornos para el Palacio Real de Madrid del Padre Martín de Sarmiento*, Madrid, SECC.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.) (2004), *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Cádiz, Biblioteca Nueva.
- (2005), «Ramón de Mesonero Romanos y el Panteón de Hombres Ilustres», en Enrique Rubio Cremades (ed.), *Romanticismo español e hispanoamericano. Homenaje al profesor Ermanno Caldera. Anales de Literatura Española*, nº 18, Serie monográfica, nº 8, pp. 37-51.
- (2006a), *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, Castalia.
- (2006b), «Monarquía y “nación española” en el Sistema de Adornos del Palacio Real de Madrid de Martín Sarmiento», en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, Madrid, Marcial Pons, pp. 191-213.
- ANDIOC, René (1987), *Teatro y Sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Castalia.
- AZCÁRATE LUXÁN, Isabel, Victoria DURÁ OJEA, María Pilar FERNÁNDEZ AGUDO, Elena RIVERA NAVARRO y María Ángeles SÁNCHEZ DE LEÓN FERNÁNDEZ (1994), *Historia y alegoría: los concursos de pintura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1753-1808)*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- AZOFRA AGUSTÍN, Eduardo (2005), *Programa iconográfico original de la Plaza Mayor de Salamanca*, Salamanca, Témpora.

- BELL, David A. (1994), *Lawyers and citizens. The making of a political elite in old regime France*, Princeton, PUP.
- (2001), *The cult of the Nation in France. Inventing Nationalism, 1680-1800*, London – Cambridge Mass, Harvard University Press.
- BOLUFER PERUGA, Mónica (2000), «Galerías de “mujeres ilustres” o el sinuoso camino de la excepción a la norma cotidiana», *Hispania*, 60, 204, pp. 181-224.
- (2007), «“Hombres de bien”: modelos de masculinidad y expectativas femeninas, entre la ficción y la realidad», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 15, pp. 7-31.
- (2019), *Arte y artificio de la vida en común. Los modelos de comportamiento y sus tensiones en el Siglo de las Luces*, Madrid, Marcial Pons.
- BONNET, Jean-Claude (1998), *Naissance du Pantheon. Essai sur le culte des grands hommes*, París, Fayard.
- BOTTINEAU, Yves (1986), *El arte cortesano en la España de Felipe V*, Madrid, FUE.
- BOUREAU, Alain (1988), *Le simple corps du roi. L'impossible sacralité des souverains français, XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Les Éditions de Paris.
- BRAUDY, Leo (1997), *The Frenzy of Renown. Fame and its History*, New York, Vintage Books.
- BUFFAT, Marc (2008), «Diderot, Falconet et l'amour de la postérité», *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, nº 43, pp. 9-20.
- CALVO MATURANA, Antonio (2007a), *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*, Granada, EUGR.
- (2007b), «Napoladrón Malaparte”, “El Choricero” y la “Madre desnaturalizada”: los papeles antagonistas en el mensaje legitimador de “El Deseado”», en *Ocupació i Resistència a la Guerra del Francès, 1808-1814*, Barcelona, Museo de Historia de Cataluña, pp. 180-202.
- (2009), «Historia y “restauración política” en la publicística de Carlos IV», en J. Astigarraga, M. V. López-Cordón y J. M. Urkía (eds.), *Ilustración e Ilustraciones*, Donostia, RSBAP/SECC, pp. 143-156.
- (2011) «El héroe, el trasnochado y el mártir: tres imágenes de Jovellanos a ojos de sus contemporáneos», en I. Fernández Sarasola, Elena de Lorenzo Álvarez, Joaquín Ocampo Suárez-Valdés y Álvaro Ruiz de la Peña Solar (eds.), *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*, Gijón, Trea, pp. 651-666.
- (2012) «Déspota en vida y póstumo liberal: la mitificación del conde de Floridablanca por la Junta Central (1809)», en Fernando Durán López (ed.), *Hacia 1812 desde el Siglo Ilustrado. Actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII*, Gijón, Trea, pp. 925-940.
- (2013a), «Cuando manden los que obedecen»: la clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808), Madrid, Marcial Pons.
- (2013b) «Rumor y opinión pública en la España de Carlos IV: la transición entre dos modelos políticos, sociales y culturales», en Rosa María Capel Martínez (ed.), *Presencia y visibilidad de las mujeres: recuperando Historia*, Madrid, Abada, pp. 105-156.
- (2015) «La oficialidad del ejército y la marina borbónicas: reformismo, fidelidad e identidad (1750-1808)», *Cuadernos de Historia Moderna*, 41 (2), pp. 467-495.
- (2017) «¿Una contrarrevolución ilustrada? Fray Sebastián Sánchez Sobrino y la cara iluminada del pensamiento reaccionario», en Pedro Rújula López y Francisco Javier Ramón Solans (eds.), *El desafío de la revolución: reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, pp. 283-299.
- CAMERON, David R. (1984), «The Hero in Rousseau's Political Thought», *Journal of the History of Ideas*, vol. 45, nº 3, pp. 397-419.
- CAMPBELL, Joseph (2012), *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, Madrid, FCE.

- CAÑAS MURILLO, Jesús (2016), «Una inconfesa novela de la Ilustración: *Cartas Marruecas* del Coronel Cadalso», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 22, pp. 205-227.
- CARLYLE, Thomas (1985), *Los héroes*, Madrid, SARPE.
- CARRETE PARRONDO, Juan (2008), «El arte del grabado y la milicia en el Madrid del siglo XVIII», *Revista de historia militar*, extra 2: 57-87.
- CHARTIER, Roger (2003), *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa.
- CONDE NARANJO, Esteban (2006), *El Argos de la Monarquía. La policía del libro en la España ilustrada (1750-1834)*, Madrid, CEPyC.
- DEMANGE, Christian (2004), *El Dos de mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2015), «García de la Huerta contra Fernández de Navarrete y Vargas Ponce, o lo que vale un enemigo», en Jesús Cañas Murillo, Miguel Ángel Lama y José Roso Díaz (eds.), *Vicente García de la Huerta y su obra (1734-1787)*, Madrid, Visor Libros, pp. 539-563.
- (2018), «Estudio preliminar», en José Vargas Ponce, *Los hijosdalgo de Asturias*, Gijón, Trea, pp. 9-76.
- EMERSON, Ralph Waldo (2008), *Hombres representativos*, Madrid, Cátedra.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo (2001), «Dinastía y comunidad política: el momento de la patria», en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, pp. 485-532.
- (2007), *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*, Madrid, Marcial Pons.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (1994), «España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la Revolución liberal», *Studia Historica Contemporánea*, XII, pp. 45-74.
- (2003) «El momento de la nación. *Monarquía, Estado y nación* en el lenguaje político del tránsito entre los siglos XVIII y XIX», en Antonio Morales Moya (coord.), *1802. España entre dos siglos*, Madrid, SECC, vol. 2, pp. 55-78.
- FUENTES, Juan Francisco (1988), «Luces y sombras de la Ilustración española», *Revista de educación*, nº extra 1, pp. 9-27.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (2002), *De los Elogios a Felipe V*, Madrid, Centro de Estudios Políticos.
- GARCÍA HURTADO, Manuel Reyes (2002), *El arma de la palabra: los militares españoles y la cultura escrita en el siglo XVIII*, La Coruña, Universidade da Coruña.
- GARCÍA-MINGUILLÁN, Claudia (2020), «*El triunfo de la emoción produce héroes*: construcción, lectura y psicología en la teoría del personaje épico», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 26.
- GARCÍA REGUEIRO, Ovidio (2003), *Francisco de Cabarrús. Un personaje y su época*, Madrid, CEPyC.
- GERBI, Antonello (2010), *La disputa del nuevo mundo: historia de una polémica, 1750-1900*, Pittsburgh.
- GIES, David T. (1985), «*“Ars amicitiae”*, poesía y vida: el ejemplo de Cadalso», en *Coloquio Internacional sobre José Cadalso, Bolonia 26-29 de octubre de 1982*, Abano Terme, Piovan, pp. 155-171 (edición digital de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).
- (2006), «La nación a escena: el teatro entre 1737 y 1766 (consideraciones teóricas)», en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, Madrid, Marcial Pons, pp. 237-247.
- GLENDINNING, Nigel (2008), «Goya, retratista de la Familia Real», *Reales Sitios*, 175, pp. 26-45.
- GORDON, Daniel (1994), *Citizens without sovereignty: equality and sociability in French thought, 1670-1789*, Princeton, PUP.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, María Dolores (1990), *Ciencia y milicia en el siglo XVIII: Tomás de Morla, artillero ilustrado*, Madrid, UCM.



- IÑURRITIGUI, José María (2006), «El panteón imaginario: nación y héroes literarios», en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, Madrid, Marcial Pons, pp. 161-190.
- KELLY, Christopher (1997), «Rousseau's Case for and against Heroes», *Polity*, vol. 30, nº 2, pp. 347-366.
- JACKSON, M. W. (1989), «Rousseau's discourse on Heroes and Heroism», *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 133, nº 3, pp. 434-446.
- JENKS, Timothy (2000), «Contesting the Hero: The Funeral of Admiral Lord Nelson», *Journal of British Studies*, nº 39, pp. 422-453.
- LARRIBA, Elisabel (2008), «La contribución de la *Gaceta de Madrid* al desprestigio de Carlos IV y del Antiguo Régimen por la exaltación de Napoleón (1804-1808)», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VII, pp. 239-276.
- LEHNER, Ulrich L. (2016), *The Catholic Enlightenment*, New York, OUP.
- LILTI, Antoine (2014), *Figures publiques. L'invention de la célébrité, 1750-1850*, París, Fayard.
- LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria (2006), «De Monarquía a Nación: la imagen histórica de España en el siglo de la Ilustración», *Norba. Revista de Historia*, nº 19, pp. 151-173.
- MERRICK, Jeffrey W. (1990), *The Desacralization of the French Monarchy in the Eighteenth Century*, Baton Rouge – Londres, Louisiana State UP.
- MÍNGUEZ, Víctor (2003), «Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen», en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, Universitat de València, pp. 51-70.
- MOLINA, Álvaro (2016), «Retratos de españoles ilustres con un epítome de sus vidas. Orígenes y gestación de una empresa ilustrada», *Archivo español de arte*, vol. LXXXIX, nº 353, pp. 43-60.
- MONOD, Paul Kléber (2001), *El poder de los reyes: monarquía y religión en Europa 1589-1715*, Madrid, Alianza.
- ORTEGA-DEL-CERRO, Pablo (2018), *El devenir de la élite naval. Experiencias de los oficiales de la Armada en tiempos de cambio (inicios del XVIII-finales del XIX)*, Madrid, Sílex.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [9/05/2020]
- RÍOS CARRATALÁ, J. A. (1987), *Vicente García de la Huerta (1734-1787)*, Badajoz, Diputación de Badajoz.
- ROMERO FERRER, Alberto (1997), «Las lágrimas del héroe: hacia una nueva sensibilidad en el teatro prerromántico», en Alberto Ramos Santana (coord.), *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX: VIII encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 247-252.
- SABL, Andrew (2006), «Noble Infirmary: Love of Fame in Hume», *Political Theory*, vol. 34, nº 5, pp. 542-568.
- SALAS CARCELLER, Luis J. (2006), «Nelson y Gravina: dos modos de morir en Trafalgar», *Revista General de Marina*, 251, pp. 17-24.
- SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor (2016), *Rafael de Riego, símbolo de la revolución liberal*, Tesis doctoral. Alicante, Universidad de Alicante.
- SCUCCIMARRA, Luca (1997), «“...Un popolo infelice non ha patria”. Polotoche della felicità nel settecento», en B. Cosarelli y N. Di Penta (eds.), *Il mondo delle passion nell'immaginario utopico*, Milan, Ciuffre, pp. 55-81.
- SORIANO MUÑOZ, Nuria (2019), «Guerra y cultura histórica a finales del periodo colonial. El culto al conquistador Hernán Cortés entre el ejército borbónico», *Revista Complutense de Historia de América*, 45, pp. 239-260.
- (2020), «Las fisuras de la nación: tensiones y lecturas político-religiosas sobre la conquista de América en el siglo XVIII», *Rúbrica Contemporánea*, IX, 17, pp. 11-29.

- STOREY, Benjamin (2011), «The problem of Admiration in Rousseau's "Sad and Great System"», *The Journal of Politics*, vol. 73, nº 3, pp. 735-747.
- VALDIVIESO, Enrique (1978), «Nuevos datos sobre la iconografía de la Plaza Mayor de Salamanca», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, nº 44, pp. 458-462.
- VÁZQUEZ GESTAL, Pablo (2013), *Una nueva majestad: Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la Monarquía (1700-1729)*, Madrid, Marcial Pons.
- VEGA, Jesusa (2018), «La cambiante imagen de Napoleón en España: del retiro imperial a la bestia apocalíptica y su desmemoria», *Ars Longa*, nº 27, pp. 183-193.
- VOVELLE, Michel (1989), *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica.
- (2003), «La Revolución francesa: ¿matriz de la heroización moderna?», en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, Universitat de València, pp. 19-29.